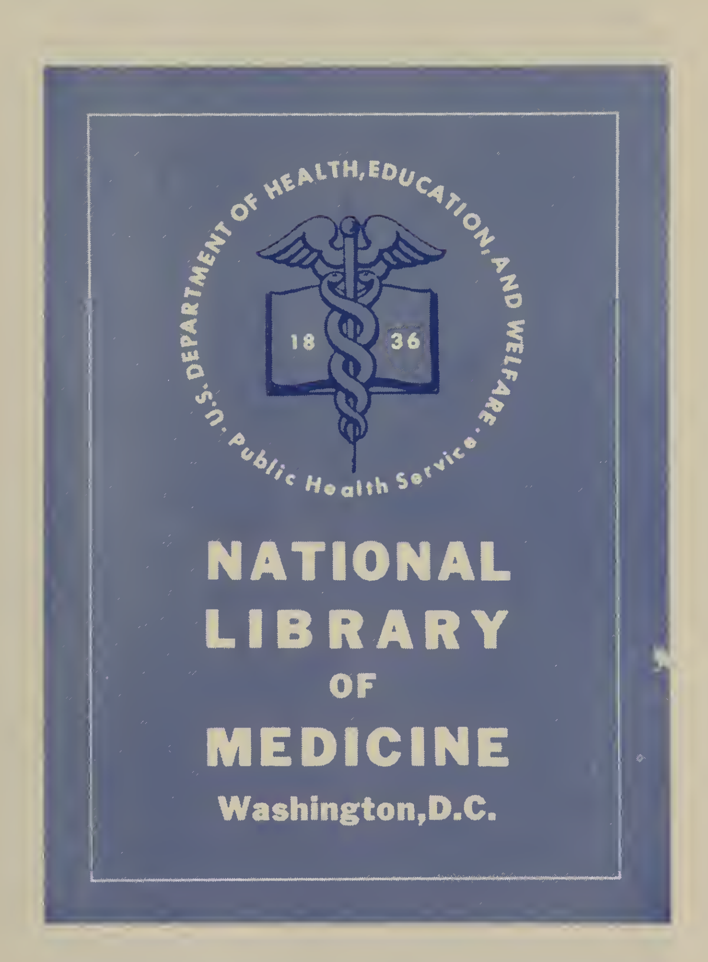
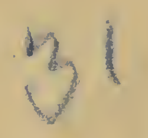

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION, AND WELFARE
Public Health Service
18
36
NATIONAL
LIBRARY
OF
MEDICINE
Washington, D.C.



ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE LAS

CUESTIONES MAS IMPORTANTES

QUE SE REFIEREN A

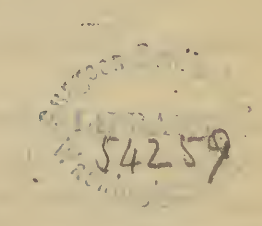
LA VACUNA,

PRESENTADAS Á LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO
EL 19 DE JULIO DE 1869,

por Luis Muñoz,

PROFESOR DE LA ESCUELA DE MEDICINA Y ANTIGUO DIRECTOR DE LA VACUNA MUNICIPAL.





MEXICO.
Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.
1869.

AL LECTOR.

Confiado ciegamente en la virtud preservativa permanente de la vacuna humanizada, como lo estuvo siempre el Sr. mi padre que recibió la vacuna de manos del Dr. Balmis, el año de 1804, y que observador concienzudo, en su larga vida jamas vió desmentirse lo que sobre sus benéficos efectos habian asegurado los primeros vacunadores, cuando le succedí en el honroso empleo de director de la vacuna, me hallé en el deber de hacer un objeto de estudio las diversas opiniones, que sobre algunos puntos que se refieren á este preservativo, han ido generalizándose en muchos puntos de Europa.

Admirado al ver que la esperiencia no ha confirmado aquí lo que por allá tanto se asegura, fueron formándose en mi espíritu convicciones opuestas, y solo trataba de hallar la esplicacion posible de aquellas cotradicciones.

La lectura de los antiguos autores, la esperiencia propia y la meditacion, fijaron al fin mis opiniones hace tiempo. Acaso las habria guardado para mí solo, si con motivo de las recientes é importantes discusiones sobre la vacuna, no hubiera creido un deber someterlas al criterio de personas instruidas, que deben estar tanto mejor preparadas para juzgarlas, cuanto que ellas mismas son verdaderamente testigos de lo que afirmo.

No hemos visto, aquí que sufra las viruelas graves el que fué bien vacunado.

No hemos visto aquí, tampoco que sea preciso revacunarse á los diez, ó á los quince años para seguir libertándose de ellas.

No podemos persuadirnos, por consiguiente, de que la vacuna haya degenerado, ni de que presente esas debilidades de que se le acusa, supuesto que hoy produce los mismos y tan completos efectos como cuando llegó á México por la primera vez.

No hemos visto aquí, que pase la sífilis con la vacuna.

Por tanto, no seria juicioso abandonar una práctica tan esperimentada, y que ha satisfecho tan completamente á su objeto.

Juzgar estas cuestiones; procurar hacer ver en qué consiste esa diferencia de opiniones; poner de manifiesto que son enteramente infundadas las acusaciones hechas contra la vacuna humanizada, las que muchos sin el suficiente exámen y con una suma ligereza han aceptado; tal ha sido el objeto de estas reflexiones, que someto igualmente á la apreciacion de todas las personas de buen sentido.

México, Setiembre 28 de 1869.

Luis Muñoz.

> "Ninguno puede ser censurado cuando espone sus pensamientos de buena fé, y con la sola mira de encontrar la verdad: si se equivoca, á otros mas instruidos toca señalar los errores que hayan podido estraviarlo."

SEÑORES:



O sin temor de causaros una verdadera molestia traigo ante vosotros, para someterlas á vuestro juicio, las ideas que profeso sobre las cuestiones mas importantes que se refieren á la vacuna, y las convicciones que el estudio de este ramo han fijado, hace tiempo, en mi ánimo.

He dicho que no sin temor de causaros molestia, porque por una parte veo, y no sin sentimiento, que algunas personas están persuadidas de que se sabe hoy sobre vacuna todo lo que puede saberse, y que cualquiera discusion sobre ella es por lo mismo inútil y aun ridícula.

Por otra parte, la reciente exacerbacion de los ánimos con la discusion que en el seno de la Academia y fuera de ella provocó la aparicion en México de la vacuna animal, podria hacer temer que vinieran á renovarse aquellos momentos desagradables de que fueron orígen, para varias personas, algunas circunstancias particulares.

Pero Señores, siendo un hecho indudable que este ramo fué estudiado desde su orígen con todo el esmero y atencion que demandaba su importancia, lo que lamento es que todo eso se haya olvidado, y que se haya introducido (hace años) una verdadera confusion en las ideas, confusion que necesariamente se aumentaria, sobre todo en el vulgo, con la revolucion que debia ocasionar el modo con que ha sido presentada á los pueblos la vacuna animal.

¿Será fuera de órden ó inoportuno cualquiera trabajo que, formado de buena fé, no tiene otra mira que la de ver si se consigue que desaparezca la confusion que sobre esto se ha introducido, la que no podria tener otra consecuencia que la admision obligada de errores que acabarian por ocasionar trascendentales perjuicios?

No es otro mi propósito, y para disminuiros en lo posible la molestia que la lectura de este trabajo debe ocasionaros, solo desearia poder reducirlo hasta donde me fuera dable, tanto mas, cuanto que estoy convencido que no es el que mas habla el que puede persuadir á los otros de sus opiniones, sino el que acierta á esponerlas con precision y claridad.

A este fin tenderán mis esfuerzos, y no haya temor de que mis espresiones puedan herir personalidad alguna, bien que combata ideas recibidas con favor por muchas personas: solo sí que me será permitido remontarme al orígen casi de la vacuna, para ver si tomando desde allí el hilo de los acontecimientos encontramos en esta historia, de un modo evidente, la verdad de las cosas, y si podemos presentarlas bajo su verdadero punto de vista.

La fé, Señores, que inspiró al fin la vacuna en los primeros años de su aplicacion, ¿tuvo ó no fundamentos sólidos?

No puede dudarse que los tuvo, cuando se vé á los que la establecieron, luchando no solo con las preocupaciones y dificultades que acompañan siempre toda innovacion de esta clase, sino con otro obstáculo mucho mas poderoso, cual era el que oponian multitud de personas que practicaban la inoculacion del pus varioloso, y á lo que debian muchas de ellas grandes fortunas.

Los vacunadores encontraban, pues, á cada paso, nuevos obstáculos y objeciones suscitadas por sus antagonistas, que les era indispensable resolver.

Nada desanimó á aquellos perseverantes bienhechores de la humanidad; y sometiendo á multiplicadas esperiencias todos los hechos que se les oponian, ó los que parecia ofrecerles en sentido contrario su propia práctica, llegaron al fin, despues de algun tiempo, á lograr ver disipadas todas las nubes que encontraron al principio en su camino.

He aquí como se espresa Mr. Husson en la obra que, bajo el título de Investigaciones históricas y médicas sobre la vacuna, publicó en Paris en 1803.

.Despues de haber espuesto todos los trabajos y esperiencias que se hicieron en Francia, repitiendo las vacunaciones y reiterando las contrapruebas, trabajo que no duró menos de tres años y que fué hecho con una prudente lentitud; despues de esponer todo lo que se hizo tambien en otras diversas naciones, se espresa así en la página 54:

«En fin, se ha llegado á un grado de conviccion tal, que se puede predecir, que dentro de algunos años las viruelas serán desconocidas en todas las ciudades en donde haya sido propagada la vacuna.»

Señores: como he creido de la mayor importancia apelar frecuentemente á la autoridad de Mr. Husson, juzgo de mi deber, antes de pasar adelante, manifestar cuanta es la fé que merecen sus palabras; por lo cual me permitireis que copie las que se hallan en el artículo *vacuna* del Diccionario abreviado de Ciencias Médicas, escrito veinte y tantos años despues.

Describiendo la falsa vacuna, dice, pág. 387:

«A estas descripciones que hemos tomado por completo de la obra de Mr. Husson, *no pudiendo nosotros escribir mejor que lo que él lo hizo*, añadimos las particularidades siguientes, que son tambien tomadas de su misma obra.»

Volviendo á lo principal de mi asunto, decia, que la verdad se llegó á establecer definitivamente y por completo en la vacuna.

¿Qué ha pasado despues, Señores, que pueda haber dado motivo á que esta fé haya llegado á entibiarse?

¿Será que confiadas las gentes al principio en la seguridad que se ofrecia por ella para toda la vida, han visto con pena restringir la accion poderosa de la vacuna, limitándola hasta á decenios?

¿Será que presurosos los padres á libertar á sus hijos del azote fatal de las viruelas, los han visto tal vez perecer de ellas despues de una vacunacion desgraciada?

¿Será que se hayan llegado á persuadir muchas gentes, pueda ser cierta una objecion (que no es nueva, como probaré en otra parte), á saber: que la continua transmision y paso de la vacuna por multiplicadas generaciones, debe de haber alterado su naturaleza ó héchola degenerar?

Lo cierto es, que acaso todas estas circunstancias unidas, y la objecion poderosa reproducida muy recientemente, de la comunicacion posible de algunas enfermedades, muy particularmente de la sífilis, por la vacuna, amenazan hacer vacilar aun mas todas las creencias.

Examinemos si estas vacilaciones tienen ó no un fundamento sólido.

Ya en otro trabajo he tenido el honor de deciros, cómo Jenner estudiaba ya las llamadas degeneraciones de la vacuna, y por creerlo importante, me tomo la libertad de copiar por completo las palabras de Mr. Husson.

«Poco tiempo despues, Jenner, *estudiando las degeneraciones que sobrevienen algunas veces á la vacuna*, fué atraido á la opinion de Pearson, y él confiesa que es probablemente por haber cometido algun error en el diagnóstico de la *verdadera vacuna*, que habia creido primero que las viruelas volvian á un individuo incapaz de contraer la vacuna.

«Hoy, dice Jenner, he cambiado de opinion; pero estoy dispuesto á creer con el Dr. Pearson, que no se puede jamas tener la verdadera vacuna cuando se han tenido las viruelas.»

Ya veis, Señores, que el mismo descubridor de la vacuna estudiaba ya sus llamadas degeneraciones, lo que prueba que eran una cosa anexa á ella: y quede tambien desde ahora consignado, que era muchos veces difícil, aun para el mismo Jenner, reconocer la vacuna legítima ó verdadera.

La Comision Médico-Quirúrgica de Milan no se conformó con la declaracion de Jenner, sobre la imposibilidad de producir la vacuna verdadera en los que habian tenido las viruelas: ella estableció, dice Mr. Husson, esperiencias, que dieron resultados enteramente diferentes de los obtenidos por los médicos ingleses, y, añade, que probó, que se podia contraer la vacuna despues de haber tenido las viruelas.

No dudo, Señores, que por la esperiencia que teneis ya adquirida, os repugnará admitir que los que han padecido las viruelas verdaderas puedan contraer la vacuna legítima.

Esto fué negado por los antiguos vacunadores ingleses, Pearson á la cabeza, á cuya opinion se adhirió enteramente Jenner, como llevo dicho.

He aquí como sigue espresándose Mr. Husson, pág. 102:

« Ved ahí la opinion de Jenner y de Pearson completamente destruidas: sin embargo, se la puede conciliar con la de la Comision, pero es necesario servirse de la analogía y hacer lo que se hace respecto de las viruelas, que son tan conocidas, distinguiendo en la vacuna una afeccion local y una indisposicion constitucional. Por medio de esta distincion esencial se comprenderá, cómo una pústula vacunal puede por un simple trabajo local, desarrollarse sobre un individuo que ha tenido las viruelas, sin infectar su constitucion y despues reproducir la vacuna, cuando sea trasportada sobre otro individuo la materia que contiene. Esto es lo que hizo la Comision de Milan, etc.»

En la página siguiente añade: «Respecto de Pearson, que aseguraba no haber visto jamas verdadera pústula vacunal, ni la calentura específica, en aquellos que habian tenido las viruelas, su observacion está de acuerdo con la de la Comision, por lo que respecta á la afeccion constitucional; pero se puede creer que él hubiera sin duda observado pústulas vacunales bien caracterizadas, si hubiera empleado en sus esperiencias una materia dotada del mas alto grado de viscosidad.»

¿ Puede satisfacer esta especie de transacion y las consecuencias de ahí inferidas?

Desde lúego habreis notado que la Comision convenia con la opinion de Pearson, en cuanto á que no se observaba en estos individuos el efecto constitucional.

Despues de esta confesion, aun menos dispuestos estaréis á aceptar sin exámen las aserciones de la Comision de Milan, cuando oigais, espuestos por ella misma, los caracteres de la vacuna que observó.

Dice así:

« Tres niños que habian tenido las viruelas fueron vacunados; las pústulas se

desarrollaron con todos los caracteres de la vacuna legítima; pero, añade, se observó solamente que el color de los botones era un poco amarillento; que la forma umbilicada no habia sido al principio muy marcada; que la areola habia sido irregular; que las costras eran un poco mas delgadas y frágiles que las otras, y que, despues de su caida, no habian dejado ninguna señal sensible.»

¿Podremos reconocer en la descripcion que precede los caracteres de una perfecta y legítima vacuna?

Yo creo que de ninguna manera debe pretenderse esto, y eso aun cuando agreguen que el fluido tomado de uno de esos niños produjo en otro, no vacunado, una vacuna verdadera; pues mas adelante tendré ocasion de apreciar el valor de ese esperimento, cuando hable de la vacuna que puede obtenerse en los ya vacunados, á los que encontraremos como identificados con los que padecieron ya las viruelas.

Ni me detendré aquí á juzgar la harmonía que quiso establecerse entre opiniones tan diversas, como lo eran las de los vacunadores ingleses y la de la Comision de Milan, por medio de una esplicacion que, como veremos, puede usarse en pro y en contra de muchos hechos que debemos analizar.

Baste señalar el absurdo que resultaria de admitir que hubo una verdadera vacuna, allí adonde no hubo el efecto constitucional, y adonde el mismo efecto local presenta tambien caracteres diversos de los asignados á aquella.

No se limitó la Comision de Milan á procurar establecer esta idea, que los que han padecido viruelas pueden contraer la vacuna verdadera, sino que emitió tambien otras opiniones, que debian ser mas adelante de aplicaciones no menos peligrosas.

Admitió dicha Comision, que debian considerarse como legítimas algunas pústulas vacunales de muy corta existencia, en las cuales se observaba que, aunque aparecidas el cuarto dia, la desecacion se habia efectuado al octavo; inmediatamente caia la costra, hallándose todo terminado al noveno.

Yo sostengo, al contrario, que semejante marcha en la vacuna debe hacer desconfiar de ella para el porvenir, y que los individuos en quienes esto se observe, pueden hallarse aptos en otra época, á contraer la verdadera vacuna, así como á padecer las viruelas.

Aun es mas digno de notarse que dicha Comision admita lo siguiente, y aquí quiero dejar hablar á Mr. Husson, para que no se crea que altero en nada el sentido de sus propias palabras. Dice así, pág. 66:

«La misma Comision ha tenido varias ocasiones de observar, que la pústula de la verdadera vacuna puede no tener la forma umbilicada: esto sucede, sobre todo, cuando la aparicion de la pústula es muy tardia y que la picadura de la insercion ha sido pequeña. Entonces la picadura ha tenido el tiempo necesario para cica-

trizarse; la epidermis se regenera allí perfectamente. Como no existe, pues, nada de lo que produce la depresion central de la pústula, es decir, la solucion de continuidad hecha á la piel por el instrumento en el momento de la insercion, no es estraño que en este caso no se encuentre sobre la pústula. Así, se puede deducir esta consecuencia: que la forma umbilicada de la pústula es ocasionada por el solo mecanismo de la insercion, pues que la depresion central se manifiesta precisamente en el lugar de la picadura.»

Me parece que ha sucedido con la vacuna lo mismo que con las viruelas: se ha descrito un tipo de la viruela legítima, y se ha comparado con otro que representa la varioloides; pero entre estos dos términos de comparacion ¿cuántas variedades no se encuentran, cuya calificacion se ha dejado al juicio de los prácticos?

Y ¿no vemos con frecuencia viruelas declaradas legítimas, por médicos instruidos, quienes sin duda alguna han formulado este juicio por el aspecto de las pústulas, por su marcha, tal vez por su aparente gravedad; y no vemos, digo, que se han equivocado declarando la inutilidad ya de la vacuna para esas personas, que despues, á diversas épocas, son afectadas de las verdaderas viruelas, á las que sucumben ó de las que quedan gravemente maltratadas?

Yo he visto con frecuencia casos de esto, y he oido á las familias sincerarse con el juicio emitido por sus médicos.

En nada, sin embargo, debe desmerecer por ello la buena opinion de aquellos profesores, cuando vemos á Mr. Sedillot decir en su memoria (pág. 604), que la flor de los médicos de Paris, entre los hombres especiales, Tronchin, D'Arect, Caille le Roy, Brander, Desessart, Portal, Sutton, Chaussier, etc., etc., cometieron errores graves de diagnóstico, declarando en varios casos, que lo que tenian á la vista eran casos de viruelas legítimas, hallándose obligados despues á reformar su juicio.

Mr. Sedillot cita varias observaciones detalladas para probar esto.

Yo me permitiré copiar solo una, por las particularidades que contiene.

Dice así en la pág. 595: «Sétima observacion. Desessart ha comunicado á la Comision de vacuna de la Sociedad de Medicina de Paris, que yo tenia el honor de presidir, y en cuyos trabajos él tomaba parte, un hecho análogo (al anterior).

«Llamado á prestar sus cuidados á un enfermo de edad de veinticuatro años, que habia sido inoculado en su infancia por Sutton, vió desarrollarse á su vista la série de síntomas precursores ordinarios de las viruelas, que fueron seguidos de una erupcion varioliforme muy abundante. El no vaciló en afirmar que eran verdaderas viruelas.

«Sin embargo, un certificado, que Sutton habia entregado á la familia del inoculado, atestiguaba que la operacion habia surtido perfectamente, y que la preservacion estaba asegurada.

«Admirado de la aparicion de un fenómeno tan estraño que se le presentaba por la primera vez, este célebre médico inoculador llamó á consulta á un colega, no menos célebre, Portal, cuyo nombre entre nosotros está unido á grandes recuerdos. Este último decidió igualmente, que la enfermedad sometida á su exámen era verdaderamente la viruela. Convinieron entre sí agregarse á Mr. Sutton, con la precaucion, sin embargo, de dejarle ignorar la inoculacion que habia practicado y el certificado que habia espedido.

«Este último inmediatamente declaró, y de un modo positivo, que aquella enfermedad era la viruela misma, y manifestó su sorpresa por haber sido llamado con médicos tan ilustres para juzgar un caso tan simple.

«Mas á la vista de su certificado cambió repentinamente de parecer, y declaró altamente que era imposible que fueran las viruelas verdaderas.

«En efecto, siguiendo su consejo, y por los buenos oficios d'Auvity, cirujano en gefe del Hospicio de la Maternidad, doce niños fueron inoculados públicamente con el virus recogido con toda precaucion en aquellas pústulas, á la época conveniente, y conservado con triple sello para evitar todo engaño.

«En esta prueba solemne, la inoculacion no tuvo otro resultado que producir en varios de estos individuos un punto inflamado, apenas aparente en algunas picaduras, sin ninguna erupcion.

«En los últimos años de la vida de Portal, cuando ya se hablaba mucho de varioloides, conversaba con él de este hecho, cuyos detalles todos conservaba muy bien en la memoria.»

Esta observacion nos hace ver:

1º Cómo algunas veces pueden equivocarse los hombres mas espertos, en el diagnóstico de las verdaderas viruelas.

2º La fuerza de la conviccion que la práctica habia creado en el ánimo de Sutton, quien declaró que era imposible que aquellas fueran viruelas verdaderas, una vez que le constó que la inoculacion, practicada por él mismo, habia tenido un resultado completo.

3º El ningun resultado, como medio de inoculacion, del virus tomado de aquellas pústulas, lo que prueba que en la varioloides el fluido contenido en las pústulas, aun cuando estas se parezcan mucho á las de las viruelas verdaderas, es cosa muy diferente, y que no se debe esperar de ambos el mismo resultado.

Mr. Sedillot cita otros casos análogos, en que se hizo la inoculacion tambien sin resultado; pero estos casos son mas completos, porque sometidos despues los individuos inoculados á una nueva inoculacion, con el pus tomado de verdaderas viruelas, sufrieron completamente los efectos de esta última operacion.

¿No debemos pensar lo mismo, de la diferencia en los efectos que deba produ-

cir en el cuerpo humano el fluido tomado de una pústula vacunal perfecta, respecto del de otra mas ó menos modificada?

Aplicando á la vacuna las consideraciones anteriores diré, que se ha fijado un tipo á la vacuna verdadera y otro á la que puede ser reconocida por todos, á primera vista, como falsa; pero entre estos dos estremos ¿cuántas variedades cuya calificacion debe hacer el médico, y cuántas probabilidades de que se equivoque con frecuencia?

Aun hay otras circunstancias de mas gravedad respecto de la vacuna, y es que, en multitud de lugares es propagada por personas estrañas á la ciencia, que aunque animadas por un celo loable, pueden cometer errores fatales para sus vacunados y para el crédito de la vacuna.

Que esto pasa en nuestro país, nadie puede ponerlo en duda; pero esto mismo pasa en las mas civilizadas naciones. Para no hablar mas que de Francia, véamos como se espresa la Comision de vacuna de la Academia de Medicina de Paris, en un informe que dirigió al Ministro de Comercio sobre una obra del Dr. Marc, intitulada: La vacuna contraida á la simple razon natural, publicada en 1835 (segunda edicion).

«Reasumiendo la Comision las observaciones que han hecho esmeradamente los mas celosos y diligentes vacunadores del reino, ha venido en conocimiento de las conclusiones siguientes:

(Omito las tres primeras que no pueden servirnos en este momento.)

«4ª La práctica de la vacuna se reconcentra mas y mas en poder de las parteras y comadres, entre las cuales, el mayor número de ellas carece de los conocimientos necesarios para justificar la validez de sus operaciones.»

Se infiere de todo esto, que si se han cometido muchas veces por los médicos errores lamentables sobre el diagnóstico de las verdaderas viruelas, aun mas multiplicados deben haber sido los cometidos por multitud de aficionados, sobre la apreciacion de una vacuna legítima.

Ved ahí una fuente inagotable de acontecimientos desgraciados, y no estrañareis ya por qué con tanta frecuencia se convierta en perfectamente falsa, una vacuna que era verdadera antes de llegar á sus manos.

Lo sensible es, que muchos de estos errores puedan encontrar alguna autorizacion en el dictámen de personas ó comisiones que, por respetables que hayan podido ser, han estado, sin embargo, sujetas á errar en sus apreciaciones.

Y aquí, Señores, yo no puedo dejar pasar sin exámen la asercion, de que la forma umbilicada en la vacuna no sea un carácter peculiar á ella, por ser producida por el modo de insercion del virus vacuno.

La simple razon basta para convencer que esa esplicacion es inadmisible: porque ¿no vemos la falsa vacuna, aplicada por el mismo mecanismo, elevarse en pun-

ta en el centro en vez de deprimirse? Y ¿no vemos la forma umbilicada, en la vacuna legítima, producirse, cuando se aplica sobre una porcion de la piel desprovista de su epidermis, por cualquiera otro medio, sin que intervenga picadura alguna? Ni ¿qué picadura precede á la misma forma umbilicada en la pústula que representa la virucla legítima?

Ademas, he visto con frecuencia pústulas bastante retardadas en su aparicion, pero jamas he observado que esa circunstancia ocasione la ausencia de la forma umbilicada.

Es, pues, este, un carácter de la verdadera vacuna, y la prudencia dicta no usar nunca de aquellas pústulas en las que la referida forma no se observe.

Importa á mi propósito que, dejando para otro lugar el seguir esponiendo otras muchas consideraciones que deben pesar sobre el juicio que debemos formar hoy sobre la vacuna, importa, digo, que nos ocupemos inmediatamente de la vacuna falsa.

Mas para poder ser mejor comprendido en lo relativo á este punto tan interesante, creo no se llevará á mal hable algo de las viruelas mismas.

Antes que todo investiguemos, si desde que existen las viruelas se han observado tambien todas aquellas afecciones que se les parecen, y á las que se han aplicado succesivamente diversas denominaciones: viruelas falsas, varioloides, viruelas modificadas, varicela, etc.

Creo que no debemos poner en ello duda.

Mr. Sedillot nos dice en su memoria, pág. 607:

«Todos los autores, antes y despues de Sydenham, hasta nosotros, han observado frecuentemente, en el curso de las epidemias de viruelas y aun en su ausencia, otras afecciones pustulosas que presentan mas ó menos semejanza con ellas, sea por varios de sus prodromos, sea por el carácter aparente de las pústulas; lo que daba frecuentemente lugar á grandes equivocaciones, contra las cuales se han desplegado todos los recursos del genio observador.

«Se trataba de saber si esas erupciones eran verdaderamente variolosas; ó en otros términos, si tomadas por tales podian servir de prueba de recaidas de viruelas.

«En los primeros tiempos la cuestion fué fuertemente disputada, y de los dos lados, dice Van-Swieten, por hombres de grande autoridad. Pero los hechos han hablado; la verdad se ha mostrado, y se ha convenido en considerar estas erupciones como falsas viruelas ó viruelas bastardas. . . . . . .

«De ellas (dice mas adelante) los franceses han admitido cinco formas diversas: 1ª la pustulosa umbilicada; 2ª la pustulosa conoide; 3ª la pustulosa globulosa; 4ª la papulosa; 5ª la vesiculosa.»

En el Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, artículo viruelas, pág. 586, Mr. Rayer nos dice:

«He indicado varios ejemplos de epidemias variolosas; en casi todos, las diversas formas de las viruelas y de sus principales modificaciones, han sido observadas.»

Si á veces nuevas denominaciones aclaran cuestiones dudosas, en otras ocasiones pueden engendrar una confusion que no existia.

Tal pareció á Mr. Sedillot que sucedia cuando se creó la palabra varioloides.

He aquí como se espresa en la pág. 614:

«Cuando por primera vez la palabra varioloides vino á herir mi oido, como designando una enfermedad grave interpuesta entre la viruela y la vacuna, *enfermedad sin duda desconocida hasta el presente*, procuré traer á mi pensamiento mis estudios anteriores; y no encontrando allí nada que pudiera aclararme semejante descubrimiento, examiné si su denominacion podia caracterizarla, como era racional creerlo, en el estado de progreso en que se hallan actualmente todas las ciencias; pero ¿qué hallé? una derivacion de una palabra que lleva en sí un vicio radical, y absolutamente vacia de sentido.

«Yo busqué entonces, en la sinonimia de esta nueva designacion algunos rasgos de luz sobre el objeto de mis investigaciones. ¡Lejos de eso! las palabras viruela degenerada, viruela modificada, viruela mitigada, han venido á aumentar mi embarazo. ¿Pues qué, me he dicho, acaso Dios en su clemencia habrá hecho desaparecer del globo, esta espantosa enfermedad con que habia afligido á la humanidad en su cólera? No es tampoco nada de eso.

«En fin, por la lectura de los escritos que trataban de este descubrimiento improvisado, reconocí, con gran admiracion mia, que esta denominacion tan impropia, por una inconcebible aberracion, acababa de ser aplicada á una de las falsas viruelas, tan bien conocidas y tan bien descritas por todos nuestros predecesores, así como por nuestros contemporáneos, etc.»

Mas adelante dice, pág. 615:

«Sin embargo, seria injusto dejar pasar esta crítica, sin esplicar el sentido que se ha querido dar á estas nuevas denominaciones.

«No se ha querido hablar mas que de la erupcion varioliforme, que ataca á los vacunados ó á los que han tenido viruelas; y como esta afeccion no se acompaña generalmente de accidentes graves, se han hecho una ilusion, pretendiendo que esta erupcion que no era, segun ellos, mas que la viruela misma, se encuentra modificada por la accion de unas viruelas anteriores ó de una precedente vacuna.....

....

«Pero véamos cual es el valor de este principio. Si estos honorables colegas recuerdan sus primeros estudios, convendrán que todos los escritores que han precedido á nuestra época, al describir las viruelas, han descrito tambien con el mayor cuidado, las falsas viruelas, que son una cosa muy diversa, dice Sydenham, que las verdaderas, con las cuales no deben confundirse: que lean el pasaje de Van-

Swieten, que ha servido de epígrafe á esta memoria, y de allí deducirán la consecuencia, que desde esa época las falsas viruelas eran frecuentemente confundidas por el vulgo con las verdaderas, y que podian reproducirse varias veces sobre el mismo individuo.

«Ellos recordarán tambien, que todos los inoculadores y todos los vacunadores, han visto las viruelas falsas *atacar indistintamente á los que han pasado las viruelas y á los vacunados, así como tambien á todos los demas individuos que ni han tenido viruelas ni han sido vacunados*, y que no es sino por medio de estas fingidas equivocaciones, como los implacables enemigos de la inoculacion y de la vacuna han intentado con tanta frecuencia y con tanto atrevimiento, pero tambien con tan poco éxito, comprometer estos dos grandes descubrimientos.»

Mr. Gendrin afirma, por su parte, (Diario general de Medicina, tomo 98, pág. 331) que la varioloides no es una enfermedad nueva; que frecuentemente ha sido tomada por una segunda viruela, por médicos que no han puesto la atencion debida.

«Nosotros, añade, hemos visto muy groseros errores de este género; pero á pesar de investigaciones muy multiplicadas, no hemos encontrado todavia un solo ejemplo de verdaderas viruelas sobre un sugeto bien vacunado.»

Finalmente asienta, entre otras, las dos proposiciones siguientes:

«El principio contagioso de las viruelas, obrando sobre sugetos poco aptos á esperimentar sus efectos, aunque no hayan tenido viruelas ni sido vacunados, puede desarrollar en ellos la varioloides.

«Es, pues, un error, creer que no se observa mas que en los vacunados. (1)

«La varioloides, aunque saca su orígen de la viruela, se propaga por inoculacion, solo en los individuos que no han sido vacunados ni tenido viruelas, y con-

---

(1) Recientemente el Sr. Jimenez (D. Miguel) ha tenido, en su clínica en el hospital de San Andrés, un jovencito de ocho años de edad (Alejandro Jaso) que no habia tenido antes viruelas ni habia sido vacunado: este enfermo entró allí atacado de una enfermedad que el Sr. Jimenez caracterizó de varioloides, y todo pareció confirmar bastante ese diagnóstico; sobre todo la ausencia de la calentura de supuracion.

Sin embargo, dice este Señor, que la duracion de la enfermedad fué prolongada y aun retardada (el dia 12 estaba en su auge), y que quedaron despues, en algunas partes, señales (que yo mismo pude ver) no muy estensas ni muy profundas; lo que prueba que las pústulas que las produjeron supuraron en parte.

Yo mismo acabo de tener en mi servicio de cirugía, en el hospital de San Andrés, (sala de mugeres) una niña de tres años de edad, no vacunada (Antonia Jarauta), que entró á curarse, el 24 de Junio, de una varioloides de apariencia grave: la marcha ulterior de la enfermedad hizo ver que no fueron viruelas legítimas. El mismo Sr. Jimenez pudo ver esta enferma ya en el período de desecacion.

serva siempre, entonces, sus caracteres propios, *sin tender á aproximarse á la viruela.*»

(Las aserciones de Mr. Gendrin están apoyadas en esperiencias propias, y de otros autores.)

Como se ve por los pasajes que he citado, y que podria multiplicar hasta donde se quisiera si no temiera cansar vuestra atencion, desde que se han conocido las viruelas han sido siempre precedidas, acompañadas ó seguidas de las diversas especies de viruelas que se han llamado falsas, comprendidas las que mas se asemejan á las verdaderas, siempre que no sean perfectamente iguales á ellas.

No provienen de una degeneracion de las verdaderas, ni son cosa nueva en la práctica.

La esperiencia nos lo acredita así todos los dias, y Mr. Sedillot señala, entre la varioloides y las viruelas legítimas, algunas diferencias esenciales que creo deber reproducir aquí.

En la pág. 603, hablando de que la forma umbilicada no es bastante para distinguirlas, dice:

«Sin embargo, ellas difieren esencialmente, por la naturaleza de sus virus, de los que uno parece sembrar á su alrededor, por todas las vias posibles, el contagio, la desolacion y la muerte, mientras que el otro es mas dificilmente trasmisible, poco temible, aunque acompañado á veces de síntomas graves pero jamas funestos, escepto en los casos de peligrosas complicaciones.»

En la pág. 625 dice:

«Las esperiencias microscópicas que acompañan á esta memoria, indican que el virus de la verdadera viruela presenta cristales, y el de la varioloides solo glóbulos mucosos.»

Mr. Sedillot refiere (pág. 619), que el virus de la varioloides ha sido inoculado con cuidado, y aun con solemnidad, en presencia de los principales médicos de Paris, pero sin éxito, á individuos que no habian tenido viruelas.

Que del mismo modo lo habia sido, y sin éxito, á sugetos que no habian sido vacunados, ni tenido viruelas, por Mr. Maingault.

En fin, el célebre inoculador Mr. Valentin, dice (Diario general de Medicina, tomo 13, pág. 175):

«Por muchas tentativas que he hecho, no he podido nunca llegar á comunicar las falsas viruelas por inoculacion, aun cuando se las pueda adquirir varias veces; mientras se las ve frecuentemente propagarse por contagio en la misma familia. He ensayado esta inoculacion sobre mí mismo y sobre otros individuos, sin éxito.»

De donde concluye, que las viruelas falsas no son susceptibles de comunicarse por inoculacion.

No falta, sin embargo, quien afirme que el virus de la varioloides ha producido alguna vez, por la inoculacion, las viruelas graves.

¿No será de pústulas de viruelas legítimas de las que se habrá tomado el virus que ha dado lugar á ese accidente?

Todos saben, que cuando los inoculados por el antiguo método eran atacados de viruelas, los inoculadores, para salvar su crédito, se apresuraban á inocular el virus de aquellas pústulas, para hacer ver que sus operaciones habian tenido el efecto que se deseaba.

De esto constan en los autores observaciones detalladas, y en todas ellas se espresa, que la inoculacion del virus de esas pústulas no producia resultado ninguno.

Muchos afirman que la varioloides liberta de las viruelas graves.

Esto podrá suceder muchas veces; pero yo personalmente he tenido ocasion de ver (como lo he dicho antes) muchos casos, en los que individuos que habian tenido esta enfermedad en su niñez, y que aun habian quedado algo marcados, han tenido despues las viruelas graves; lo que me hace creer que, ademas de la vacuna, solo las viruelas legítimas preservan absolutamente de ellas mismas.

Se concibe, sin embargo, que como los autores han debido fijar solamente los tipos de estas afecciones, muchas deben encontrarse en el medio, y no pocas se acercarán mas ó menos íntimamente á ambos estremos.

Así es como pueden esplicarse las aserciones tan diversas y aun contradictorias de los autores, sobre todo lo que se refiere á la varioloides.

Sea lo que fuere, es muy racional advertir, que la varioloides debe su existencia á las modificaciones que causa en el organismo una viruela anterior ó una precedente vacuna; pero que no es cosa nueva, que ha existido siempre, y que aparece muchas veces en individuos que ni han sido vacunados ni han tenido viruelas; que en estos últimos, la influencia variolosa se limita á producir la varioloides, seguramente por poca aptitud natural (para esta enfermedad) de esos individuos; que aun cuando algunos afirman que el virus de la varioloides, inoculado, ha dado algunas veces lugar á viruelas graves, hay mucho lugar á dudar de esto, visto el gran número de esperiencias hechas por personas muy competentes, en cuyas manos ningun resultado se ha obtenido; que aun cuando en muchos casos la varioloides sea suficiente, como preservativo de las viruelas legítimas, los resultados de las esperiencias hechas con el microscopio, y muy particularmente los resultados obtenidos por la inoculacion de su virus, prueban suficientemente que no son idénticos, aun cuando provengan de un mismo orígen; que por las circunstancias antes dichas, las constituciones de los individuos en quienes el virus varioloso ha penetrado, pueden modificar mas ó menos considerablemente sus efectos; que no es natural que el virus procedente de una enfermedad, abortada en cierto modo, pueda dar lugar á la formacion de un virus igual enteramente al que suministra otra

de igual clase, cuyo desarrollo fué completo; y que seria un error muy craso creer, que (si se debiera practicar hoy todavia la inoculacion de las viruelas) fuera cosa igual ó indiferente, para obtener un buen resultado, emplear el virus de la varioloides ó el de las viruelas legítimas.

Previas estas ligeras consideraciones sobre las viruelas, ocupémonos luego de la vacuna falsa.

¿Qué cosa es, Señores, la vacuna falsa?

¿Es alguna entidad nueva, cuya existencia baste por sí sola para probar que la vacuna no es hoy lo que fué en su orígen? ¿Desde cuando existe y á qué ha debido su existencia?

He ahí las primeras preguntas, que naturalmente ocurren cuando se quiere estudiar esta parte importante de la vacuna.

Pero es muy fácil probar que la vacuna falsa ha acompañado á la verdadera desde su orígen; que fué la primera que se introdujo en Francia y en algunas otras naciones, y, cosa particular, que el mismo Jenner, el descubridor de la vacuna, fué el que la señaló á la atencion de los prácticos.

Oigamos como se espresa sobre esto el mismo Jenner.

«En el curso de mis investigaciones sobre la vacuna, asunto erizado de dificultades, como lo son todos aquellos de una naturaleza complicada, encontré (dice) que varios individuos que parecian haber sido accidentalmente vacunados, habian, sin embargo, resentido los efectos ordinarios de las viruelas, cuando en seguida ellos habian sido inoculados con la materia variolosa.

«Esta circunstancia me sugirió la idea de consultar, sobre esto, la opinion de los inoculadores del país: ellos fueron unánimemente de parecer, que la vacuna no podia ser considerada como un preservativo cierto de la viruela.

«Esta decision moderó, durante un cierto tiempo, el ardor de mis investigaciones, pero no lo estinguió, y continuando en ellas, tuve la satisfaccion de convencerme, de que las vacas están sujetas á varias clases de erupciones espontáneas en las tetas: que cada una de estas diferentes erupciones (todas de naturaleza contagiosa) podia comunicarse á las manos de las personas encargadas del cuidado de ordeñarlas, y que, cualesquiera que fuesen las diferencias que pudieran realmente observarse en los resultados, no se conocian estos males contagiosos mas que bajo el nombre general de cow-pox.

«Con este descubrimiento vencí un grande obstáculo, y fuí conducido á establecer una distincion necesaria entre estas enfermedades eruptivas; yo dí á una de ellas el nombre de verdadera vacuna, y á todas las otras el de vacuna falsa, fundándome sobre que estas últimas no tienen ninguna accion específica sobre la constitucion humana.

«Apenas habia venido este obstáculo, cuando bien pronto despues se presentó otro, en apariencia mucho mas dificil de vencer.

«No faltaban ejemplos para probar, que una persona que habia recibido al mismo tiempo que otras varias, la infeccion de la verdadera vacuna de una vaca atacada de esta enfermedad, no habia sido por eso preservada de las viruelas; cuya accion habia esperimentado, mientras que las demas parecian haber quedado libres de ellas.

«Este obstáculo, así como el primero, dió un golpe terrible á las esperanzas lisonjeras que habia yo concebido; pero habiendo reflexionado que las operaciones de la naturaleza son ordinariamente uniformes, juzgué que no era probable que el cuerpo humano (despues de haber plenamente resentido los efectos de la vacuna) se encontrara algunas veces perfectamente al abrigo de la influencia de las viruelas, y que otras veces fuera susceptible á recibirlas.

«Conforme con esta idea, continué mis trabajos con nuevo ardor. El resultado fué feliz, porque descubrí entonces, que el virus vacuno estaba sujeto á esperimentar cambios progresivos, precisamente por las mismas causas que las producen en el virus varioloso; y que cuando esta materia era empleada en un estado de degeneracion sobre la piel humana, *podia producir erupciones tan marcadas, y aun algunas veces mas graves, que cuando está en su estado de perfeccion;* pero que habiendo perdido en el primer caso sus propiedades específicas, era incapaz de producir en el cuerpo humano *aquellos efectos caracterizados que son necesarios para ponerlo enteramente al abrigo del contagio varioloso.* Entonces se hizo evidente que una persona podia ordeñar hoy una vaca enferma, recibir de ella la infeccion, y quedar ciertamente preservada del contagio de las viruelas; mientras que otra, habiendo ordeñado al dia siguiente la misma vaca y habiendo resentido plenamente, *en apariencia*, la accion del virus vacuno, manifestada por una indisposicion considerable y por una ó varias pústulas, no habia quedado, á pesar de eso, preservada de las viruelas: mas es necesario atribuir esta diferencia, á que al dia siguiente *era ya tarde;* el virus vacuno habia perdido ya algo sus propiedades específicas, y, por consiguiente, no podia obrar mas que de un modo imperfecto.»

Hasta aquí Jenner. Dejo ahora hablar á Mr. Husson:

«Estos primeros datos sobre una enfermedad que afecta á las vacas y se comunica á las personas encargadas de ordeñarlas, sin preservarlas de las viruelas, conviene perfectamente con lo que conocemos de la degeneracion de la vacuna verdadera, que se desarrolla sobre el hombre con un carácter de bastardía, *se propaga en seguida por inoculacion*, y no posee la facultad antivariolosa.

«Una circunstancia muy notable que se presentó en los primeros tiempos, cuando la vacuna llegó al continente, concurrió á estender esta analogía, y á confirmar lo que Pearson habia anunciado precedentemente, á saber, que la vacuna verdade-

ra no podia desarrollarse sobre un individuo que ha tenido las viruclas. Mas bien apreciada por los felices resultados anunciados por los médicos ingleses, que conocida por la esperiencia, la nueva inoculacion debia en esta época ser, para un gran número de sábios, una fuente fecunda de investigaciones, de observaciones y aun de errores.

«Decarro, uno de los primeros que la adoptó, poco instruido todavia de las diferentes degeneraciones del fluido vacuno, *propagó la vacuna falsa en Viena y en Génova.*»

La propagacion de esta vacuna en Génova, se hizo por vacuna falsa que fué remitida por el Dr. Decarro á los Dres. Odier y Coindet.

Estos señores, que no habian obtenido nada con vacuna que les habia sido remitida de Lóndres, obtuvieron resultados con la que recibieron del Dr. Decarro, pero pronto vieron, que la marcha de esa vacuna, y su apariencia, no eran como la describian los médicos ingleses.

El Dr. Odier envió de ella á Suiza, en donde produjo los mismos resultados, y en todas estas partes pudieron convencerse de la bastardía de esta vacuna, y de su ningun efecto preservativo, pues habiendo practicado la inoculacion del virus varioloso en las personas vacunadas con aquella, se vió que la inoculacion tuvo un efecto completo.

«El Dr. Odier (continúa Mr. Husson) creyó entonces que la materia enviada por Decarro habia perdido su facultad preservativa, aunque hubiera conservado la de producir una vacuna bastarda muy activa (producia grandes pústulas que se acompañaban de una fuerte inflamacion local y de síntomas generales muy marcados) y aun cuando fuera susceptible de transmitirse por inoculacion, de un individuo á otro, con los mismos caracteres. Atribuyó este singular fenómeno, á que la persona de quien provenia aquella vacuna, habia tenido las viruelas en su infancia, y confirmó la opinion de Pearson, que anunciaba, que para inocular la vacuna verdadera es preciso no tomar el virus del brazo de una persona que haya tenido viruelas, porque basta esta circunstancia para hacerlo degenerar y quitarle la virtud preservativa.

«El Dr. Aubert habia tambien anunciado, que cuando se vacunaban individuos que habian tenido las viruelas, esta vacunacion generalmente no producia nada; mas en ciertos casos resultaba una vacuna bastarda.»

Véamos como cuenta Mr. Husson la aparicion de la vacuna falsa en Paris.

«En la época (dice) en que el Dr. Odier recibia del Dr. Jenner la vacuna que le habia pedido, la Comision Central acababa de organizarse en Paris, y juntamente con los comisarios del Instituto Nacional y de la Escuela de Medicina nombrados por el gobierno, comenzaba sus esperiencias con la materia que le habia sido enviada de Lóndres por el Dr. Pearson; pero sea en razon de lo que duró el trans-

porte, sea por la falta de esperiencia de la Comision, poco instruida todavia sobre este género de inoculacion, sea mas bien por la oxidacion de las lancetas impregnadas del fluido vacuno, vieron reproducirse, con la misma succesion de fenómenos, la enfermedad observada en Génova por el Dr. Odier. La Comision no pudo en esto reconocer el carácter de la verdadera vacuna, suspendió sus esperiencias, y esperó para continuarlas la llegada del Dr. Woodville, médico del hospital de inoculacion en Lóndres.

«Este célebre inoculador, retenido en Bolonia por las formalidades necesarias para obtener su pasaporte, habia inoculado algunos niños en esta ciudad; esta ocasion procuró á la Comision el medio de tener, en veinticuatro horas, materia tan reciente como era posible: nuevos niños fueron vacunados en Paris por el Dr. Woodville con esta materia: la Comision encontró una gran diferencia entre la enfermedad producida por las lancetas de Pearson y la que desarrollaba Woodville, y llamó la atencion de los médicos sobre los caracteres distintivos de la verdadera y falsa vacuna.

«Pero sea que la mayor parte de los médicos que en esta época practicaban la inoculacion de la vacuna, creyeran inútil adquirir sobre esta parte de la ciencia nociones exactas y precisas; sea que los errores cometidos y confesados por el Dr. Odier y la Comision Central, no fueran una leccion bastante fuerte para todos los prácticos, se vió, segun lo aseguran varios vacunadores que carecian de esperiencia, reproducirse la falsa vacuna.»

Hubo lugares en donde la falsa vacuna dejó tristes recuerdos: así cuenta Mr. Husson que Mr. Dufresne, médico en Bonneville, habia vacunado á varios niños con un hilo venido de Génova, y probablemente bien escogido, en cuyo número estaban el suyo y el del general Herbin.

Todos los vacunados tuvieron calentura y una estensa eflorescencia antes del tercer dia.

Mr. Dufresne propagó rápidamente esta falsa vacuna en el país, y setecientos ú ochocientos individuos fueron sucesivamente inoculados. Sobrevino una epidemia de viruelas; la mayor parte de estos vacunados, de los que muchos habitaban Chambery, fueron atacados de ellas; un gran número murió, y el desgraciado médico tuvo el dolor de ver perecer á su hijo y al del general Herbin.

Lo particular es, que despues de bien establecida la vacuna verdadera en varios lugares de los que hemos hablado, la vacuna escogida y enviada á otras partes, produjo de nuevo la falsa vacuna.

Por ejemplo, Mr. Haguenot, médico en Pezenas, á quien el Dr. Odier envió de Génova hilos con un virus muy bien escogido, se sirvió de él para vacunar varios niños; uno de ellos tuvo una vacuna muy irregular: inoculó con esta vacuna cosa de veinte individuos; todos tuvieron una vacuna bastarda.

Mr. Toore, cirujano en Sceaux, cerca de Paris, propagó igualmente la falsa vacuna por otro motivo: tomaba la materia del grano cuando éste habia llegado al décimoquinto ó décimosesto dia para inocularlo: mas á esa éqoca el líquido estaba ya turbio, opaco y de color purulento: esta vacunacion producia los efectos siguientes: desde el tercero dia aparecian en las picaduras una areola ó rubicundez que hacia progresos los dias siguientes: cada boton se convertia en una vejiguita que se habia abierto el sesto dia, dejando salir un humor, que al secarse, formaba una costra amarillenta semi trasparente; esta costra caia al undécimo dia, siendo reemplazada por otra del mismo carácter, debajo de la cual se formaba un humor purulento, y caia el dia veintiuno.

La Comision de Paris recomendó á Mr. Toore vacunara de nuevo á todos aquellos que habian tenido esta falsa vacuna; varios se sometieron á ello, y la vacuna se desarrolló con todos los caracteres de una vacuna legítima.

Como era natural, todos se esforzaron á procurar se fijasen los caracteres de la vacuna verdadera y los de la falsa, para evitar así nuevos errores y desgracias.

La Comision de Milan publicó un cuaderno comparativo de ambas, el cual fué entonces muy apreciado. Mr. Husson, despues de hacer su elogio, no lo creyó completo, pues dice:

«Insisto en mantener las dos variedades de falsa vacuna que he descrito en las ediciones precedentes de esta obra, y se conocerá que tengo alguna razon en reproducir un trabajo que fué el fruto de esperiencias muy numerosas, y que nuevas observaciones han confirmado y aun estendido.

«Yo admito, dice, dos variedades de la falsa vacuna: una es la que se desarrolla en los individuos que han tenido viruelas; la otra es el producto de una irritacion física, y se observa en algunas personas que no han tenido viruelas y á quienes se vacuna. Estas dos variedades me han parecido muy distintas en su marcha y en su aspecto. Es muy importante conocerlas, porque la primera se reproduce sin preservar de las viruelas; y que hay peligro de que se produzca la segunda, cuando la vacuna es enviada á médicos que quieren naturalizarla en los países en que habitan.»

Como importa mucho á mi objeto el presentaros la descripcion de las dos variedades de vacuna falsa admitidas por Mr. Husson, permitidme que las copie aquí literalmente.

Primera variedad de la falsa vacuna.

«Desde el primero, algunas veces al segundo, á mas tardar al tercer dia, la picadura se inflama; se forma luego una vesícula ordinariamente irregular, algunas veces terminada en punta, pero mas comunmente redonda, *como la verdadera vacuna;* sus bordes son aplanados, desiguales, no están hinchados por la materia, que siempre es poco abundante, de un amarillo limpio, y dando este color á la ve-

sícula. La areola no existe constantemente; ella es algunas veces tan viva, rara vez tan estendida como en la verdadera vacuna; dura el mismo tiempo, pero aparece mas temprano.

«Durante este trabajo se esperimenta una comezon insoportable, las axilas se ponen dolorosas, los ganglios axilares pueden engurgitarse, y no es raro que el enfermo tenga cefalalgia ó algunos accesos irregulares de calentura. La costra, completamente formada al sétimo ú octavo dia, cae al mismo tiempo que la de la vacuna verdadera; ella presenta algunas veces el mismo aspecto, con la sola diferencia que es menos ancha, menos gruesa, y que no deja cicatriz, sino solamente una mancha en la piel. El período inflamatorio es muy rápido, y la desecacion lo es tambien mas: no se puede dar á este boton el nombre de tumor, porque no hay elevacion en las carnes que lo rodean, no hay esta induracion circunscrita que hace la base del tumor de la vacuna: si hay tension alrededor de la pústula, es irregular y superficial.

«Estoy lejos de pretender, añade Mr. Husson, que esta variedad de falsa vacuna, se declare constantemente en todas aquellas personas que habiendo tenido viruelas se sujetan á la vacunacion: sucede con frecuencia, que la vacunacion no produce ningun efecto y que las picaduras se secan pronto, pero yo la he observado siempre que la vacuna ha tenido accion sobre las personas que se han sometido á ella, aunque seguras de haber tenido las viruelas, y sobre aquellas que han querido servirse de esta piedra de toque para disipar todas las dudas que tenian sobre esta enfermedad.»

Segunda variedad de la falsa vacuna.

«Desde el mismo dia, ó al dia siguiente de la vacunacion, se percibe una elevacion de la porcion de epidermis que cubre el hilo y la vacuna, una rubicundez viva sobre esta parte, y una exudacion puriforme en los lábios de la herida; el segundo dia la rubicundez ha disminuido, la porcion de epidermis está blanca, mas saliente que la víspera, y yo he visto constantemente una ligera rubicundez en el tejido celular que circunscribe la pequeña herida: del segundo al tercero dia, la porcion de epidermis, convertida en boton por la supuracion, y elevada en punta, se rompe y deja salir un pus opaco, amarillento, al cual succede una costra amarilla, blanda, aplanada, que cae el quinto ó sesto dia: se renueva frecuentemente y es seguida algunas veces de una úlcera profunda dificil de curar.

«Pero queda á esta época una rubicundez irregular bastante intensa, acompañada de dureza en el tejido celular inmediato, una ligera hinchazon de la piel; y el círculo rojo que se aumenta primero sensiblemente, despues acaba por desaparecer, sin dejar sobre la piel las pequeñas escamas que se encuentran en la vacuna verdadera, en el lugar de la areola cuando esta se disipa.

«Esta segunda variedad, bien distinta de la precedente por su marcha, sus apariencias esteriores y sus causas, es tambien muy fácil de reconocer.

«Se ven algunas veces, continúa Mr. Husson, individuos que no han tenido la vacuna ni las viruelas, presentar una resistencia manifiesta á la accion de la vacuna, que determina sobre ellos todos los síntomas de la falsa vacuna. He tenido varias ocasiones de encontrar algunos de estos individuos, en quienes he desarrollado la vacuna bastarda en varias vacunaciones sucesivas. Cada vez he variado mi método de insercion, y siempre he obtenido el mismo resultado. No he podido probar sobre estos individuos la inoculacion del pus varioloso, y por consiguiente, asegurarme si eran tan poco aptos para contraer las viruelas como la vacuna. Mr. Pages d'Alais ha hecho la misma observacion en tres niños; él cree que en esta enfermedad, como en las viruelas, hay personas en cuyo sistema no puede penetrar la vacuna, y que entonces se limita á producir síntomas locales.»

Tambien pudo observarse desde el principio, que la falsa vacuna se desarrollaba á veces al mismo tiempo que la verdadera, sobre el mismo individuo.

Esto lo refiere así Mr. Husson, pág. 110:

«No es raro observar la marcha simultánea de la verdadera y de la falsa vacunas en el mismo individuo, frecuentemente en el mismo brazo, sea que se haya variado para cada picadura el procedimiento operatorio, sea que se haya empleado para unas, una materia degenerada, y para otras, una materia legítima; sea que todas hayan sido hechas segun el mismo método; sea, en fin, por una causa que no ha sido aún apreciada.

«Mr. Mongenot refiere este hecho curioso: vacunó un individuo por el mismo método y con la misma materia en todas las picaduras. Un solo boton marchó con regularidad en el brazo izquierdo: al undécimo dia, una picadura del brazo derecho, hasta entonces inerte, se inflamó, se elevó en punta, se rodeó de una areola viva, y presentó el aspecto de la vacuna falsa.»

Se encuentran tambien observaciones de estas, en la obra de Mr. Decarro y en la de Mr. Mongenot, sin que sea fácil esplicar su produccion en estos casos.

Yo he tenido el honor de comunicar á la Academia, hace poco tiempo, una observacion de esta clase: no me parece fuera del caso repetirla.

He aquí los términos en que la espuse á la Academia:

Un caso bastante curioso se me presentó en estos dias, y tuve el gusto de que pudieran observarlo los Sres. D. José María Vértiz, D. Manuel Carmona, D. Juan María Rodriguez y D. Eduardo Liceaga.

El niño Vicente Gonzalez, de nueve meses, que no habia sido vacunado antes, ni habia tenido viruelas, se vacunó en mi casa el Mártes 20 de Abril.

En este niño, á los diez dias despues de la vacunacion, habia en un brazo una pústula grande umbilicada, pero con areola y tumor vacunal muy irregulares: en

lugar del color plateado del contorno, habia un color amarillento: esta pústula representaba realmente una vacuna modificada.

Habia en ambos brazos unas pustulitas pequeñas, unas cónicas, otras globulosas con sus respectivas areolas, representando una vacuna perfectamente falsa.

Finalmente, en uno de los brazos se encontraba una pústula mediana, umbilicada, de color plateado, que representaba un buen tipo de la vacuna verdadera.

Este niño habia sido vacunado por una misma persona, y una misma materia habia sido aplicada en todas las picaduras.

En el Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, artículo *vacuna*, Mr. Rayer, despues de haber señalado los caracteres y la marcha de la verdadera vacuna, hablando del diagnóstico se espresa así:

«La vacuna no puede ser confundida con las pústulas accidentales que se han llamado impropiamente falsa vacuna, y que se producen todas las veces que se introduce en la piel pus ó cualquiera otro líquido estimulante: estas pústulas se desarrollan al dia siguiente, ó poco mas tarde, en las picaduras; son desiguales, y se elevan en punta desde que nacen, su vértice es amarillento, su testura frágil no soporta la mas ligera presion; el pus que contienen sale y se seca al tercero ó quinto dia. Las costras que succeden á estas pústulas son amarillas, blandas, y con frecuencia humedecidas por una materia icorosa. En resúmen, estas pústulas no tienen ni la marcha ni la forma umbilicada de las pústulas vacunales.

«Las vaccinelas (vaccinæ spuriæ) tienen mas analogía con la vacuna. Están caracterizadas por una ó varias pústulas bien circunscritas y umbilicadas, que, como las de la vacuna verdadera, aparecen el cuarto dia; marchan como ella, pero con menos inflamacion, hasta el octavo ó noveno dia, y ordinariamente se han secado el décimocuarto ó décimoquinto. El humòr que contienen, inoculado, *puede dar lugar á la verdadera vacuna, ó desarrollar pústulas que se diferencian de la vacuna legítima*, sea por la mayor rapidez de su marcha, cuando han llegado al período de supuracion, sea por un menor grado de inflamacion del contorno y de la areola, y por la existencia de una mancha ó de una ligera cicatriz, en lugar de una cicatriz (gauffrée) sobre el punto de la piel que han ocupado; en fin, *ellas no preservan de las viruelas con la misma seguridad que la verdadera vacuna.*»

Como se vé, Mr. Rayer admite que estas vacunas (que hallaremos mas adelante bajo el nombre de vacunas modificadas, que pueden obtenerse en los ya vacunados ó que han padecido viruelas) pueden desarrollarse en individuos que ni han padecido esa enfermedad ni han sido tampoco vacunados.

Me basta por ahora señalar esta opinion, que yo profeso igualmente, y sobre la que me estenderé despues.

Fijemos tambien la atencion en las palabras, con que termina aquel párrafo Mr. Rayer, al hablar de esas vacunas.

«*Ellas no preservan de las viruelas con la misma seguridad que la verdadera vacuna.*»

Hay, pues, vacunas falsas, y su existencia data desde que se conoció la verdadera: desde entonces se presentaron á la observacion de los que las estudiaban; han seguido siempre acompañando á la vacuna, y hoy mismo se manifiestan en los mismos términos, á los que quieren observarlas.

Luego la vacuna es hoy lo mismo que ha sido siempre respecto de su manifestacion local, y ningun argumento puede sacarse de la existencia de las falsas vacunas para apoyar en ellas su degeneracion.

Lo que no puede uno menos de estrañar fuertemente es que, todos los hechos importantes relativos á las vacunas falsas hayan ido cayendo en grande olvido, en términos, que la generalidad de las gentes no se preocupe hoy mas que de la vacuna perfectamente falsa, variedad que todos conocen fácilmente.

Pero ¿qué otra cosa debia suceder, cuando vemos á un autor de distinguido mérito publicar en una obra las siguientes frases?

«Sin embargo, es necesario reconocerlo altamente; se encuentra rara vez hoy, lo que se pudiera llamar una vacuna falsa: en el mayor número de casos, la vacunacion falla completamente ó es seguida de los fenómenos regulares de la erupcion vacunal.»

(Mr. Casenave. Tratado de las enfermedades de la piel, artículo vacuna, página 247.)

Y estas frases son proferidas por una persona que profesa, que la *vacuna* verdadera no es completamente preservativa, y que su accion es limitada.

¿Cómo convendremos con estas opiniones la desaparicion para estos Señores de las vacunas falsas?

¿Han desaparecido éstas porque la vacuna se ha perfeccionado?

¿O realmente ya no preserva lo mismo, la vacuna, porque ha degenerado?

Pero si ha degenerado ¿cómo se concibe que las falsas vacunas hayan desaparecido?

Por otra parte, si las falsas vacunas han provenido siempre de los errores de los que vacunan, ó de las diversas circunstancias en que se encuentran los terrenos que las producen, al oir aquellas aserciones podriamos preguntar:

¿Qué, los que vacunan son ya infalibles en sus actos y en sus apreciaciones?

¿Qué, las constituciones de los que se vacunan están ya divididas en dos bandos enteramente opuestos, de los que uno es perfectamente apto para el desarrollo de la vacuna legítima, mientras que el otro no la admite bajo ninguna forma?

Y, supuesto este cambio en las constituciones, por qué las falsas viruelas no han desaparecido al mismo tiempo?

Lo mas cierto será, que muchas especies de falsas vacunas (las modificadas) son

equivocadamente tomadas por muchas personas por vacunas verdaderas: hallo entonces, como muy natural, ese fundamento erróneo, para que aseguren que la vacuna verdadera no preserva ya para toda la vida.

En un artículo especial destinado á las vaccinelas (Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, en 15 vol.), Mr. Rayer se espresa así:

«Yo designo bajo el nombre de vaccinelas ó de modificaciones de la vacuna, varias erupciones cutáneas pustulosas, contagiosas, de apariencia y de naturaleza vacunales, que la insercion del virus vacuno ó del cow–pox produce algunas veces en individuos que han tenido antes las viruelas ó la vacuna, *ó que no contrageron esta última afeccion mas que incompletamente, ya sea por falta de energía del virus vacuno, ó por una especie de ineptitud á resentir su influencia, etc.*»

Como han quedado ya antes descritos en este trabajo los caracteres de las vaccinelas, omito repetirlos aquí: mas no puedo pasar adelante, sin hacer notar cuánta analogía existe entre lo que Mr. Husson describe como una variedad de falsa vacuna, que puede obtenerse algunas veces en personas que han tenido las viruelas, y las vaccinelas ó vacunas modificadas, descritas por Mr. Rayer treinta y tantos años despues: tenemos que notar igualmente, que en la descripcion hecha por este último autor, encontramos ya identificados á los que han tenido las viruelas y á los que han sido vacunados; solo que se advierte, que esto se observa, sobre todo, en los que han quedado vacunados incompletamente, sea por falta de energía de la vacuna que se les aplicó, ó por ineptitud individual en aquel momento.

El que la vacuna inoculada á los que han padecido las viruelas pudiera producir algun efecto en ellos, es cosa que constó al mismo Jenner: él pudo observar en personas encargadas de ordeñar las vacas, y que habian tenido las viruelas, erupciones mas ó menos parecidas á las de la verdadera vacuna; pero despues de un exámen detenido, Jenner declaró, que esas personas contraian, en efecto, muchas veces, granos análogos á los de la vacuna, pero que esa vacuna no era la verdadera.

Como se vé, esas vacunas que suelen aparecer en los que tuvieron ya las viruelas; esas iguales que se dice suelen obtenerse en algunos ya vacunados, y que no son mas que las que Mr. Rayer llama vacunas modificadas, no fueron desconocidas á Jenner.

Es de notar, que las observaciones en que fundó Jenner su juicio definitivamente, se referian á inoculaciones producidas por el cow–pox mismo.

Mas, como se sabe, la Comision de Milan no se conformó con el juicio de Pearson y de Jenner, sino que emprendió una série de esperiencias, con las cuales creyó al fin haber probado, que algunas veces se puede hacer nacer una vacuna legítima, en esta clase de individuos; opinion que fué adaptada por muchos.

Este juicio erróneo, sin duda, fué probablemente uno de los primeros elementos de la confusion que se ha introducido despues.

Pero, Señores, yà al principio espuse los caracteres de la vacuna observada por la Comision de Milan y declarada por ella legítima: ¿no veis en esos caracteres, las vacunas modificadas tan bien descritas por Mr. Rayer?

Así, las observaciones hechas por todas estas personas, á tan diversas épocas y con diferentes propósitos, todas vienen en último término á ofrecernos vacunas modificadas.

Estas vacunas, dicen Mr. Husson y Mr. Rayer, pueden alguna vez producir la vacuna verdadera. Luego no la producen generalmente. Ya veremos mas adelante, como es probable que, en los casos en que se produzca, pueda encontrarse esplicacion plausible.

No teniendo las vacunas modificadas los caracteres perfectamente idénticos con la vacuna legítima; no pudiendo producir ésta sino escepcionalmente, ¿podremos convenir en que sea una misma cosa con ella? Esto, como se ve, seria un absurdo.

Antes de dejar este punto diré, que estas vacunas pueden observarse, y se observan, en efecto, en personas en quienes se aplica vacuna mas ó menos alterada, porque, como decia Jenner, todas esas vacunas modificadas, no son mas que las producidas por el fluido vacuno al dia siguiente en que cesó de ser perfecto.

Tambien pueden presentarse igualmente en personas, que sin haber sido vacunadas antes, ni tenido viruelas, se sometan á una vacunacion en que se emplee un virus perfecto. (1) Mr. Rayer, que admite esta opinion, como se ha visto, la esplica por la poca aptitud de esos individuos á contraer la vacuna. Estas personas podrian, en cierto modo, compararse con las que espuestas al contagio varioloso no sufren mas que la varioloides; unas y otras quedan mas ó menos espuestas á contraer algun dia las viruelas graves.

Estas personas tambien sean, acaso, las que figuren en muchos cuadros de revacunaciones, como susceptibles de volver á tener una vacuna verdadera. Tal vez, la vacuna de alguna de ellas sea la que haya podido producir una vacuna legítima en algunos no vacunados, y probablemente este es el fundamento por el cual se afirma, que las vacunas modificadas, obtenidas en personas vacunadas ya antes, pueden algunas veces producir la vacuna verdadera.

Entre la vacuna perfectamente falsa y la verdadera, que es el seguro puerto, ¿no veis, Señores, un mar estenso en el que pueden naufragar la vida de muchas gentes, la reputacion de los médicos y el crédito de la vacuna?

---

(1) Yo he podido hacer ver á algunos Señores de la Academia varios tipos de estas vacunas, desarrolladas en personas no vacunadas antes, y á quienes habia inoculado, sin embargo, una escelente vacuna.

¿Será verdad, como se ha afirmado recientemente, que la falsa vacuna no se reproduce, y que este es un carácter que pertenece solo á la verdadera? Pero yo no he encontrado en ningun tratado de vacuna que se halle esto espresado, y, contra esa opinion, tendriamos siempre los hechos registrados en la historia.

Concebis, Señores, que si esto fuera cierto, ya podriamos considerarlo como un hecho providencial, pues la falsa vacuna moriria allí adonde se produjo por cualquiera causa, y el número de personas espuestas por este motivo vendria á ser relativamente muy pequeño.

He espuesto hechos que no dejan duda de que la vacuna falsa puede propagarse indefinidamente.

Aquí mismo hace pocos años, tuve ocasion de observar una falsa vacuna, que se reproducia con mucha facilidad y era muy enérgica en su manifestacion.

Mi amigo y compañero el Sr. D. Francisco Montes de Oca me ha comunicado que habiendo pasado hace poco por el Saltillo, pudo observar allí una falsa vacuna, enérgica tambien, que mantenian en ese lugar como verdadera, y que provenia de unas costras enviadas de Monterey.

Pues si la vacuna falsa puede reproducirse indefinidamente; si puede revestirse de caracteres que la acerquen mas ó menos á la verdadera, ¿no es ésta una circunstancia que puede dar lugar á las mas fatales consecuencias?

Y si en las capitales hay profesores instruidos que harian pronto cesar el mal, no sucede lo mismo en otros muchos lugares, en donde, por falta de médicos, es el cura ó algun particular el que por filantropía practica estas operaciones.

Si á la dificultad que tienen estas personas para reconocer la vacuna legítima, se añadiese en ellas la persuasion, de que es un carácter de la falsa vacuna el no reproducirse, persistirian en conservar y mantener una vacuna, que aunque buena cuando se les remitió, se hubiera convertido en falsa por cualquier motivo; hecho que es bastante frecuente. Resultarian, pues, de la propagacion de esta opinion errónea, en el vulgo, dos males graves: la no preservacion de los que se consideran ya vacunados, y el descrédito de la vacuna.

Con todo lo que hemos dicho anteriormente queda, á mi parecer, suficientemente probado, que todas las variedades de vacunas diferentes de la verdadera, han existido desde que la vacuna es conocida, y es muy lógico creer que la seguirán siempre acompañando. Por lo mismo no puede uno comprender, cómo su existencia pueda ser tomada por muchas personas, como prueba de que la vacuna ha degenerado en sí misma.

¿Ha pretendido alguno, acaso, decir fundadamente, que las viruelas han degenerado, porque los miasmas variolosos producen en algunos individuos, únicamente, las diversas especies de viruelas falsas, que vienen tambien acompañando á esta enfermedad desde su orígen? ¿Se dijo alguna vez (cuando se practicaba la ino-

culacion del pus varioloso) que las viruelas hubieran degenerado, porque habiéndose empleado algunas veces un pus alterado, no se obtenia el efecto que se deseaba? Pues igual completamente es aquí la posicion de la vacuna.

Por medio de una comparacion creo poder hacer comprender mejor mi pensamiento.

Se sabe que para que se verifique convenientemente la germinacion, es preciso colocar las semillas en ciertas condiciones favorables, para que los agentes indispensables de ella puedan ejercer su influencia en los debidos límites. Así, el agua, tan indispensable á la vegetacion, si se hallara en exceso, maceraria las semillas de las plantas terrestres y se opondria á su desarrollo. El calor, que no es menos necesario, podria, si fuera excesivo, producir la desecacion de las semillas, y destruir en ellas el principio de la vida.

Vemos, pues, que una semilla, aunque sea en sí excelente y perfecta, puede alterarse y aun destruirse, cuando al ser provocada su germinacion, concurren algunas circunstancias mas ó menos desfavorables. Ahora, yo pregunto: ¿seria racional inferir de ahí que la semilla estaba degenerada en sí misma? Creo que de ninguna manera, porque esa misma semilla puesta en otro terreno, bajo la influencia de otro clima, etc., se podrá reproducir con la misma perfeccion que lleva en sí.

Lo mismo exactamente sucede respecto de la vacuna: ciertos individuos son terrenos poco ó nada favorables para su reproduccion, por circunstancias que podrán ser algunas veces señaladas y que tambien podrán quedar desconocidas; la mejor vacuna, puesta en ellos, sufrirá alteraciones mas ó menos graves; tal vez no dará resultado alguno; pero esa misma semilla seguirá generalmente reproduciéndose con perfeccion, en el considerable número de individuos que se nos presentan todos los dias enteramente aptos para su desarrollo.

Seria, por tanto, muy de desear, se abandonase esa palabra, *degeneraciones de la vacuna*, que por una estension abusiva quieren algunas personas aplicar, como he dicho, á la vacuna en sí misma, y se reservara para todas las vacunas que no sean verdaderas, su legítimo nombre; el de *vacunas falsas*.

Seria tambien muy de desear, en el interes de los mismos vacunados y para que desaparecieran de una vez muchas dudas que pueden los médicos concebir sobre la degeneracion de la vacuna, que éstos se empeñaran en reconocer, sobre todo, las vacunas modificadas, que son las que nos esponen mas á ser frecuentemente engañados.

Las vacunas modificadas son á la vacuna verdadera, lo que la varioloides á las viruelas legítimas.

Ahora bien, nadie puede poner hoy en duda (y por otra parte seria fácil de probarlo) que la varioloides, en sugetos no vacunados, es mas frecuente de lo que por

mucho tiempo se ha creido; no parecerá entonces contrario á la razon admitir (lo que es tambien una verdad) que las vacunas modificadas, aparecidas en sugetos no vacunados antes, son del mismo modo mas frecuentes de lo que se pensaba; pero como se concibe, la varioloides se presta mas á una exacta verificacion, porque los médicos llamados á asistir á los que la padecen están obligados á seguir diariamente su marcha, y, como se sabe, existen datos de bastante importancia para que pueda ser perfectamente conocida.

No sucede lo mismo respecto de las vacunas modificadas; éstas solo son vistas, en lo general, por las familias: como su aparicion se hace casi al mismo tiempo que en la vacuna verdadera; como su marcha y demas circunstancias pueden ser confundidas con la de aquella, aun por los mismos médicos, que en la generalidad tambien de los casos no han seguido dia por dia la marcha y la fisonomía de esas vacunas, sino que juzgan solo por la relacion que de ellas dan los parientes de los vacunados; natural es que multitud de vacunas modificadas hayan debido ser declaradas legítimas.

Se comprende, entonces, todos los errores que pueden emanar de aquella falsa base.

Muchos de esos vacunados, á diversas épocas, pueden ser atacados de las viruelas verdaderas, y con toda apariencia de verdad serán tomados como instrumentos para probar, que la accion de la vacuna es limitada y que no dura para toda la vida. Otros, susceptibles de tener á épocas diferentes una vacuna legítima, en alguna revacunacion á que se les someta, servirán tambien, pero indebidamente, para probar que una vacuna perfecta puede ser obtenida en los individuos ya vacunados de antemano.

No puede, pues, haber cosa mas justa, que el deseo de que los que practiquen las vacunaciones se dediquen á conocer perfectamente todas las variedades de vacunas modificadas que puedan presentarse á la observacion, para que su naturaleza y sus peligros puedan ser indicados con oportunidad á las familias.

Creo útil consignar aquí una opinion emitida por el Dr. Bryce, de Edimburgo, inserta en la obra de Mr. Cazenave (Enfermedades de la piel, artículo *vacuna*).

La copio textualmente: «El Dr. Bryce, de Edimburgo, en una obra muy interesante sobre la vacuna, que apareció en 1809, anuncia que la inoculacion de la vacuna, en el hombre, produce dos efectos bien distintos, uno local y limitado al punto de insercion de la vacuna, pero incapaz de garantir los efectos del contagio varioloso; otro general, que imprime á la constitucion el cambio necesario para preservar al individuo de las viruelas. Este último efecto consiste en un movimiento febril mas ó menos pronunciado, que Bryce considera como la espresion del acto interior por el cual se forma el principio contagioso de la vacuna, y que estingue la disposicion á contraer la viruela.

«Así, lejos de conceder una grande importancia á las apariencias de la pústula vacunal, el Dr. Bryce quiere que se deseche enteramente el término de falsa vacuna, pues que, en ciertos casos, vacunas reputadas falsas han preservado á las personas vacunadas tan eficazmente como la vacuna mas legítima, mientras que pústulas vacunales, las mejor caracterizadas, no podian permitir al médico garantir la ninguna influencia del contagio varioloso.

«Mr. Bryce propone, pues, dividir las pústulas en locales y constitucionales, y no conceder, sino á estas últimas, el poder antivarioloso. Pero ¿cómo reconocer que la constitucion ha sido convenientemente afectada, si las apariencias locales son engañosas?

«Este medio, segun nuestro autor, consistiria en una segunda vacunacion practicada cuatro, cinco ó seis dias despues de la primera: si la primera vacuna ha desarrollado el efecto constitucional, las pústulas producidas por la segunda vacunacion llegarán á su punto de madurez al mismo tiempo que las otras. De esta manera, practicando tres picaduras en el brazo derecho el primer dia, y otras tres, seis dias despues sobre el brazo izquierdo, estas últimas deberán recorrer rápidamente sus períodos, y se secarán al mismo tiempo que las primeras. Así, siendo la duracion de estas últimas de trece á catorce dias, la de la segunda vacunacion seria de ocho á nueve.»

Mr. Cazenave no hace comentario alguno sobre estas opiniones, que parece solo querer presentar á la consideracion de los prácticos.

Yo por mi parte estoy muy lejos de pensar como el Dr. Bryce, respecto de la poca importancia en los caracteres de las pústulas vacunales.

Lo que él afirma sobre lo garantidas que han estado siempre muchas personas que tuvieron solo vacunas falsas, y lo espuestas que estuvieron otras que tuvieron la verdadera, es solo una asercion gratuita, contradicha á cada paso por lo que ha enseñado la esperiencia; por consiguiente, no puede invalidar lo afirmado sobre esto por los primeros vacunadores ingleses.

Ademas, el que algunas personas que tuvieron vacunas irregulares no hayan despues sufrido las viruelas, no prueba que hayan sido preservadas de ellas por aquella vacuna, sino que probablemente tenian ineptitud para ambas cosas; mas, como dije antes, estas personas pueden ser susceptibles, en épocas remotas, de contraer las viruelas y la vacuna misma.

Me parece, pues, mucho mas prudente, si no quiere uno esponerse á quedar en el caos, adherirse á la opinion de Mr. Husson, quien en último resultado se espresa de este modo:

«Así, en general, siempre que despues del tercero dia los síntomas inflamatorios comenzaren á aparecer; que el contorno circular existia *alrededor de una depresion central, que tome un tinte plateado*, que se rodée de una areola, que una

induracion y una elevacion circunscrita de la piel (tumor vacunal) ocupare la parte inferior del boton y de la areola, *que la linfa contenida en el boton esté clara y transparente*, todo el tiempo que dure el período inflamatorio, puede uno estar seguro que, cualesquiera que sean las circunstancias subsecuentes, la vacuna es esencialmente verdadera, es el preservativo de las viruelas.»

Esta ha sido la base en que se han apoyado todos los que se han ocupado habitualmente de la práctica de la vacuna, y esta base (el tiempo lo ha dicho) ha sido segura.

Que se sujetara á la esperimentacion la propuesta por el Dr. Bryce: los resultados tan variados y opuestos que se obtuvieran, engendrarian, sobre este punto, una confusion nueva que debe á toda costa evitarse.

Pero, poniendo á un lado lo que el Dr. Bryce dice sobre el valor de los caracteres de las pústulas vacunales, no puedo menos de reconocer que sus opiniones contienen verdades fundamentales, en que yo mismo siempre he creido.

Así, el efecto local producido por la vacunacion, de nada servirá para el mismo individuo si no se relaciona con el efecto general: bajo la influencia de éste, se forma evidentemente el principio contagioso que tiene la facultad de preservar de las viruelas.

Admitido esto, fácilmente se comprende cómo en algunas personas se produzca solo el efecto local, como sucede en algunas que han tenido ya la vacuna ó las viruelas, y cómo el fluido tomado de sus pústulas no deba reproducir la vacuna verdadera.

Esto es lo que constantemente sostuvieron los vacunadores ingleses (incluso Jenner mismo), y siempre calificaron de bastardas las vacunas que solian obtenerse en aquellas personas, así como las que pudieran originarse por la inoculacion del virus contenido en sus pústulas.

Véamos ahora si las consideraciones que preceden pueden servirmos, como útiles preliminares, para juzgar otra cuestion importante: quiero hablar de la necesidad de las revacunaciones y de su resultado posible.

¿Está probado que el que tuvo la vacuna legítima esté espuesto, despues de cierto tiempo, á contraer las viruelas verdaderas, y se halle, por lo mismo, obligado á revacunarse?

Muchos lo afirman, pero era necesario se justificara, que todas las personas sometidas á las esperiencias necesarias para comprobarlo, han tenido la primera vez una vacuna verdadera, y que ha sido igualmente perfecta la que se obtuvo en la revacunacion.

Esto, como se vé, toca casi al imposible.

Pero véamos lo que se encuentra en la historia de la vacuna sobre este punto.

En el Diccionario de Medicina de veintiun volúmenes, artículo vacuna, página 160, Mr. Guersent se espresa así:

«Mas he aquí otra objecion, de que despues de una vacunacion considerada como perfecta, las viruelas puedan sobrevenir en un muy pequeño número de casos, algunos médicos han concluido, que la vacuna no tenia mas que una facultad preservativa temporal, y han propuesto, en consecuencia, renovar las vacunaciones á épocas determinadas.

«Ya en 1804 el Dr. Goldson habia hecho nacer dudas sobre la permanencia de la eficacia de este método, que no se estendia (segun él) á mas de dos ó tres años. Pero estas dudas fueron bien pronto disipadas por el mismo Jenner, que intentó varias veces inútilmente inocular las viruelas á individuos, de los cuales uno habia tenido la vacuna veintitres años antes, otro veintisiete, y el tercero cincuenta.

«A esta opinion de Goldson, renovada recientemente en Francia (esto está escrito en 1828), con esta diferencia, sin embargo, que se ha dado un poco mas de estension á la duracion de la virtud preservativa de la vacuna, se ha contestado de nuevo con hechos que tambien esta vez han sido sin réplica.

«No solamente, en efecto, las viruelas que han reinado de un modo epidémico han respetado á los individuos vacunados despues de poco tiempo, sino á los que lo fueron diez, quince, veinte, veintiseis años antes, sino que contrapruebas por la inoculacion han sido repetidas en Paris y en los departamentos, sobre sugetos vacunados á épocas muy diferentes, y se ha hallado á todos inaccesibles al contagio varioloso.

«Los médicos que han querido limitar la virtud preservadora de la vacuna, no se han puesto jamas de acuerdo, sobre la época á la cual debia concluir esta garantía temporal. Así, hemos visto que Goldson no le concedia mas que dos ó tres años de duracion; el Dr. Caillot le atribuye esta propiedad durante diez ó doce años: Mr. Boulu la admite por catorce ó quince: Mr. Berlan, por diez y siete ó diez y ocho: Mr. Gueneuil, por veinte ó veinticinco; y lo que hay de singular, como lo hace juiciosamente observar Mr. Paul Dubois, en un informe muy notable, que ha leido últimamente sobre este asunto á la Academia real de Medicina, es, que la asercion de cada uno de estos médicos está apoyada sobre hechos, en apariencia, concluyentes. Algunos de ellos han fundado la opinion que acabamos de combatir, sobre la aptitud bastante rara de que se muestran dotados ciertos individuos, susceptibles de contraer segunda vez la vacuna; pero tampoco han estado de acuerdo sobre el tiempo preciso, despues del cual estas vacunaciones secundarias debian tener efecto. Si hemos de dar crédito á Mr. Gueneuil, ellas deberian dar siempre resultado, practicadas al cabo de veinte á veinticinco años. Mr. Berlan asegura, por su parte, que sobre cuatro tentativas hechas quince años despues de una vacunacion anterior, una, por lo menos, será seguida de un éxito

completo, y Mr. Caillot dice, haber obtenido una vacuna regular sobre sugetos vacunados despues de diez ó doce años solamente. ¿Qué se puede concluir de estos resultados tan diversos? ¿Puede, acaso, reconocerse en ellos la accion destructora del tiempo sobre la virtud preservadora de la vacuna? La solucion de semejante cuestion no me parece posible en la época actual; pero de todo lo que precede y de una multitud de hechos de los mas auténticos, me parece que resulta evidentemente, que la vacuna empleada desde hace mas de veinte y cinco años, en Europa, en América y en las dos Indias, no ha perdido sus cualidades y que continúa á dar la misma seguridad que daba desde su primera aplicacion.»

Algunos años despues, en el Diccionario práctico de Medicina y Cirugía, artículo vacuna, pág. 520, Mr. Rayer decia lo siguiente:

«Se ha dicho que el virus vacuno habia degenerado; que hace ya algunos años la erupcion era menos fuerte, la fiebre vacunal menos marcada; que las cicatrices eran menos caracterizadas; que la vacuna no podia ya hoy ser transmitida á la vaca; que las viruelas despues de la vacunacion eran mas frecuentes que antes, y que se conseguia hoy tambien, más fácilmente, volver á desarrollar la vacuna en una misma persona. Con la esperanza de remediar esta pretendida degeneracion de la vacuna, se ha propuesto recurrir al cow-pox desarrollado espontáneamente en la vaca, ó á la vacuna revivificada en su orígen, pasándola del hombre á la vaca. Mas estos temores parecen, por lo menos, exagerados. Es constante que se ven todos los dias pústulas vacunales, en todo semejantes á las que han sido descritas por los primeros vacunadores, de los que varios aseguran, y Marchall entre otros, que los vacunados pueden entregarse á sus ocupaciones ordinarias. La asercion relativa á las cicatrices, es enteramente gratuita. La transmision de la vacuna á la vaca siempre ha sido dificil. Las viruelas despues de la vacuna no parecen mas frecuentes hoy, sino porque han sido mejor averiguadas, y acaso tambien porque las constituciones epidémicas variolosas son menos raras. En fin, la posibilidad de una segunda vacuna, veinte años despues de la primera, lejos de probar que el virus actual sea menos enérgico, probaria lo contrario.»

Podemos apoyar lo que dice Mr. Rayer, sobre la poca violencia de los fenómenos generales que ocasionaba la vacuna en los primeros años de su descubrimiento (y que hoy parece quieren exagerarse) con las mismas palabras de Jenner, cuando refiere sus primeras esperiencias sobre la inoculacion de la vacuna.

«La primera esperiencia fué hecha sobre un jóven llamado Phipps, sobre cuyo brazo se inoculó el virus del cow-pox, extraido de la mano de una jóven que habia sido accidentalmente infectada por una vaca.

«A pesar de la semejanza de la pústula (que sobrevino, en consecuencia, en el brazo de este jóven) con las pústulas de la viruela inoculada, *como la indisposicion que la habia acompañado fué apenas sensible*, yo tenia dificultad en persuadirme

que estuviera al abrigo de la infeccion variolosa. Sin embargo, habiéndolo inoculado algunos meses despues con el virus varioloso, resistió completamente á esta contraprueba. Este hecho me inspiró confianza, y procuré proceder bien pronto á una série de esperiencias del mismo género, etc.»

(Memorias de la Academia de Medicina, tomo 8º pág. 647.)

Respecto de la forma y caracteres de las pústulas vacunales, que se dice han cambiado, Mr. Sedillot decia á la Academia de Medicina en 1840 (pág. 666 de su Memoria):

«La forma y los otros caracteres esteriores de las pústulas, constituyen el principal campo de batalla de los defensores de la degeneracion de la vacuna. Con el fin de establecer una sólida controversia, he hecho trazar con cuidado, segun Jenner, Pearson, Woodville y Aikin, los caracteres esteriores de las pústulas del cow-pox espontáneo, de las del cow-pox inoculado de la vaca al hombre accidental ó artificialmente, de las del cow-pox inoculado del hombre á la vaca artificialmente, y en fin, de los que pertenecen á la vacuna llegada á su estado normal despues de muchas inoculaciones succesivas. Para conseguir este objeto, reproduzco en las láminas que adjunto estos caracteres esteriores, trazados por grandes maestros, á treinta y tres años de intervalo, y que no presentan ninguna diferencia.»

En el extracto de un informe dirigido al ministro del interior por la Academia real de Medicina de Paris, en el año de 1835, sobre el estado y progresos de la vacuna en Francia, extracto publicado como apéndice en la obra que sobre vacuna escribió el Dr. Marc, se lee, entre otras cosas, lo siguiente:

«Epidemias de viruelas.—Los documentos pertenecientes á las epidemias variólicas, han puesto en claro dos verdades sancionadas por una larga esperiencia, á saber:

«1ª Que en todos los departamentos en que se ha cuidado y estimulado la propagacion de la vacuna, se han observado rara vez las viruelas, y reprimídose fácilmente al tiempo de su aparicion.

«2ª Que la vacuna es siempre el único é infalible medio de oponerse á los estragos de las epidemias de viruelas.

«En cuanto á la duracion de la accion preservativa de la vacuna, están divididas las opiniones. Hay algunos médicos que no han observado las viruelas en el transcurso de treinta años, y no les ha podido surtir efecto una segunda vacunacion en los individuos que habian vacunado, atribuyendo estos felices resultados al gran esmero que han puesto en verificar el curso, la regularidad y, en una palabra, la validez de sus primeras operaciones. Este hecho es tanto mas notable, cuanto que uno de ellos, Mr. Barrey, ha logrado conducir sin interrupcion su material de vacuna, hasta las 1708 reproducciones.

«Sin embargo, parece que hechos contrarios se han observado en Burdeos, en cuya ciudad se declararon las viruelas esporádicamente en 1833, y tambien tomaron durante el verano el carácter epidémico, atacando á varios individuos que se reputaban vacunados.

«La Junta de Sanidad, consultada por el prefecto, examinó estos hechos, y observó que en varios enfermos las señales de los granos no representaban los caracteres suficientes para creer que la vacuna hubiera recorrido regularmente sus períodos, y en un número aun mas crecido estaban tan poco señaladas las cicatrices, que con razon se podia dudar estuviesen verdaderamente vacunados. Cuatro ó cinco casos solamente, observados por médicos respetables en sus visitas particulares, podrian pasar por viruelas desarrolladas despues de una vacuna normal, pero la Junta, á pesar de todo su conato, no pudo verificar la exactitud de ello.

«No se detuvo ella aquí; fué mas adelante, y propuso en esta circunstancia á los prácticos la cuestion siguiente: Entre los individuos que ustedes han vacunado, y en quienes han podido ustedes comprobar el curso franco y regular de la vacuna, ¿hay algunos que hayan solicitado su asistencia para ser curados de las viruelas? Todos cuantos respondieron á esta pregunta dijeron que no. El Dr. Lamotte, antiguo conservador del depósito de vacuna, quien ha vacunado de oficio segun consta por sus padrones, desde 1810 hasta el presente (1833) 20.000 niños abandonados y 2.450 en su clientela, afirmó que entre esa infinidad de casos, no se presentó á su observacion uno solo con los caracteres reales de las viruelas.

«Lo que ha podido inducir al público á creer que no preservaba la vacuna es, que al mismo tiempo que las viruelas, reinaba en Burdeos una epidemia de *varioloides, que atacaba indistintamente á los individuos vacunados ó no;* y esto no es todo, pues como se practicaron algunas vacunaciones, viéndose la inminencia de las viruelas, hasta se dijo que la vacuna daba las viruelas.»

Señores: entre las razones con que se ha querido sostener la degeneracion de la vacuna, existe una que no es nueva, como vamos á ver, pero que ha sido reproducida de nuevo con mayor vigor, dándola como una cosa bien averiguada ya y como una verdad establecida.

Es uno de los argumentos principales en que se han apoyado recientemente los que pretenden, á todo trance, un cambio radical en la práctica de las vacunaciones: quiero hablar de la degeneracion, que se supone debe haber esperimentado la vacuna por su transmision sucesiva á traves de tantas generaciones.

En la obra de Mr. Husson se encuentra propuesta y contestada esta objecion, que se hacia ya á la vacuna á pocos años de su establecimiento en Francia.

En la pág. 321 de su obra, se lee:

«Pero se dirá: si la vacuna no es tomada de su fuente original, ¿cómo concebir

que despues de tantas generaciones sucesivas pueda conservar sus caracteres, su naturaleza y su propiedad preservativa?

«Aquí, responde Mr. Husson, se trata menos de concebir que de ver: las opiniones, las teorías, los sistemas, todo debe ceder á la esperiencia. Pues bien; ella nos hace saber, que la materia de que nos servimos hoy ha sido tomada, hace cinco años, sobre la vaca, y ha pasado ya por mas de cuatrocientas generaciones; que la vacuna comunicada así de hombre á hombre, despues de este número considerable de transmisiones sucesivas, tiene los mismos caracteres esteriores, la misma marcha, la misma duracion y la misma propiedad preservativa, que cuando vino inmediatamente de la vaca.

«El Dr. Jenner ha hecho grabar, en Lóndres, la enfermedad contraida por las mugeres que ordeñan las vacas atacadas del cow-pox: el boton, tomado en las diferentes épocas de su desarrollo, es absolutamente el mismo que el que vemos todos los dias: la descripcion que ha dado de la enfermedad, es exactamente semejante; la inoculacion de las viruelas queda sin efecto sobre nuestros vacunados, como sobre aquellos que han contraido la enfermedad directamente de la vaca. Y aun se ha observado, que la enfermedad se hacia mas regular y que los síntomas de irritacion eran menos fuertes, cuando la vacuna que originariamente venia de la vaca habia pasado sucesivamente por el cuerpo de un gran número de individuos. ¿Qué identidad mas perfecta puede exigirse?»

A pesar de la fuerza de estas razones y de la constancia con que la esperiencia las ha hecho siempre patentes en la práctica, esta objecion siguió siendo repetida, de tiempo en tiempo, de un modo mas ó menos fuerte.

En la obra del Dr. Marc se halla inserto un artículo, publicado en Paris en el Diario Oficial del 29 de Agosto de 1835, y es del tenor siguiente:

«Reclamacion.

«La Gaceta del 18 de Julio próximo pasado ha publicado un artículo, en el que anuncia que la Academia real de Medicina ha decretado una medalla de oro á Mr. Fiard, médico en Paris, por sus investigaciones acerca de la vacuna. De este artículo resulta, al parecer, que la facultad reproductora del fluido vacuno se debilita con sus transmisiones sucesivas; que el efecto antivariólico debe menguar del mismo modo, y que por consiguiente seria necesario renovarle, trasladándolo del hombre á la vaca y de ésta á aquel. En fin, se podria creer que la Academia ha aprobado esta série de proposiciones, acordando aquella honrosa recompensa á Mr. Fiard.

«Se trata de invalidar todas estas suposiciones, declarando la Academia, que al decretar una medalla á dicho señor, ha querido premiar los conatos y estimular el celo de este práctico: que en el informe presentado al ministro no se ha mencionado esta opinion como una verdad que reconoció la Academia; que la desecha

no solamente como peligrosa, sino como contraria en todo y por todo á la que está apoyada en su propia esperiencia y en la de sus innumerables colaboradores de los departamentos: que, en consecuencia, persiste en la que se ha enunciado en su informe publicado en 1834, á saber:

Todos los vacunadores reconocen, que el virus vacuno no ha esperimentado ninguna alteracion á consecuencia de sus transmisiones succesivas.

«Ultimamente la Academia declara, que lejos de haber reconocido la menor alteracion en la figura de los granos vacunos, la mas leve irregularidad en el curso de la vacuna, la mas leve diminucion en su efecto antivariólico, todos los hechos que observa y todos los que recopila, le prueban cada dia, que no ha variado la vacuna en su curso ni en sus efectos, desde el mes de Mayo del año 1800, época en que el duque de La Rochefoucauld Liancourt la introdujo á Francia, y la confió al celo y saber de la Junta Central, hasta este dia, en que la Academia real de Medicina la ha propagado con el esmero y adhesion de que diariamente dá tan repetidas pruebas al gobierno esta corporacion científica.»

Ya antes he hecho conocer lo que Mr. Rayer escribió sobre esto, algunos años despues, y lo que Mr. Sedillot decia en su Memoria en 1840. En todos se habrá notado la conformidad mas perfecta.

¿Por qué, Señores, despues de declaraciones tan esplícitas, hechas á tan diversas épocas y por autoridades tan competentes, por qué, digo, la idea de que la virtud preservativa de la vacuna es limitada á un cierto tiempo, no solo se ha sostenido, sino que, es preciso confesarlo, se halla, por decirlo así, establecida en algunas naciones de Europa y como una consecuencia precisa la necesidad de las revacunaciones?

Y á tal punto esa creencia se ha ido generalizando, que tal vez aparezca como sosteniendo un absurdo el que levante su voz para afirmar, que esta no es una cosa suficientemente probada; que esta cuestion debe examinarse detenidamente, para ver si se puede demostrar, cuales son los diversos errores que han hecho nacer y han dado mayor fuerza despues á aquellas opiniones.

A mí me bastaria llamaros la atencion sobre lo que ha pasado y pasa entre nosotros; haceros ver cómo los que han sido bien vacunados han alcanzado ya diversas edades, bastante prolongadas muchos, para que esa virtud limitada de la vacuna se os hubiera mostrado mil veces. En vez de eso, habeis visto la seguridad con que millares de personas han atravesado épocas que han sido funestas para los no vacunados, y diariamente sois testigos de la inmunidad con que personas vacunadas en tiempos tan diversos frecuentan á los atacados de viruelas, sin que les preocupe el menor temor de hallarse contagiados. ¡Tal es la fuerza de la conviccion que fija en las gentes una constante é invariable esperiencia!

¿Pues qué, será posible que la vacuna sea una cosa aquí y otra en Europa? ¿Los vacunados en México con una vacuna ya atemperada, lograrán de ella mayores beneficios que los que la tienen al parecer mas enérgica?

¿No pudiéramos hallar la razon de esta aparente contradiccion, en el estudio de la historia misma de la vacuna desde su orígen hasta nuestros dias? Tal vez allí hallaremos preceptos saludables olvidados, interpretaciones exactas de hechos que hoy aparecen torcidas, prácticas condenadas, que no han dejado de subsistir y propagarse.

¿Qué debia resultar de todo esto, sino la confusion que se ha introducido en este ramo, confusion que amenaza ser esplotada de mil modos, pero que en suma, acaba por destruir en las masas la poca fé que á fuerza de años y con sacrificios inmensos se habia logrado establecer en ellas?

Yo estoy íntimamente persuadido, que los hombres son los que tienen la culpa de todas las imputaciones que se hacen hoy á la vacuna, pero que ella continúa siendo lo que fué y ha sido siempre.

Por esto, y para que pudierais apreciar mis juicios, me he tomado la libertad de haceros citaciones numerosas y estensas, esponiéndome á que su lectura os causara fastidio; pero estaba en la necesidad de apoyar mis ideas, pues mi solo dicho nada valdria, cuando se hallan del lado opuesto personas tan ameritadas.

Pues véamos si lo que os he manifestado antes es aquí inútil, ó si, ayudados de ello, podemos acercarnos en este exámen al conocimiento exacto y preciso de la verdad.

No se puede poner en duda, que lo que principalmente ha influido en hacer creer que la accion de la vacuna es limitada, es la mayor frecuencia con que (segun se dice) se logran hoy las revacunaciones, y el asegurarse que varias epidemias han sido conjuradas, recurriendo violentamente á ellas.

Examinemos detenidamente ambas cuestiones.

Que se podia lograr hacer prender la vacuna, no digo en los vacunados, sino en los que habian ya tenido las viruelas, es una cosa que hallamos consignada en la historia de la vacuna desde el año de 803.

Ya os dije, que la Comision Médico-Quirúrgica de Milan hizo esperiencias á este efecto, y que muchos aceptaron la conclusion establecida por ella, de que se podia hacer nacer la vacuna en los que habian tenido las viruelas.

Pues si á los que han tenido las viruelas se les puede hacer nacer una vacuna, que ha parecido legítima á muchos, ¿encontraremos estraordinario que se pueda obtener igual efecto en algunos vacunados?

Si no se fijaron mucho en este hecho los antiguos vacunadores, es porque el uso de la revacunacion estuvo muy restringido al principio, y solo se preocupaban de

ver si los vacunados quedaban preservados de las viruelas; así es, que se contentaban con sujetarlos á la inoculacion del pus varioloso y á la habitacion con los infestados de esta enfermedad. Creian, pues, que tenian suficiente vacuna los que resistian á estas pruebas.

Que desde los primeros tiempos se pudo ver en los vacunados, cuando se les sometia á la revacunacion, cosa igual á la que se observa en las mismas circunstancias, en los que habian sufrido las viruelas, no puede caber duda alguna, como no puede haberla tampoco en que lo que se observaba en ellos, en el caso propuesto, fué objeto de un exámen muy sério.

Y si nó ¿cómo nos podriamos esplicar aquella profesion de fé de los antiguos vacunadores ingleses, que quedó consignada de este modo?

«No se puede tener la vacuna despues de las viruelas, ni la verdadera vacuna dos veces.»

Ellos no dijeron que no se pudieran adquirir, en ambos casos, las diversas especies de vacunas falsas que puedan existir, así como nunca dijeron que los vacunados no pudieran tener todas las diversas especies de viruelas falsas: lo que afirmaron fué, que la vacuna que podia aparecer en los que tuvieron las viruelas no era una vacuna legítima, como lo pretendia la Comision de Milan, y que del mismo modo debia considerarse cualquiera vacuna que pudiera obtenerse en las personas que habian sido una vez bien vacunadas.

El Dr. Decarro, de Viena, publicó en 1801 observaciones y esperiencias sobre la vacuna.

En este trabajo, que ha sido calificado de un verdadero tratado de vacuna, hay un capítulo dedicado esclusivamente al exámen de estas dos cuestiones:

¿Se puede contraer la vacuna despues de las viruelas?

¿Se puede contraer la vacuna varias veces?

Para llegar á la solucion de estos dos problemas, discute y examina minuciosamente las opiniones de los vacunadores ingleses Jenner, Pearson, Woodville, etc.; pasa en revista numerosos hechos y documentos que le son propios ó que pertenecen á otros observadores: insiste en que, *para no caer en errores de diagnóstico*, debe establecerse una gran distincion entre la vacuna local y la vacuna constitucional, y termina emitiendo la resolucion siguiente:

«De donde yo concluyo, con el Dr. Pearson, que no se puede tener la vacuna despues de las viruelas, ni la verdadera vacuna dos veces.»

De lo que antecede se deduce fácilmente, que los primeros vacunadores observaron que algunas veces podian desarrollarse diversas especies de vacunas falsas en los ya vacunados, porque si así no hubiera sido, ¿sobre qué podia recaer el juicio de apreciacion sobre su legitimidad?

¿Por qué Decarro recomendaba tanta atencion para establecer el diagnóstico,

recordando la distincion de la vacuna local y constitucional? ¿Hubiera sido necesario tan prolijo cuidado, si á consecuencia de las revacunaciones no se hubiera observado nada, ó se hubiera solo visto la vacuna, reconocida por todos como perfectamente falsa?

Bien puede creerse, sin que esto perjudique en nada al crédito de la vacuna, que si desde los primeros tiempos se hubieran emprendido las revacunaciones en la grande escala en que se han ejecutado despues, los mismos resultados aparentes hubieran sido observados.

Pero lo que nos importa establecer antes que todo es, si todos los que se sujetan á la revacunacion tuvieron primero una vacuna perfecta, y si lo fué igualmente la que se les produjo despues.

¿Cómo resolver lo primero?

Para los que tenemos la esperiencia de la práctica de la vacuna nos es fácil contestar, que es esa una cosa muy dificil de averiguar.

Refiriéndome á lo que á mí me pasa, no basta que yo encarezca á los padres de los niños la importancia de que la marcha de la vacuna pueda ser observada por mí mismo; no basta encargarles me los traigan varias veces, para lo cual permanezco en casa á horas determinadas, y especialmente consagradas á ese objeto: la generalidad hace muy poco caso, y me veo precisado para estudiar los hechos importantes, á andar siempre en escursiones penosas.

No se crea que en Europa quede esto mas asegurado, merced á los certificados que se exigen en muchas partes para su comprobacion.

Véase lo que se lee en el Diccionario abreviado de Ciencias Médicas en quince volúmenes, artículo vacuna, pag. 379.

«Entre las personas que vacunan, algunas no conocen bien los caracteres distintivos de la vacuna verdadera, que preserva la única de las viruelas, y dan certificados de vacuna á individuos que la han tenido falsa.

«Entre las gentes del arte que vacunan, sea por dinero, sea gratuitamente, hay algunos que no se atreven á confesar á los padres que sus hijos han tenido una vacuna mala en lugar de una legítima, por temor de que se atribuya esta falta de éxito á la poca habilidad, y estas personas dan certificados radicalmente falsos.

«Así, se puede afirmar que el mayor número de individuos que tienen las viruelas despues de haber sido vacunados, no tuvieron mas que una vacuna ilegítima, aunque presenten certificados, y aun cuando estos documentos estén suscritos por personas muy recomendables; porque no hay cosa mas comun, que ver á médicos y cirujanos distinguidos por su saber y su habilidad, ser bastante débiles, para dar certificados de vacuna por la simple declaracion de los padres.»

Si no podemos establecer la precision necesaria por la declaracion de los inte-

resados, ni por el valor real de un gran número de certificados, ¿hallariamos la verdad por el exámen de aquellos?

Pero lo primero que salta á la vista en las diversas estadísticas que sobre esto se han publicado, es el gran número de vacunados, que al ser sometidos á la revacunacion, han presentado cicatrices insignificantes ó enteramente nulas.

Véase, por ejemplo, el cuadro presentado por Mr. Heim sobre el resultado obtenido con las revacunaciones en el ejército Wurtemburgues, y que se halla inserto en la obra de Mr. Cazenave sobre las enfermedades de la piel.

Como dice este autor, este es uno de los trabajos mas exactos, y que se hayan emprendido en mayor escala: sus resultados, añade, están conformes con los trabajos emprendidos despues.

Pues bien, allí se verá, como decia yo, cuántas personas sometidas á las revacunaciones no ofrecian señal ninguna de su primera vacuna, ó eran solo insignificantes las que presentaban.

Estos individuos deberian ser excluidos de esos cuadros, en donde no pueden servir mas que para abultar las cifras, pero no para traer consigo la evidencia.

Se veria entonces, cuan rebajados quedarian los guarismos con que se ha alucinado á tantas gentes.

Se asegura, sin embargo, que á cierto número de personas que llevan sobre sí cicatrices bien caracterizadas de la vacuna, les ha prendido por medio de la revacunacion una vacuna perfecta, y lo que hay mas que admirar es, que en esos cuadros se hallan tambien comprendidas algunas personas que tuvieron ya las viruelas. El número de estas últimas es, corto en verdad; pero es el suficiente para apoyar nuestro raciocinio.

Señores: como he dicho ya otras veces, desde el orígen de la vacuna pareció quedar probado para muchos por la Comision de Milan, que los que habian padecido las viruelas eran susceptibles de tener una vacuna verdadera. Los vacunadores ingleses sostuvieron, que aunque la apariencia de aquella vacuna se acercara á la de la verdadera, no debia considerarse como tal, y Pearson recomendaba altamente, que nunca se tomara la vacuna de esas personas para pasarla á otras, porque no quedarian estas preservadas.

Mas adelante hemos hallado descrita, en la obra de Mr. Husson, una variedad de falsa vacuna muy dificil de distinguir de la verdadera, la misma que años despues describió Mr. Rayer con el nombre de vacuna modificada que sobreviene en los ya vacunados ó que han tenido las viruelas.

¿Qué mas podemos desear para los vacunados, sino que la vacuna los haya colocado, respecto de las viruelas, como á aquellos que ya las padecieron?

En efecto, en algunos cuadros que he podido ver, he hallado que la reproduc-

cion de una vacuna mas ó menos parecida á la perfecta, es proporcionalmente igual en los vacunados y en los que están marcados de viruelas.

¿Qué tenemos de alarmante hasta aquí?

Esta igualdad de resultados prueba que la vacuna, en los vacunados, tuvo el lugar de las viruelas.

Pero ¿podremos inferir de esto, que la duracion del efecto preservativo de la vacuna es limitada?

Esto equivaldria á decir, que los que tuvieron ya viruelas, aunque estén marcados por ellas, deben sujetarse á la revacunacion, para que aquella enfermedad no vuelva de nuevo á atacarlos: ¿pues qué es lo que anuncia ese peligro? El que puede obtenerse en ellos, por la revacunacion, una vacuna aparentemente legítima.

No es otro el raciocinio que se ha establecido respecto de los vacunados.

Así, Mr. Heim, deduce de los datos que le suministra el resultado de sus revacunaciones, las consecuencias siguientes, adoptadas, por otra parte, por una multitud de personas.

«Ninguna vacunacion, aun la mas legítima, destruye para siempre toda susceptibilidad para una nueva vacuna; *ó lo que es lo mismo, no protege para siempre contra el contagio varioloso.*

«La duracion del efecto preservativo de la vacuna no excede de diez y siete años en el hombre.

«Todo individuo que no ha tenido las viruelas, aunque en general poco susceptible de contraér mas de una vez esta enfermedad, conserva una capacidad mucho mayor para la vacuna, que podrá tener varias veces segun que viva mas ó menos tiempo.

«Así, el estado de las cicatrices de la primera vacunacion pierde su importancia práctica, y no puede ser ya de un grande interes.

«Sobre el total de las revacunaciones se obtuvo un resultado completo en treinta casos sobre ciento; un resultado incompleto ó modificado, en veinticuatro casos sobre ciento; ningun resultado en cuarenta y seis casos sobre ciento.

«Por todo esto (continúa) es uno conducido á preguntarse, si despues de un cierto tiempo, despues de diez y siete años, por ejemplo, se puede con buenas cicatrices estar todavia preservado por mucho tiempo ó para siempre?

«Es preciso revacunar, á mas tardar á los diez y siete años, aun á los individuos que tienen buenas cicatrices. Esta revacunacion debe ser repetida cada año, hasta que el virus vacuno haya arraigado. Pueden entonces considerarse como preservados de nuevo por catorce años, término medio (segun Gregory) de la duracion preservativa de la vacuna.

«Las cicatrices defectuosas son, en general, los indicios de una vacunacion no preservativa; sin embargo, ciertas personas que tienen esta clase de cicatrices, y

otras que no tienen señal alguna, han sido garantidas hasta por veinte, treinta años y aun mas.

«Es una preocupacion creer, que la buena vacuna sacada del brazo de un adulto revacunado sea menos propia para revacunar otro adulto, que la sacada del brazo de un niño. Al contrario, muchos adultos revacunados una primera vez sin resultado, con vacuna tomada del brazo de un niño, lo fueron ocho dias despues con vacuna que provenia del brazo de otros adultos, con el mas brillante resultado: algunos, sin embargo, con un resultado modificado.

«Si se considera que varias personas fueron vacunadas en sus primeros años con un resultado modificado ó incompleto, y despues recientemente al contrario, con un éxito perfecto; que otras, sea en su infancia, sea en su revacunacion, no han tenido cada vez mas que una vacuna imperfecta, pero que en ellas tiene uno lugar de esperar, en la próxima revacunacion, un resultado completo, se podrá con razon mirar la vacuna incompleta ó modificada, análoga en algun modo á la viruela modificada, como el precursor de una próxima susceptibilidad para la verdadera vacuna, susceptibilidad que se acerca á la que dispone á la varioloides, y que es como el signo de una diminucion incesante de la fuerza preservativa contra el virus varioloso: se admitirá tambien, que la vacuna incompleta puede reproducirse varias veces en el mismo individuo, hasta que la propiedad preservativa de la vacuna, que despues de una cierta época va siempre disminuyendo, sea enteramente destruida, ó que se haya desarrollado una nueva vacuna legítima.»

Tales son las consecuencias que deduce Mr. Heim del resultado de las revacunaciones practicadas en grande escala en Alemania, sobre las cuales Mr. Cazenave, despues de esponerlas, se limita á hacer la sola observacion siguiente:

«Nosotros no podemos adoptar enteramente la opinion de Mr. Heim, relativamente al espacio de tiempo necesario para que la vacuna pierda su poder antivarioloso. Este tiempo, como hemos visto, seria, segun él de diez y siete años, y de catorce, segun Gregory; nos fundamos: 1º sobre las observaciones de viruelas modificadas observadas tan frecuentemente en individuos recientemente vacunados; erupciones que resultan evidentemente de la impresion del contagio varioloso, y que han sido descritas bajo el nombre de erupciones vacunales. 2º Sobre que el contagio varioloso ha producido en personas vacunadas despues de mas de veinticinco años, viruelas las mas felizmente modificadas, sin que el largo espacio de tiempo que se habia pasado de la vacuna haya disminuido en nada el poder modificador de ésta. Supuesto, pues, que la modificacion ha sido la misma, sea que la viruela fuese observada algunos dias despues de la vacunacion, ó bien despues de un espacio de veinticinco años, no creemos que se pueda racionalmente indicar una época precisa en que el poder antivarioloso de la vacuna haya desaparecido.»

Ninguna vacuna, por legítima que haya sido, pone á cubierto de las viruelas.

?Es sostenible esta proposicion? y ¿puede uno estar dispuesto á dar mayor fé á todo lo que agregan, cuando millares de hechos prueban lo absurdo de sus afirmaciones?

Si habeis producido, dicen, una vacuna modificada en un vacunado, seguidlo revacunando; á medida que lo hagais, aumentará la aptitud á la verdadera vacuna y llegareis á obtenerla.

Esto, Señores, merece esplicarse: si se ha obtenido en un individuo, no vacunado antes, una vacuna modificada, porque se le puso una vacuna que no era legítima; si lo volveis á vacunar con buena vacuna, la obtendreis, y tal vez sea á la primera tentativa, porque sucede aquí como en las viruelas; el que tuvo varioloides, puede ser atacado de viruelas graves despues de poco ó de mucho tiempo; pero si la vacuna que pusisteis fué legítima, si su conversion en modificada fué el resultado de la ineptitud del individuo por haber tenido ya una vacuna verdadera ó las viruelas, tal proposicion es un sueño; jamas se obtendrá mas que la vacuna falsa ó modificada, si es que algo deba aparecer.

Y en cuanto á la duracion que se ha querido fijar á la accion preservativa de la vacuna, ¿de qué datos se ha partido para sacar conclusiones tan discordantes?

Es que el fundamento es un error, y á ese error debe agregarse otro que puede, en mi concepto, señalarse.

He tenido yo ocasion de vacunar un número muy regular de personas de doce, diez y seis, veinte y mas años, que no habian sido vacunadas, y que sin embargo no tuvieron viruelas.

He podido ver, en la generalidad de ellas, que ha prendido una vacuna legítima.

Pues bien, muchos que se creen bien vacunados, y que no lo están, pueden, sin embargo, por una feliz casualidad, durante épocas mas ó menos prolongadas, permanecer salvos, atribuyéndose este efecto á que fueron vacunados; pero tal vez algun dia esperimentan las consecuencias de su falsa posicion y son atacados de las viruelas: como las épocas á que esto se verifica pueden ser tan variadas, resulta que algunos de estos casos, observados por los que admiten aquellas opiniones, son muy á propósito para afirmarlos mas en sus ideas, respecto de la virtud limitada de la vacuna, y para estraviarlos mas, respecto del verdadero término de su accion preservativa: por eso los mas prudentes de entre ellos aseguran que no puede fijarse un límite preciso.

Cuando se reflexiona en la gravedad de esta cuestion, debia uno esperar pruebas mas evidentes y detalladas, para que pudiera uno quedar convencido de que la accion preservativa de la vacuna es limitada. Nada de eso. Simplemente las revacunaciones de Alemania, hechas en grande escala, ¿qué produjeron? ¡la vacuna legítima en un treinta por ciento de los vacunados!

Pero Mr. Rayer nos ha dado una descripcion verídica y concienzuda de la me-

jor vacuna que se puede obtener en los vacunados, que es igual á la mejor que puede producirse en los que han tenido viruelas: ha descrito exactamente sus caracteres, que son diversos de los de la vacuna legítima: estos se hallan de acuerdo con lo observado por Mr. Husson en los primeros años de este siglo: añade Mr. Rayer, que cuando estas vacunas, que él llama modificadas, se producen en personas no vacunadas antes (lo que sucede algunas veces, como ya hemos espuesto) no hay seguridad de que queden preservadas por ellas; y por último, que es muy raro que esas vacunas produzcan en otros no vacunados, la vacuna verdadera.

¿A quién debemos creer? qué ¿esas vacunas se habrán perfeccionado en Alemania? y ¿cuáles son entonces las que llaman vacunas modificadas? lo ignoramos. Habrán tal vez querido conservar el nombre.

En suma, ningunos detalles ni descripciones de ninguna especie. La simple calificacion de los que practicaron las revacunaciones; calificacion tanto menos aceptable, cuanto que esto en contradiccion con todo lo observado y descrito anteriormente por multitud de autoridades competentes.

Y sin embargo, Mr. Cazenave dice en su obra, que estas revacunaciones practicadas en grande escala en Alemania, fueron las que comenzaron á dar luz sobre todas estas cuestiones.

Es cosa singular, que algunos crean ver aparecer la luz allí adonde otros ven introducirse la oscuridad.

Refiriéndose á esto Mr. Sedillot, dice en su Memoria, pág. 663: que despues de haber intentado en vano Mr. Fiard y otros que piensan como él, que la Academia de Medicina aceptara aquellas ideas, se dirigieron á la Academia de Ciencias: fueron allí bien recibidos, y se les invitó á someter sus pruebas.

Sigue despues hablando así Mr. Sedillot:

«Esperar religiosamente la marcha regular y conveniente que habia sido impuesta á estos honorables compañeros, por los jueces que ellos mismos habian elegido, formaba, si no me engaño, el punto esencial de los deberes que tenian que llenar en estas circunstancias. No fué así: apelaron á todos los órganos de la prensa, ya médica, ya política; á esta última sobre todo, que ejerce una accion tan poderosa sobre las opiniones.

«¿Cuáles han sido los resultados de esta publicidad tan atrevida y tan falta de reflexion? Tristes debates suscitados; la perseverancia de la virtud de la vacuna puesta públicamente en duda; la seguridad general turbada y la alarma estendida por todas partes.» (1)

(1) Al recordar las publicaciones que no hace mucho hice en los periódicos sobre la vacuna, se podria creer que yo habia tambien merecido esa censura. Si mis artículos hubieran tendido á desacreditar la vacuna, ó á apoyar de algun modo creencias que pudieran dis-

Mas adelante dice, que habiéndose alarmado igualmente el gobierno, preguntó á la Academia si debia hacerse revacunar á todos los alumnos de los diversos establecimientos de instruccion pública, y continúa así:

«Pero la Academia, *que sabe con qué ligereza han sido practicadas estas esperiencias en algunos países vecinos, y las falsas inducciones que se han sacado de ellas, respondió negativamente, etc.*»

Debemos advertir tambien, que un efecto local no autoriza para decir que se han obtenido los resultados completos de una vacunacion legítima. Para probarlo voy á entrar en algunas esplicaciones.

Cuando en el principio de la vacuna, Jenner se preguntó si su virtud preservativa seria solo temporal, quiso resolver, como sabeis, este punto importante: buscó individuos á propósito para obtener un resultado positivo, sometiéndolos á la inoculacion del pus varioloso.

Estos individuos fueron: José Merret que habia tenido el cow-pox 25 años antes; fué inoculado varias veces sin resultado.

Sarah Porttlock habia tenido el cow-pox 27 años antes; en ese momento criaba un niño afectado de viruelas; nada resintió: fué despues inoculada sin resultado.

John Phillips habia tenido la viruela de la vaca á la edad de 9 años: tenia entonces 62 cuando Jenner lo inoculó, con un virus que tuvo cuidado de recoger *en su estado mas activo.*

Mary Barge habia tenido el cow-pox 31 años antes, cuando fué inoculada en 1791: desde esa época ha estado empleada únicamente en cuidar enfermos de viruelas sin contagiarse: la inoculacion no tuvo resultado.

Madama H. fué afectada del cow-pox en su infancia: despues estuvo espuesta al contagio de las viruelas sin experimentar nada. En 1778 (treinta años despues de haber tenido el cow-pox) esta Sra. espantada por la epidemia que reinaba en Berkeley, se hizo inocular por Jenner sin resultado, y no fué atacada por la epidemia.

Elizabet Wynne habia tenido el cow-pox de una manera muy ligera; no habia tenido mas que una pústula en el dedo pequeño de la mano izquierda, y *fenómenos generales apenas sensibles*: 38 años despues Jenner la sometió á la prueba de la inoculacion, que no tuvo éxito

En todos estos individuos la inoculacion quedó sin resultado, en cuanto á que no hubo los síntomas de la infeccion ni la erupcion secundaria. En todos ellos,

---

minuir en algo la fé, que es importante mantener respecto de ella en el público, no hay duda que me habria alcanzado; mas habiéndome propuesto el objeto contrario, no es á mí á quien debe aplicarse aquel juicio.

sin embargo, se produjo en el lugar de las picaduras un trabajo local que duró algunos dias.

¿Podrá sostenerse que en todos estos casos se obtuvieron los efectos de una verdadera inoculacion, porque apareció solo aquel efecto local? creo que de ninguna manera.

Pues lo mismo puede suceder en estas revacunaciones; es decir, que se produzca solo un efecto local, mas ó menos parecido á la vacuna legítima, pero no el efecto general que constituye una verdadera vacunacion. Los que sostienen esas opiniones no podrian nunca establecer la evidencia de que el efecto general se efectuó; luego es necesario que abandonen esta prueba por carecer de valor suficiente, tanto mas, cuanto que existen otras perentorias para apoyar la opinion contraria.

Yo he querido esponeros estensamente todo lo relativo á este punto: aun he copiado las propias espresiones de los defensores de esas ideas, sembradas de contradicciones, y apoyadas á cada momento en litigiosos hechos.

En fin, Señores, si las razones que os he manifestado no os convencieren aún, apelaré á lo que hace tantos años os está haciendo ver vuestra propia observacion y esperiencia aquí en México.

En efecto, hace muchos años que reinan constituciones médicas variolosas entre nosotros. Ya habeis podido observar, que una vez aparecidas las viruelas en una habitacion, los únicos que tienen que temer son los que, viviendo allí, no han sido aún vacunados; que las viruelas no tardan en atacarlos si no se apresuran á recurrir al antídoto conocido; pero que de los demas que viven allí y están ya vacunados, ninguno se preocupa de poder correr peligro alguno, y eso aun cuando permanezcan todo el dia cerca de los enfermos y aun duerman en sus mismos cuartos. La esperiencia diaria y constante nos hace ver, que cualquiera que sea el tiempo que haya pasado despues de la vacunacion, estas personas quedan siempre preservadas.

Está tan arraigada esta observacion, que ni los mismos médicos recomiendan á los vacunados que allí se hallan, el que se revacunen, como se apresurarian á hacerlo, si esa esperiencia diaria les hubiera enseñado lo contrario.

Vuestra observacion ha podido hacerse sobre personas vacunadas hace mas de sesenta años, así como en los recien vacunados y en todos los períodos intermedios: á vosotros todos consta la inmunidad que han disfrutado, y que esta inmunidad no ha necesitado ser rehabilitada por las revacunaciones.

Un lenguaje semejante empleaba Mr. Sedillot en 1840, ante la Academia de Medicina de Paris, cuando decia hablando sobre este punto:

«Las vacunaciones no se practican generalmente sino en la infancia. Así, pues, si la virtud preservativa de la vacuna estuviera limitada á diez, doce, catorce, diez y seis ó diez y ocho años, no se encontraria casi nadie exento de las viruelas en-

tre los adultos vacunados, y los estragos que hubieran ejercido sobre ellos en todo tiempo y en todas circunstancias, hubieran dado la razon hace mucho tiempo á aquella opinion, por la evidencia misma de los hechos.

«La virtud preservativa para las viruelas que posee la vacuna, es absoluta é ilimitada, como la de la misma viruela: esta doctrina tiene por base la autoridad de hechos perentorios. La opinion contraria no se apoya sino sobre hipótesis ó sobre hechos mal estudiados y nada concluyentes.»

Admira, Señores, que de tales datos se hayan podido deducir tan avanzadas consecuencias, que, como bien lo veis, no son en realidad mas que la espresion de algunos pensamientos que para convertirse en realidad necesitaban nada menos que la sancion de la esperiencia: admira que ellos hayan sido acogidos con tanto favor y sin criterio por multitud de personas de tan distinguido mérito; admira que esas personas tan exigentes con las demas respecto de las pruebas y contrapruebas, para la admision de cualquiera aserto, se hayan dispensado ellas mismas de darlas en materia tan grave; admira, por último, el candor con que siguen diciendo: las esperiencias que se han sucedido han venido constantemente confirmando aquellas.

Pero, Señores, ¿en qué las han confirmado?

En que las revacunaciones pueden producir una vacuna mas ó menos modificada en algunos vacunados, perfectamente falsa en otros, y nada en muchos: y ¿qué se infiere de ahí?

Hace treinta y tantos años que fueron hechas las esperiencias á que me refiero, y en todo ese tiempo no ha podido ser presentada la contraprueba de los juicios que sobre ellas gratuitamente se fundaron.

¿Adonde están las estadísticas que nos prueben que los vacunados en quienes no se practica la revacunacion, sean tratados por las viruelas como los que no lo han sido nunca?

Esta seria la única contraprueba positiva: ella no ha sido dada.

Se me dirá que establecida hace algunos años esa idea, la práctica de las revacunaciones se ha generalizado.

Admito que así sea; pero si de antemano han quedado siempre en todas partes las mayorías sin ser vacunadas, debemos racionalmente admitir, que las mayorías de los que fueron vacunados queden tambien sin haber recibido la segunda vacuna que los haya seguido preservando. ¿Cómo, pues, los observadores europeos, tan celosos para recoger todo lo que se refiere á comprobar sus dichos, no han presentado nada, en este sentido, en tan dilatado tiempo?

Pero es que la esperiencia ha ido probando mas bien lo contrario.

Aquí, en México, es adonde no han intervenido para nada las revacunaciones: ¿qué habeis visto constantemente? que los bien vacunados han pasado todas las

edades garantidos contra las viruelas, lo mismo á los diez, á los veinte, á los treinta años: que las constituciones médicas variolosas no han dejado de reinar con frecuencia entre nosotros: que á veces han amenazado hacerse epidémicas, y que en medio de todas estas circunstancias los vacunados han permanecido seguros.

Así, pues, la razon y la esperiencia, únicas cosas sobre las cuales se pueden fundar las verdades, están aquí de acuerdo.

La razon, porque ella nos hacia ya prever, que de un efecto que se obtiene igual en los vacunados que en los que tuvieron ya las viruelas, no se podia deducir que los primeros estuvieran espuestos á contraer la enfermedad que padecieron ya los segundos.

La espcriencia, que alcanza en México ya á sesenta y tantos años, y que nos ha hecho ver, que los efectos de la vacuna se han manifestado de un modo imperturbable constantemente los mismos, sin que hayan intervenido revacunaciones, que hubieran podido sembrar alguna duda.

Cuando algunas veces han amenazado hacerse epidémicas las viruelas, no hemos hecho lo que en algunas partes de Europa, recurrir á las revacunaciones, sino vacunar diariamente en grande escala á los no vacunados, que son (por decirlo así) el combustible, y las epidemias han sido conjuradas. ¿Cómo, pues, se atribuye allá á las revacunaciones ese resultado? Es un error: es que al mismo tiempo se ha vacunado á los no vacunados: pues si nosotros hemos obtenido aquí el mismo resultado con las solas vacunaciones, las revacunaciónes no han tenido en ello la parte que se les ha gratuitamente atribuido.

Y lo mismo ha sucedido siempre en otras partes: de ello podria citar numerosos hechos; pero me limitaré á citar uno, que por ser muy cercano á la época en que comenzó á enunciarse la opinion sobre la necesidad de las revacunaciones, ofrece aun para nosotros el mayor interes.

Como todos saben, las revacunaciones practicadas en grande escala en Alemania sobre los conscritos del ejército Prusiano y Wurtemburgues, que son (segun los que aceptan sus consecuencias) las que comenzaron á dar luz sobre esta cuestion, fueron practicadas de 1831 á 1833.

Pues bien, en los Archivos generales de Medicina, tomo 15, pág. 278, se lee lo siguiente:

«En la sesion de la Academia de Medicina, del 15 de Febrero del año de 1831, Mr. Emery, á nombre de la Comision de vacuna, leyó el informe general de la Comision sobre las vacunaciones practicadas en Francia durante el año de 1829.

«Las frecuentes epidemias de viruelas, dice, que han reinado en Francia desde hace cinco años, han estimulado felizmente á la práctica de la vacuna que habia sido algo descuidada, y tal departamento que no habia vacunado en los años precedentes mas que dos mil personas, ha vacunado en 1829 mas de nueve mil. Así

es, que miéntras en 1828 el número de virolentos ascendió á veintitres mil ochocientos noventa y siete, en 1829 quedó reducido á nueve mil ciento noventa y seis.»

Se ve, pues, que casi á la misma época en que se establecieron las revacunaciones en grande escala, de cuyo resultado nacia la duda sobre si la vacuna no era ya la misma cosa que antes, su aplicacion hecha debidamente, y limitada solo á los no vacunados, seguia prestando idénticos servicios, haciendo desaparecer por donde quiera que era empleada el terrible azote de las viruelas. Las revacunaciones no tenian aquí ninguna parte.

Yo he practicado ya muchas veces las revacunaciones en personas bien vacunadas: el año pasado he revacunado muchos estudiantes y aun médicos, que han querido prestarse á esta prueba; en algunos nada ha aparecido; en muchos se ha desarrollado una falsa vacuna, aparecida desde el mismo dia ó al siguiente, representada por pústulas cónicas, con areolas mas ó menos inflamadas, que á veces han molestado bastante á los vacunados; pero hasta hoy, no he visto una vacuna aparecida en esas circunstancias que pudiera asemejarse para nada á la verdadera.

Mas estos resultados podrán acaso atribuirse á que estas esperiencias han sido hechas, respectivamente, en pequeña escala: sea, y aun cuando debieran obtenerse algunas veces en los ya vacunados, vacunas parecidas á las que se dice se observan en Europa, persisto en creer que esto no probaria lo que se intenta hacer que prueben, por las razones que llevo ya espuestas y que aun tendré ocasion de hacer valer mas adelante.

Todo, pues, nos confirma, que los antiguos vacunadores tenian razon cuando negaban la legitimidad de la vacuna que se solia obtener en los que tuvieron ya las viruelas; juicio que debe estenderse á la que igual pueda aparecer en los que fueron ya bien vacunados, admitiendo, sin embargo, que pueda producirse una verdadera vacuna en algunos vacunados, siempre que su vacuna primera no haya sido perfecta.

Esto se halla enteramente de acuerdo tambien con la esperiencia, pues Mr. Rayer nos ha dicho: «la vacuna que se obtiene en los vacunados antes y en los que han tenido las viruelas, es una vacuna modificada, y que no puede, sino escepcionalmente, reproducir la vacuna verdadera.»

En esto último vemos tambien justificado el consejo de los antiguos vacunadores (considerado como una preocupacion por los revacunadores) de no tomar la vacuna de esas personas para propagarla, porque esa vacuna no debia comunicar el efecto preservativo.

Ya vimos al principio de este escrito probado por esperiencias directas, que el virus de las pústulas de la varioloides, inoculado, no daba lugar á la misma enfermedad que se produce por la inoculacion del legítimo pus de las viruelas.

¿Cómo podriamos persuadirnos que se obtendria la misma seguridad, en el efecto preservativo, vacunando á un individuo con el fluido tomado de pústulas vacunales mas ó menos modificadas, que el que se lograria vacunándolo con otro tomado de pústulas perfectas?

Luego el consejo de los antiguos contiene, al menos, una recomendacion prudente.

En definitiva, todo lo que puede admitirse es, que á aquellos que dudasen, por cualquier motivo si están bien vacunados, para su seguridad seria prudente aconsejarles se sometieran á la revacunacion.

Seria tambien muy de desear que se inculcara á las gentes la importancia de que en la primera vacunacion se pusiera todo el cuidado y precision debidos, pues del resultado de este primer acto parten todas las dudas y errores que se han originado despues.

Que no se escriba mas, que las falsas vacunas han casi desaparecido, porque eso prueba que se las desconoce, bajo otro trage, y porque eso infunde una funesta confianza en los médicos y en los vacunados, orígen tambien de errores, y por lo mismo de la confusion que ha venido introduciéndose.

Pero que tampoco, lanzándose á la opinion opuesta, se afirme, que las falsas vacunas que se observan en muchas ocasiones son la prueba hoy de su degeneracion, pues que, como ya hemos visto, han acompañado á la vacuna desde su orígen.

Que no se asegure mas, como una cosa ya probada, que la accion preservativa de la vacuna es limitada tan solo á cierto tiempo, porque nosotros mismos somos una prueba viva de la falsedad de aquel aserto.

De arraigar esta idea en el público resultaria un mal muy grave, un gran descrédito para la vacuna, pues si al principio se le aseguró que ella garantia para toda la vida, y hoy oye decir que ya es solo por diez años, y si se le hace entender ademas, que esto es á consecuencia de las transmisiones sucesivas que ha esperimentado, acabará por dudar absolutamente de ella, y lo mismo tendrá derecho á juzgar de la vacuna animal, á no ser que se le quiera engañar, procurando persuadirlo de que el cow-pox espontáneo y la vacuna de las terneras son una misma cosa; pensamiento que ha sido ya emitido en Europa, por uno de los propagadores de la vacuna animal.

Fácil es hacer ver, sin embargo, que semejante pretension ès sobremanera absurda.

La viruela espontánea del hombre pasada á otros hombres por la inoculacion, ¿qué produce? Todo el mundo sabe que no produce sino una viruela benigna; y si nó ¿cómo habria podido haber estado autorizada por tanto tiempo aquella práctica, si hubiera debido ocasionar constantemente las viruelas graves? Se trataba de producir únicamente una enfermedad benigna, cuyo objeto era precisamente

evitar la gravedad de la otra. Obsérvese de paso, que en el caso propuesto, la transmision se hacia en el propio terreno.

Lo mismo podemos decir hablando del cow–pox. El cow–pox espontáneo ó viruela espontánea de la vaca, puesta y mantenida en las terneras, es sin duda una viruela benigna ó mitigada, y jamas podria sostenerse racionalmente que las dos pudieran ser una misma cosa bajo todos los puntos de vista. Seria tanto, como decir que la varioloides era una cosa enteramente igual á la viruela legítima.

Pero si el cow–pox artificial no es igual al espontáneo ¿dará al menos el resultado de que se jactan sus propagadores, es decir, que ha regenerado la vacuna?

¿En qué sentido se dice que ha sido ésta regenerada? ¿Es en cuanto á su manifestacion local ó en cuanto á su efecto preservativo? Juzguemos ambas cosas.

No hay duda, que en muchos vacunados con la vacuna animal aparecen pústulas algunas veces mas grandes que las producidas por la humana; pero era preciso que probaran, que ese tamaño en las pústulas era una cosa esencial para el efecto preservativo, lo que es enteramente falso.

La inflamacion mucho mas fuerte que suele tambien acompañar á estas pústulas, prueba solo que la linfa vacunal de las terneras contiene alguna cosa mas irritante para la piel de los niños, que la humana: esto lo hallamos comprobado con la relacion que nos dan los autores de los accidentes, algunas veces bastante graves, que sobrevienen en los brazos de los niños inoculados directamente con el cow–pox mismo. Jenner renunció al fin á aquella práctica y prefirió la actual, por la mayor benignidad de la enfermedad que se obtenia, seguro como estaba, por otra parte (por la esperiencia) de que esa benignidad en nada disminuia el efecto preservativo. Diré ademas, de la energía de esta manifestacion, lo mismo que he dicho del tamaño de las pústulas; no es una cosa que asegure ni que aumente, por su mayor intensidad, el efecto preservativo: las vacunas falsas, como se sabe, se acompañan generalmente de una inflamacion local mas viva, y no por ello son preservativas.

Ademas, debe saberse, que no siempre las pústulas producidas por la vacuna animal son mas grandes que las ocasionadas por la humana; que muchas veces son iguales y aun inferiores; que no es mas seguro con la vacuna animal que con la humana, el que prendan todas las picaduras que se han practicado; que á veces prenden solo una ó dos de seis que se han hecho; en fin, que muchas veces no produce nada, sea que se tome de tubos ó de la ternera misma.

Otro tanto diremos respecto de la existencia y estension de la areola y tumor vacunal, pues hemos podido ver algunos niños en quienes esa vacuna no produjo mas que granos bien pequeños, desprovistos absolutamente de aquella manifestacion. ¡Cosa aun mas rara! Niños en quienes nada produjo la vacuna animal, fueron vacunados con el mejor éxito con la humana. Pudimos tambien ver que al-

gunas personas de los departamentos, que fascinadas por la vacuna animal la solicitaron con ansia, venian despues á pedirnos vacuna (de la humana que conservamos) por no haber dado la otra resultado alguno. Añadiré una cosa que consta á muchos miembros de esta Academia: varias veces he podido hacerles ver tipos magníficos de la mejor vacuna de brazo á brazo, notables tanto por el tamaño de las pústulas como por la estension y desarrollo de las areolas y tumores vacunales.

Sea lo que fuere, se ve, que fijándose solo en el mayor tamaño de las pústulas que se observa en algunos vacunados con la vacuna animal, y en la mayor irritacion local, se han creido fundados muchos para decir que esa vacuna está regenerada. Tal parece que para estas personas la vacuna consiste únicamente en la manifestacion local. Entonces nadie podria quedar bien vacunado sin la aparicion precisa de ella, y sin embargo, todos los autores admiten fundadamente lo contrario: la existencia de vacuna sin vacuna, *vaccinæ sine vaccinis*, es una cosa bien probada.

La manifestacion local, pues, que se puede obtener con la vacuna animal, no puede probar nada respecto de la superioridad de esa vacuna sobre la humana, mientras no se haya probado que la animal preserva mejor y mas eficazmente de las viruelas.

Véamos lo que debe pensarse de esto.

Los que en Francia han prohijado la vacuna animal no pueden suministrar las pruebas suficientes que puedan convencer de esa superioridad, porque aun es relativamente muy corto el tiempo que llevan de emplearla. Pero recurramos á la fuente de donde la han tomado; véamos lo que dicen los que la han cultivado desde hace cincuenta años, y lo que han hecho ver á los que han querido creerlos.

En Nápoles, nos dicen, se propaga esta vacuna hace mas de cincuenta años: ella ha reinado allí como absoluta, pues la humana no era conservada mas que por pura fórmula. Bien, Debemos inferir, que todos ó casi todos han recibido allí la vacuna animal. ¿Qué nos dicen sobre el éxito que tienen en ese lugar las revacunaciones? Nos dicen que las revacunaciones se obtienen allí en grande escala, y ni aun siquiera añaden que los períodos á que se hacen necesarias (se entiende para los partidarios de las revacunaciones) sean allí mas prolongados. Pues si para ellos mismos el término en que quedan preservados los vacunados con la vacuna animal, es igual al que se obtiene (para ellos) con la humana, ¿cómo se atreven á afirmar que la han así regenerado?

Opongamos ahora á estos resultados obtenidos con la vacuna que llaman regenerada, los conseguidos en México con la que hace tiempo calificaron de degenerada; es decir, con la vacuna humanizada.

Durante dos épocas diferentes, y por el largo período de treinta y tantos años para cada una de ellas, pudo conservarse esa vacuna sin renovacion alguna.

Un número incalculable de individuos vacunados con ella, han permanecido seguros en medio de focos de infeccion sin haber sido contagiados. Esto ha sucedido lo mismo respecto de personas vacunadas pocos años antes, que respecto de aquellas que lo habian sido hacia ya diez, veinte, treinta, cuarenta ó mas años.

Esta garantía absoluta ha sido creada, sin embargo, en un número considerable de vacunados, por una vacuna atemperada y aun muchas veces insignificante en apariencia; solo sí que las pústulas habian sido bien caracterizadas en su forma y en su marcha.

Por lo espuesto se verá, si lo que nos dicen sobre el efecto preservativo (producido por la vacuna animal) sus mismos partidarios, es para creer que está regenerada, y si lo que nos ha hecho ver aquí la esperiencia por tan dilatado tiempo respecto de la humana, puede persuadirnos de que ésta ha degenerado.

Verdaderamente, solo una persona que fuera en estremo temeraria se atreveria á negar que la vacuna humana ha satisfecho en México el objeto de sus aplicaciones, y que sus resultados han correspondido enteramente á la fé que en ella procuraron establecer los primeros vacunadores.

Señores: acaso habré abusado de vuestra paciencia, molestando vuestra atencion con la lectura de cosas que sin duda habeis leido; pero he creido absolutamente necesario recordaros, de la historia de la vacuna, los datos mas importantes que, aparecidos á diversas épocas, debian servirme para fundar con solidez mis opiniones.

La estensa práctica y la buena fé de los autores cuyos testos he copiado deben pesar fuertemente en vuestras opiniones, y una conviccion íntima se apoderará de vosotros cuando reflexioneis, que en el prolongado período de sesenta y tantos años, la esperiencia ha constantemente comprobado aquí lo que desde hace tantos años se halla escrito.

La vacuna humanizada sigue siempre siendo el preservativo eficaz de las viruelas.

Su degeneracion está muy lejos de haber sido probada, y en interes de la ciencia, yo invito á las personas que la admitan, á que me demuestren esperimentalmente lo contrario.

Así es, que podemos hoy reproducir lo que hallamos escrito relativo á esto, en el Diccionario abreviado de Ciencias Médicas, artículo *vacuna*, pág. 381.

«Para que estuviera probado que la verdadera vacuna no preserva siempre de las viruelas, era necesario que un hombre conocido por haber vacunado muchos individuos, despues de una instruccion antecedente, no equívoca en esta parte del arte, y por haber tratado muchos variolosos, viniera á anunciar que una persona vacunada por él en otro tiempo y cuyas pústulas hubieran presentado todos los caracteres de la verdadera vacuna, ha sido ó está afectada de las viruelas.

«En dónde están los hechos de este género?

«Si estos hechos existen, que se publiquen, que se cuenten y que se haga la

balanza de ellos, con los millones de personas preservadas de las viruelas por la vacuna.»

Concluyamos, pues, de esta tan prolongada discusion, qué ó la vacuna que aparece en los bien vacunados no es una vacuna verdadera, ó que su aparicion en ellos no prueba de ningun modo que estén espuestos á sufrir las viruelas, supuesto que una vacuna igual se obtiene en los que pasaron ya esta enfermedad, y supuesto tambien, que cada dia la naturaleza misma dá el mentis mas completo á los que sostienen lo contrario: ella les hace ver, que los bien vacunados siguen siempre en una perfecta seguridad, aun cuando no acepten sus consejos para revacunarse.

Yo estoy persuadido que los defensores de estas opiniones no se hacen revacunar á sí mismos en los plazos fijados, como lo recomiendan tanto á los demas,

He insistido tanto mas sobre este punto, cuanto que esta ha sido una de las objeciones mas importantes con que han procurado desacreditar á la vacuna humanizada, los que han querido recientemente sustituirle con una práctica nueva.

Estas personas no han reflexionado, sin duda, que es cuando menos una gran ligereza abandonar una práctica tan simple en sí, y tan experimentada, por otra que no conocen mas que imperfectamente; y para hacer aceptar esta, destruir todo motivo de fé, en el público, respecto de la primera.

Y si la experiencia les hiciera encontrar inconvenientes de tal manera sérios, en la que hoy adoptan, que creyeran en su conciencia deber volver á la primera, ¿cómo lograrian restablecer en el público el prestigio de una cosa que trataron de destruir antes?

Por eso creo que es mas racional y juicioso, antes de abandonar una práctica tan conocida y tan probada, volver á examinar una por una las diversas objeciones que se han hecho constantemente á la vacuna humana: ellas han sido, en verdad, siempre victoriosamente contestadas, y la esperiencia ha venido dando su sancion á estas respuestas.

Como adormecidos, mas no convictos, los sostenedores de esas opiniones, parecen hacerse sordos á lo que se les responde.

Al ver la tenacidad con que las reproducen, muchos podrian persuadirse que la verdad se halla de su lado, y no dejaria de contribuir mucho á que pudiera formarse ese juicio, el tono de seguridad con que vuelven de cuando en cuando á presentarlas al tribunal público, como negocios resueltos hace tiempo en favor de sus declaraciones.

Varias veces ha sido necesario recordarles, cuan lejos han estado de haber alcanzado aquel triunfo, y estos esfuerzos hechos en varias partes por personas que creen defender la verdad, han sostenido bastante la fé pública. El bien se ha seguido haciendo hasta hoy.

Recientemente, una nueva revolucion se prepara, una objecion bien séria, no

nueva pero fuertemente robustecida, se presenta como una consideracion que hace hoy temible á la vacuna humana. Inútil es decir que se reproducen de paso, y se acumulan, todas las objeciones graves que pueden encontrarse para aniquilar de una vez, si posible fuere, á la que es el objeto de sus acusaciones.

La vacuna humanizada, se ha dicho, puede comunicar la sífilis, y nó hay medio seguro para evitar este peligro.

Examinemos, Señores, este aserto.

Esta acusacion bastante antigua, ha sido reproducida de cuando en cuando; pero los mismos términos en que ha sido espresada, inspiran desde luego una gran desconfianza.

El profesor Monteggia, en una leccion dada el 17 de Febrero de 1814 en el Instituto de Ciencias, Letras y Artes, de Milan, sostuvo, que si se vacuna un niño sifilítico, se desarrolla una pústula que contiene los dos virus; mas ningun hecho se encuentra, referido por él, en que pudiera fundarse este concepto.

En el corriente del mismo año, y acaso como consecuencia de esa opinion, Mr. Marcolini publicó los hechos siguientes:

«Sclibino Catarina, de edad de dos meses y medio, *sana en apariencia*, fué vacunada.

«La vacuna se desarrolló muy bien; el 16 de Junio de 1814, se vacunaron con vacuna tomada de ella, diez niños, y con vacuna tomada sobre estos diez niños, se vacunaron otros treinta. En pocos meses, Catarina Sclibino y cinco de los primeros vacunados, murieron.

«De los treinta vacunados en segundo lugar, no se pudieron observar mas que siete: de estos, uno fué atacado de una enfermedad que comunicó á sus hermanos y hermanas, y otro tuvo tambien algunos accidentes.

«Los padres de Sclibino Catarina hacia mucho tiempo estaban enfermos de la sífilis, y no se curaban.

«Pocos dias despues de la vacunacion, la niña se cubrió de pústulas que supuraron, en la vulva, en el ano, en el cuello, en la frente y en la boca.

«Los otros niños fueron afectados de pústulas semejantes, de ulceraciones en la boca, de condilomas en el ano, y el mal se comunicó á varias nodrizas que los criaban y á algunos niños que eran tambien alimentados por ellas.» (Tomado del Diccionario práctico, en quince volúmenes, artículo *vacuna*, escrito por Mr. Rayer, tomo 15, pág. 518.)

Este hecho parece mas bien dirigido á sostener la doctrina profesada en el Instituto de Milan, por el profesor Monteggia, y su esposicion es tal, que en buena crítica no puede producir conviccion de ninguna especie; pero sí es á propósito para espantar al público, y sembrar aquella desconfianza con que han tenido que luchar siempre los vacunadores.

En 1821 Mr. Gaspari Cerioli sostuvo la misma opinion, que no apoyó tampoco en hecho alguno.

Es cuanto escribió sobre esto Mr. Rayer el año de 1836; es decir, veintidos años despues de la declaracion hecha por el profesor Monteggia, y siendo ésta materia tan interesante, debemos creer que hasta aquel momento Mr. Rayer no tuvo conocimiento de algun otro caso referente á esto, pues es seguro que lo hubiera escrito y aun hubiera emitido algun juicio propio. Nada de eso: se limita á referirlo, sin apoyar en modo alguno tal aserto.

Llama la atencion, sin embargo, que en esas observaciones nada se hable de ulceraciones en los brazos, en el lugar de la insercion de la vacuna, y se describan solo accidentes, considerados hoy como secundarios: nada se dice del síntoma mas importante del primitivo.

Es, que entonces no se sabia como hoy, el órden con que se succeden en un individuo los accidentes sifilíticos.

Pero los observadores no han hecho mas que describir lo que se presenta y el órden en que los fenómenos se succeden, y la naturaleza ha sido siempre una misma. ¿Qué, en esa época, la infeccion sifilítica no empezaba por el síntoma local primitivo en el lugar en que fué aplicado el virus? Debemos, pues, dudar de la sinceridad de aquellas observaciones, tanto mas, cuanto que provenian de un país en donde, como se nos ha venido á revelar despues, existia ya quien tuviese interes en acreditar todos aquellos rumores.

Es muy curioso ver, que una discusion semejante se estableció entre los antiguos inoculadores de las viruelas.

En el tomo 57 del Diccionario de Ciencias Médicas, en sesenta volúmenes, artículo *viruela inoculada*, pág. 75, se lee lo siguiente referente á esto:

«Los autores citan hechos contradictorios; algunos refieren observaciones de enfermedades contagiosas ó no, comunicadas por la inoculacion de las viruelas; otros citan muchas esperiencias directas, que tienden á probar que el pus varioloso recogido sobre individuos afectados del vicio *escrofuloso*, *sifilítico*, *psórico*, etc., no ha comunicado mas que una viruela simple y benigna.»

Esto se escribia el año de 1821, és decir, muchos años despues de abandonada aquella práctica; por lo que se ve que la comunicacion de otras enfermedades (entre ellas la sífilis) por la inoculacion del pus varioloso, no quedó probada.

Como dije antes, la misma discusion pasó á la vacuna, pues vemos reproducirse, respecto de ella, las mismas aserciones contradictorias.

Mr. Husson (por ejemplo) en su obra, pág. 325, dice:

«Se sabe que el virus varioloso tomado de un individuo escrofuloso, herpético, sifilítico y aun tísico, no produce una viruela mas terrible que de costumbre; que

jamas se ha visto suceder á estas viruelas los accidentes dependientes de la constitucion del sugeto de quien se ha tomado el virus.

«La esperiencia ha probado, por el contrario, que unas viruelas de mala especie, tomadas de un sugeto bastante enfermizo, y pasadas á otro, aun enfermo, han producido las viruelas mas hermosas y felices, mientras que materia de los mas hermosos botones, tomada sobre el cuerpo mas sano, ha dado algunas veces unas viruelas confluentes y mortales.»

En la página siguiente dice:

«La analogía nos conduce á admitir la misma inalterabilidad de la vacuna. Ella es siempre *sui generis;* se reproduce independientemente de las circunstancias enfermizas del individuo sobre el cual se ha inoculado. Yo la he desarrollado sobre sugetos herpéticos, sifilíticos, sarnosos; la he vuelto á tomar de ellos para inocularla á individuos perfectamente sanos, y no he encontrado que haya producido en ellos el mas ligero síntoma de afeccion herpética, sifilítica ó psórica.»

Otros autores aseguran lo mismo, y aun entre nosotros ha habido personas que han tomado la vacuna de niños sifilíticos, y no han visto comunicarse por ella la sífilis. Los Sres. Reyes (D. José María) y Navarro (D. Juan), os han citado observaciones de esta clase que les son propias.

No es fuera del caso decir aquí lo que se observa en los niños afectados de sífilis cuando se les inocula la vacuna.

En muchos, la vacuna aparece y sigue su curso como si estuvieran perfectamente sanos: las pústulas vacunales pueden, en ellos, presentar todos los caracteres de la vacuna mas perfecta: estas pústulas no supuran necesariamente; pueden secarse y caer las costras como en los demas, y esto aun cuando tengan los niños en otras partes alguna supuracion á consecuencia de los accidentes que llevan en sí.

En algunos, la vacuna comienza á aparecer á su época natural, pero las pústulas que se forman son globulosas ó cónicas, irregulares, lo mismo que la areola: como estas pústulas no son pústulas vacunales verdaderas, el fluido que contienen no está encerrado en celdillas, sino que, picadas por cualquiera parte, se vacian completamente, se supuran en todo ó en parte, se forman sobre ellas costras mas ó menos adherentes, que caen y se renuevan, son blandas como en el impétigo, ó mas consistentes como en el ecthyma: en el primer caso, la superficie supurante se estiende mas ó menos alrededor; en el segundo, suelen aparecer en las inmediaciones ó en otras partes del cuerpo pústulas ecthymatosas semejantes: en todo caso, la supuracion dura mas ó menos tiempo.

La formacion de verdaderas ulceraciones en el lugar de las pústulas no es rara en estos casos; pueden hacerse algo profundas y durar tambien algun tiempo. Esto no debe estrañarse, supuesto que cualquiera lesion traumática puede en estas circunstancias dar lugar al mismo resultado.

Mas ¿por qué en muchos niños que tienen manifestaciones sifilíticas palpables, marcha la vacuna como independientemente de la saturacion en que se encuentra su naturaleza y se produce una vacuna perfecta?

¿Por qué en otros esa misma vacuna, aunque aparecida al término natural, se altera, y, aunque resultado de una vacunacion regular, no se puede llamar á las pústulas que resultan, pústulas verdaderamente vacunales: ellas son únicamente impetiginosas, ecthymatosas, etc.?

Estas son cosas que yo no pretendo esplicar, y me limito solo á señalar los hechos. Estos hechos constan á algunos señores de la Academia, y son, por otra parte, de fácil verificacion.

¿Qué podemos pensar de las pústulas vacunales perfectas que pueden formarse en muchos niños evidentemente sifilíticos?

¿Debemos creer, con el profesor Monteggia, que se hallan allí reunidos los dos virus, el vacuno y el sifilítico?

Pero este seria un nuevo modo de formarse el virus sifilítico, de existir y desaparecer.

Picadas las celdillas como se hace para sacar la vacuna, ¿saldria al mismo tiempo ese virus sifilítico, de modo que, inoculado, daria lugar en todas circunstancias al accidente sifilítico, y por tanto á la infeccion consecutiva?

Pero ¿qué lugar podemos dar á ese boton vacuno perfecto entre los accidentes sifilíticos?

¿Es un accidente primario? Pero aun el accidente primario no es inoculable en todo tiempo.

Mr. Ricord y otros autores han enseñado esperimentalmente, que el pus del chancro solo á un período determinado es inoculable y susceptible de reproducir el chancro.

Una pústula vacunal perfecta, que no ha supurado aún, en la que la vacuna es tomada al tiempo debido y no está turbia, sino perfectamente transparente ¿podrá ser comparada al chancro que supura, y el momento en que aquella se usa para la vacunacion, será ese período determinado para el chancro, en el que es inoculable y susceptible de reproducirse en otra persona?

Me parece que sostener todo eso seria avanzar demasiado.

¿Podriamos (como se ha querido) considerarlo tal vez como un accidente secundario, semejante á los otros que pueden existir en los niños de que se trata?

Pero ¿en qué se parece á ellos una pústula vacunal perfecta, tal cual la estamos considerando, y sobre todo en ese momento preciso en que ninguna alteracion de las que pudieran sobrevenir despues, se hace observar todavía?

Por otra parte, ¿cómo se podrá esplicar la innocuidad de esa vacuna en todos los casos que llevo referidos?

¿Cómo, permitidme decirlo, la de multitud de vacunaciones semejantes que, por las razones que espondré despues, debemos estar seguros han practicado todos los vacunadores?

Cuando la atencion de éstos ha sido despertada por las recientes publicaciones sobre la materia, no me ha parecido ya suficiente limitarme á ver el aspecto general de los niños que debia vacunar; los hago desnudar para hacerles un reconocimiento completo, y he podido ver que muchos de ellos, que tenian la apariencia de una salud perfecta, y que aun pertenecian á familias decentes, presentaban ya manifestaciones sifilíticas. Por el resúmen que os paso cada mes habeis tenido ya conocimiento de ello.

Estos niños, antes de estas circunstancias que me han obligado á redoblar mis precauciones, hubieran pasado como sanos: nadie hubiera vacilado en tomar de ellos la vacuna para pasarla á otros.

¿Será temerario juzgar que así lo hemos hecho mucho tiempo, y que lo mismo ha sucedido á todos los vacunadores?

Pues ¿por qué no ha habido esas sifilizaciones tan alarmantes por su número y sus consecuencias, como las que se nos refieren y que motivan estas reflexiones?

Sea esta, pues, una prueba y muy fuerte, de que en las celdillas de la pústula vacunal perfecta no se hallan reunidos los dos virus, el vacuno y el sifilítico.

No se infiera de esto que acabo de decir, que yo sostengo que no pueda haber un momento en que, supurada esa misma pústula, el líquido tomado de allí fuera enteramente inocente; nada afirmo, porque no he hecho esperiencias sobre esto ni creo deban hacerse.

Pues si tenemos razones muy fuertes para admitir que en millares de veces se ha tomado el fluido vacuno de individuos evidentemente sifilíticos para inocularlo á otros sanos, sin que haya ocasionado la sífilis, ¿podremos persuadirnos que la vacuna tomada de un vacunífero que tiene solo la sífilis latente, contenga ya todo formado el virus sifilítico?

Vimos antes, que muchos centenares de niños sifilíticos han debido pasar por las manos de los vacunadores y servídoles despues para propagar la vacuna; si añadimos á esos el gran número de los que puedan haber tenido la sífilis latente, no podemos concebir (si la vacuna de todos ellos debiera comunicar la sífilis) cómo los efectos tan generales y tan desastrosos que esto hubiera debido producir en las sociedades, hubieran pasado desapercibidos en tan largo espacio de tiempo.

Y refiriéndome al mismo Mr. Depaul, ¿está él seguro de no haber vacunado nunca con niños sifilíticos? ¿Ha tenido algun medio de distinguir á los que tienen la sífilis latente para no usarlos como vacuníferos? Si, como es probable, se ha espuesto mil veces como todos los vacunadores, á tomar la vacuna de estas fuentes, ¿por qué no ha publicado esos reveses, que, observados por él desde su

orígen, tendrian para todo el mundo mas valor que aquellos que se ha visto obligado á aceptar para fundar sus opiniones?

Ademas, los que admiten que la sífilis en estado latente en un vacunífero, puede ser comunicada con la vacuna, se verán precisados tambien á admitir, que lo mismo puede suceder respecto de otras enfermedades que pudieran existir en el vacunífero en el mismo estado. Aplicando entonces estas consideraciones á la vacuna animal, podriamos necesariamente preguntarles: ¿está acaso probado que no puedan existir del mismo modo en las terneras, varias enfermedades en estado latente á pesar de una aparente sanidad? Y si como es de creer éstas existen, ¿no deberian comunicarse igualmente con esa vacuna á la especie humana? ¿Con qué fundamento sólido podria entonces sostenerse que la vacuna animal es, en todas circunstancias, una cosa enteramente inocente?

Pasemos ahora á juzgar algunos hechos que deben ser los fundamentos únicos de los rumores, que se dice, esparció la voz pública antes de que Mr. Depaul se propusiera hacer la averiguacion que practicó, y de la que nos ocuparemos despues.

Algunos niños despues de haber sido vacunados, acaso á pocos dias, algunas semanas ó meses despues, son afectados de sifílides mas ó menos desarrolladas, y de otros accidentes considerados como secundarios de la sífilis. En la generalidad de ellos, las pústulas vacunales recorren su marcha con regularidad y secan sin accidente alguno.

¿Aquellos accidentes sifilíticos deben ser atribuidos á la vacuna? Es evidente que no, porque hay muchos niños que cuando vienen á recibir la vacuna traen ya bien desarrolladas esas mismas afecciones. ¿Por qué si en algunos aparecen estas, antes de que sean vacunados, no podrán aparecer en otros despues de esa operacion? (1)

Es un hecho señalado tambien por los autores, que los niños están muy sujetos á padecer diversas erupciones de la piel, sin que en muchos casos pueda señalarse alguna causa; no es estraño, pues, que por el movimiento general que la vacuna imprime á la constitucion, se vea aparecer, aun en los sanos, erupciones simples diversas, segun su predisposicion.

(1) Para que pueda juzgarse de la frecuencia de las erupciones en los niños y de la proporcion en que puedan hallarse las sifilíticas, presento aquí el resultado que nos ha dado el cómputo de lo registrado en los primeros seis meses de este año.

Vacunados en estos seis meses..	1663
Se hallaron evidentemente sifilíticos..	39
Con erupciones sospechosas..	87
Con erupciones simples, como eczema, sarna, impétigo, liquen, ecthyma simple y otras erupciones ligeras no caracterizadas.........	106

En varias obras que tratan sobre la vacuna, se habla de esas erupciones simples sobrevenidas en esas circuntancias: por esas mismas relaciones se ve que, generalmente de poca duracion, suelen á veces prolongarse algun tiempo, sin que estén ligadas á ninguna afeccion específica. Mr. Husson habla mas particularmente de la roseola, de una erupcion miliar, del impétigo y de la varicela, como mas comunes.

Mr. Rayer dice:

«La vacuna es una enfermedad muy benigna, pero puede complicarse accidentalmente con otras afecciones. Cuando las pústulas son numerosas ó muy inflamadas, la adenitis axilar, el eczema, las pústulas accidentales, la roseola, la erisipela, el flegmon, la enteritis, etc., complican algunas veces la vacuna en los niños. La inoculacion directa del cow-pox ha provocado tambien varias veces el desarrollo de estas complicaciones en los adultos.» (Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, en quince volúmenes, tomo 15, pág. 517.)

Finalmente, para acabar de probar que desde el orígen de la vacuna se observaban despues de su aplicacion erupciones diversas, me bastará citar las propias palabras de un discurso de Mr. Chaussier sobre la vacuna, que puede verse en el Diccionario de Ciencias Médicas, en sesenta volúmenes, tomo 56, artículo *vacuna*, pág. 417.

«Nos parece, pues, suficientemente demostrado, que estas diversas afecciones, que esas erupciones anómalas que sobrevienen algunas veces despues de la vacuna y que se le atribuyen tan gratuitamente, dependen únicamente, ó de una disposicion particular de los individuos, ó de algunos otros accidentes, etc.»

Quede, pues, probado, que despues de la vacuna se han podido siempre observar erupciones de diversas especies, sin que pueda por eso decirse que haya en la vacuna un virus especial que las ocasione, sino que esto depende únicamente de una predisposicion particular de los niños á contraerlas, aun por causas ligeras.

¿Quién no ha visto, á consecuencia del simple acto de agujerar las orejas de las niñas con una aguja, sobrevenir eczemas que duran indefinidamente?

Supuesto esto, fácilmente se comprenderá, cómo en los niños que tienen la sífilis latente puedan aparecer las erupciones sifilíticas bajo la influencia de la misma causa, sin que por eso estemos autorizados para afirmar que la vacuna les imprimió aquel carácter específico.

Mr. Cazenave dice:

«La esperiencia ha demostrado ahora, que establecida la causa íntima de las erupciones sifilíticas, se desarrollan estas bajo la influencia de causas ocasionales, frecuentemente de una apreciacion dificil, pero que deben existir, por lo menos, en el mayor número de casos. Así, la aparicion de las sifílides puede ser determinada por una emocion moral, por un acceso de fiebre, por excesos, por aplicaciones irri-

tantes, por el efecto de medicamentos enérgicos, por heridas, contusiones, fatigas, etc.» (Tratado de las enfermedades de la piel, pág. 559.)

En la pág. 561 añade:

«Las sifílides pueden ser, en fin, trasmitidas por herencia; pero aquí, como siempre, ellas son la espresion, en la piel, de una infeccion especial que los padres legan al hijo, y que es la causa íntima y necesaria de la afeccion de que este último es atacado.»

Debemos tambien fijar la atencion en la edad á que se presentan las sifílides en los niños, sea que aparezcan antes de la vacunacion, ó mas ó menos tiempo despues de ella. Yo, al menos, nunca las he visto desarrollarse despues de la vacunacion, en niños que tenian mas de tres años, y mucho menos á mayor edad, como debiera suceder si ellas fueran el resultado de una inoculacion hecha con motivo de la vacuna.

Debo añadir, que en muchos niños de edad poco mas ó menos de tres años que vienen á vacunarse, observo manchas cobrizas y aun cicatrices circulares, pequeñas y superficiales, mas ó menos numerosas, en diversas partes del cuerpo, que, segun dicen los padres de ellos, son resultado de erupciones de diversas clases que tuvieron en tiempos anteriores; lo que prueba, que era en ellos esto una cosa pasada.

En los niños en quienes la vacuna recorrió su marcha con regularidad, las pústulas secaron y las costras cayeron sin accidente alguno notable; la aparicion de las sifílides, algun tiempo despues, no puede ser tomada por los médicos como prueba de la sífilis vacunal. No hubo el síntoma primitivo á que pudieran aquellas referirse; es solo una manifestacion que debia hacerse con ó sin la vacuna.

La misma manifestacion necesaria puede verificarse en otros niños, pero que puede acompañarse de circunstancias engañosas aun para los mismos médicos.

Para esponer este caso, debo entrar en algunos detalles.

Se sabe que, aun en los niños sanos, pueden las pústulas no secar inmediatamente: por una multitud de circunstancias se supuran en parte, ya sea sin causa marcada, ó que se reblandezcan, porque se apliquen sobre ellas grasas ó tópicos emolientes, para calmar la inflamacion de que suelen acompañarse; (1) lo mismo

---

(1) He visto que cuando las mugeres del vulgo poneu manteca en hojas de lechuga sobre los granos vacunos de sus hijos, para calmar la inflamacion que suele desarrollarse, las pústulas se convierten en unas ulceraciones de fondo gris, y su aspecto pudiera ser tomado por el de las úlceras sifilíticas: que, ademas, en las inmediaciones suelen salir otras pustulitas las cuales pronto se convierten en pequeñas úlceras del mismo aspecto que las anteriores: esto he visto que sucede en niños perfectamente sanos.

En los casos á que me refiero, he hecho suprimir aquella aplicacion y sustituirla con una pequeñísima cantidad de cerato mezclado con un poco de precipitado rojo, puesta, no en hi-

puede suceder si son arrancadas con violencia las costras antes de que ellas caigan espontáneamente; si en seguida el vestido adhiere á esa superficie, ó la roza constantemente, ó aun algunos lienzos que puedan aplicarse por encima, etc., etc.: en todos estos casos esas superficies supuran aunque sea ligeramente, y tal vez tardan muchos dias para cicatrizar por completo.

Si en estos niños hay disposicion al eczema, al impétigo, etc., lo que es frecuente, estas afecciones aparecen allí, se estienden mas ó menos, y complican el mal ya existente.

En fin, verdaderas ulceraciones pueden formarse en el lugar de las pústulas, y esto ha sido observado en todo tiempo.

Mr. Husson, hablando de los accidentes locales que pueden sobrevenir en la vacuna, nos dice respecto de esto, lo siguiente en la pág. 115:

«Jenner ha tenido varias ocasiones de observar, que sucede frecuentemente, sobre todo en la vacuna contraida directamente por el cow-pox, que el boton se convierte en una úlcera roedora, que ocasiona mucha inflamacion y algunas veces síntomas mas ó menos graves. He visto dos individuos atacados de una inflamacion erisipelatosa considerable, que fué acompañada de úlceras muy profundas.

«El Dr. Sacco, que ha encontrado en el centro de la República Italiana la misma enfermedad que Jenner observaba en las vacas de Gloecster, ha visto tambien, algunas veces, las mismas anomalías que habian sido observadas con bastante frecuencia por los vacunadores ingleses, cuando inoculaban directamente de la vaca; tal es, en particular, la apariencia purulenta de los botones, y su disposicion á ulcerarse bajo la costra que cae y se reproduce, en estos casos, muchas veces en seguida.

«Estas ulceraciones sobrevienen algunas veces en la vacuna inoculada de brazo á brazo, sea que por alguna causa la enfermedad se desarrolle con el carácter de bastardía, como la Comision de Milan cita un ejemplo; sea que se haya practicado, como lo quieren esta misma Comision y Mr. Pages, incisiones algo profundas; sea que como lo ha observado Mr. Mongenot, los niños rascándose hayan destruido sus pústulas; sea que haya en los sugetos, cuya fibra es laxa, la linfa espesa y el tejido celular muy húmedo, una disposicion constitucional particular, como la Comision médica de Reins lo ha observado dos veces; sea, en fin, que la insercion haya sido hecha por el vejigatorio. Yo he visto dos úlceras muy alarmantes pro-

---

las, sino en un pedacito de algodon, curando así separadamente cada ulceracion; de este modo se consigue que en muy pocos dias limpien y cicatricen. Por eso, y para evitar ese accidente, me abstengo siempre de recomendar aplicaciones locales de ninguna clase sobre las pústulas de la vacuna, y me limito á aconsejar baños tibios generales, que me han dado constantemente el mejor resultado.

ducidas por esta última causa: al principio la rubicundez fué muy viva, el calor fuerte, la hinchazon y dureza del brazo considerables; habia calentura. Las úlceras al sesto dia estaban cubiertas de una escara gangrenosa profunda, que no se desprendió sino al cabo de un mes; salia de sus bordes una serosidad ácre, fétida, que irritaba las partes vecinas...
Al fin llegaron á curar al cabo de dos meses.»

Mr. Guersent se espresa así sobre este mismo asunto:

«Jenner, el Dr. Sacco y varios otros vacunadores, han tenido ocasion de ver con bastante frecuencia, sobre todo en la vacuna resultado de la inoculacion del cow-pox, convertirse las pústulas en ulceraciones muy dolorosas y difíciles de curar. Aunque este accidente sea mas raro cuando se hace la inoculacion de brazo á brazo, se le ha observado tambien algunas veces, y yo mismo lo he visto en ciertos niños de una constitucion linfática ó escrofulosa.» (Diccionario de Medicina, en veintiun volúmenes, artículo *vacuna*, pág. 157.)

El mismo Mr. Depaul ha dicho:

«No ignoramos que la vacuna mas pura, dé lugar, á veces, á accidentes singulares, y en particular á pústulas, que en lugar de secarse regularmente, se ahuecan y trasforman en úlceras de mal aspecto, y difíciles de curar; pero estas son, como todos saben, muy raras escepciones, que solo se observan de tiempo en tiempo. Aquí por el contrario, (habla de los casos que él presenta) todos ó casi todos los niños vacunados se han puesto enfermos, y lo han sido de la misma manera.» (Copiado de la Gaceta Médica de México, tomo 3?, núm. 12, pág. 186.)

Todas estas alteraciones sobrevenidas en las pústulas, aun cuando se prolonguen, pueden pasar como afecciones simples, en los niños que no están sifilíticos: mas en aquellos que tienen ya la sífilis latente, debe admitirse, que puede en ese momento comenzar la evolucion de esa enfermedad, y que aun esos mismos puntos que ocuparon las pústulas participen del mal constitucional; no serán síntomas primitivos los que allí se observen, sino verdaderamente secundarios: tal vez se vea sobre ellos una placa mucosa. Este conjunto, sin embargo, puede ser mal interpretado y tomado por muchos, por casos de sífiles vacunal.

¿Cómo distinguirlos?

Establecidas las vacunaciones en el órden en que yo lo he hecho, me parece que se puede evitar un error; porque todos los dias se vacunan grupos de diez, doce ó veinte niños; se toma nota del vacunífero y de los vacunados, de su nombre, del de sus padres, y de su domicilio.

Pues bien, si entre veinte niños vacunados, solo en uno hallamos estos accidentes; si ni en ese momento, ni mucho despues, nada se observa en los otros; si en el vacunífero mismo se nota la salud mas completa ¿podremos asegurar que eso haya sido originado por la vacuna?

Era necesario suponer, que el virus sifilítico pudo existir en el vacunífero como una cosa enteramente inocente para su organismo, á pesar de hallarse completamente elaborado en las pústulas: que en ese estado fué tambien inocente para todos los vacunados, escepto para aquel en quien quiso revelar su presencia.

El mismo Mr. Depaul no se hubiera atrevido á apoyarse en hechos semejantes, para proclamar la certeza de la sífilis vacunal.

No: los hechos presentados por Mr. Depaul son de otra clase; una vacunacion es practicada en un cierto número de niños: *todos ó casi todos los vacunados* son afectados de úlceras sifilíticas en los brazos; á su debido tiempo, los accidentes de infeccion general se declaran; el mismo vacunífero presenta los síntomas evidentes de una sífilis constitucional.

Los hechos que acabo de pasar en revista son, segun creo, los que pueden haber sido el fundamento mejor en que se han apoyado los parientes de los niños, y aun los médicos, para creer que algunas veces la vacuna ha comunicado la sífilis.

Verdad es, que cualesquiera otros fenómenos de la misma naturaleza que pueden presentarse en ellos, aun cuando sea mucho tiempo despues de la vacuna, han sido frecuentemente referidos á la misma causa; pero esto no necesita refutacion alguna, y aun en los mismos casos que espuse antes, la verdadera causa debe hallarse en enfermedades de esta clase, adquiridas por los mismos padres, y algunas veces aun por las nodrizas.

Y si en algunos casos no puede hallarse el orígen de la sífilis, nadie está autorizado para atribuirlo entonces, por mayor comodidad, á la vacuna, porque es una condicion fatal, pero reconocida por todos, que es á veces muy dificil poder señalar su procedencia.

En la discusion que sobre inoculabilidad de los accidentes secundarios de la sífilis, tuvo lugar hace algun tiempo en la Academia de Medicina de Paris, Mr. Gerdy, que tomó en ella la palabra, comenzó así su discurso:

«La historia de la sífilis está llena de oscuridad, de tinieblas y de misterios: de oscuridad sobre su orígen, de misterios en su propagacion, de tinieblas en su naturaleza, y yo no puedo participar de las ideas de aquellos que pretenden haber introducido una brillante luz sobre todo esto.» (De la sifilizacion y del contagio de los accidentes secundarios de la sífilis, pág. 343.)

En el curso de esa misma discusion, Mr. Velpeau, contestando á Mr. Ricord, dijo tambien:

«Mr. Ricord, citando esos hechos, dice que ha querido establecer cuán dificil es saber, á punto fijo, de dónde ha venido la sífilis de ciertos enfermos, pero él se ha tomado un trabajo inútil; yo no niego esa dificultad. Yo sé, tan bien como él, que esto es con frecuencia muy dificil, y voy aun mas lejos, porque yo encuentro que es tambien con frecuencia enteramente imposible.» (Obra citada, pág. 352.)

Ademas, ¿podriamos prometernos que todos esos hechos desaparecieran si se empleara solo la vacuna animal? ¿Pues qué, tiene ésta el poder de curar las afecciones sifilíticas ó de mantenerlas siempre latentes? ¿No es lo mas natural creer, que despues de su aplicacion pueden aparecer las sifílides y demas accidentes secundarios en algunos niños, como sucede despues de algunas vacunaciones hechas con la vacuna humanizada?

Sea lo que fuere de esto, en tal estado se mantuvo la cuestion por mucho tiempo; mas hace poco se ha dicho que esos rumores llegaron á tomar tal consistencia, que Mr. Depaul se alarmó, y quiso averiguar lo que hubiera de positivo á este respecto. Ha hecho investigaciones y ha reunido un cierto número de casos, que le han parecido probar de un modo evidente, la existencia de la sífilis vacunal.

Pero ¿cuál es el valor de esas observaciones?

Antes de que nos ocupemos de ellas es necesario advertir, que por su medio se ha querido dar como probado definitivamente que el virus sifilítico puede existir con el vacuno en las pústulas vacunales mas perfectas, aun en individuos que no presenten ningun síntoma sifilítico en aquel momento, por tener la sífilis latente: que, en consecuencia, no hay un modo seguro de evitarlo.

Tal es la opinion nuevamente establecida, la que, por el calor con que se ha querido sostener y el nuevo camino que se tiene cuidado de indicar al público, debe inspirarnos una gran desconfianza.

Casi todas esas observaciones provienen de Italia, el país en donde ha residido mucho tiempo el enemigo que procuraba reemplazar á la vacuna humanizada. Todas ellas no son mas que una especie de copia de la que os he referido, publicada el año de 814, con solo una diferencia muy esencial, la mencion de las ulceraciones (como primer accidente) en los brazos de los inoculados. Era esta una circunstancia precisa, porque, segun la doctrina admitida hoy sobre la sífilis, sin ella no podrian hacer ninguna fé.

Estos casos no han pasado, en lo general, en manos de personas habituadas á vacunar y que tuvieran los conocimientos necesarios para esta práctica; por consiguiente no eran competentes. Así es que, aun cuando se afirme que en todos esos casos las pústulas de que se tomó la vacuna eran normales; aun cuando en algunos se añada que eran hermosas, esas afirmaciones no pueden tener valor ninguno para el que ha visto muchas veces pústulas, aparecidas al tiempo regular, grandes y hermosas, pero que no eran á pesar de eso verdaderas vacunas.

Las pústulas vacunales, aun cuando hayan debido su orígen á la inoculacion del virus mas perfecto pueden degenerar, por la disposicion particular de los individuos: en este caso, el líquido que contengan podrá no ser inocente, tal vez sea capaz de inocular la sífilis.

Yo no debo ocuparme detalladamente de unas observaciones que conoceis ya

bien: ellas han sido debidamente analizadas en el seno mismo de la Academia, por personas de saber, que han patentizado que realmente no tienen el valor que se les ha querido dar.

Yo mismo he analizado alguna en otra publicacion que hice no ha mucho tiempo, y permitidme que ante vosotros examine alguna otra de las que se han dado como mas concluyentes.

Tomemos, por ejemplo, la que se refiere á una vacunacion practicada en 1849 en la ciudad de R. por un veterinario: en ella se dice que la vacuna fué tomada de un niño robusto, y *que parecia enteramente sano.* Haré notar que con frecuencia vienen á mi casa á vacunarse niños robustos y que parecen muy sanos, y suelo hallarles, sin embargo, accidentes sifilíticos; ademas, era un dicho simplemente de un veterinario; pero véase lo que el mismo esponente dice, al terminar, respecto del vacunífero.

Se supo luego, que la erupcion de la vacuna no se habia hecho en él regularmente; que al octavo dia no habia aun traza de botones. Otros muchos niños, vacunados al mismo tiempo que él, no tuvieron nada anormal. (Gaceta Médica de México, tomo 3º, núm. 12, pág. 181.)

¿Cómo se puede comprender que puedan ser calificadas de concluyentes estas observaciones?

Y aun mucho menos se comprende, cómo se puedan querer fundar sobre ellas afirmaciones tan sérias, como las espresadas por Mr. Depaul en la Academia de Medicina de Paris, cuando dijo que en su vista, con la vacuna humanizada, no se podia dar ya ninguna garantía á los vacunados.

Pero se me dirá: varios médicos competentes han podido comprobar el chancro vacunal; el mismo Mr. Ricord entre otros.

Yo no niego que, á consecuencia de una tentativa de vacunacion, se haya ocasionado una úlcera sifilítica en uno ó mas individuos; pero véamos si podemos encontrar á esto alguna otra esplicacion.

Los que vacunamos todos los dias, vemos que una vacuna pura, puesta en algunos individuos, puede producir en ellos pústulas que, aunque vacunales, se supuran al sétimo ú octavo dia: de esto refieren muchos ejemplos los autores, y nosotros lo vemos aquí de cuando en cuando: que en otros casos, no se desarrollan pústulas vacunales verdaderas, sino pústulas de las diversas especies conocidas por falsas; en fin, que en otros son verdaderas pústulas de impétigo ó de ecthyma, las que se forman por disposicion particular de algunos vacunados.

Proviniendo esas pústulas de un acto de vacunacion, son consideradas, por personas ignorantes, como pústulas de buena vacuna, y pueden confiadamente pasar su contenido á otras personas, creyendo vacunarlas.

Pues bien, si los sugetos de quienes se toma ese líquido están sifilíticos, pudie-

ra comprenderse que con él pudiera ser comunicada aquella enfermedad, tanto mas, cuanto que se asegura hoy la inoculabilidad de muchos accidentes sifilíticos secundarios, y bajo este respecto, aun estas pústulas de que hablamos han sido tambien comparadas con ellos.

¿No serán acaso pústulas de esta clase, de las que se ha tomado el fluido que ha dado lugar á todos esos accidentes?

Las personas que vieron los resultados producidos por esas operaciones de que nos estamos ocupando, habrán podido solo asegurar que todos, ó casi todos los que han sido sometidos á ellas, han sido inoculados de la sífilis; pero nadie, ni el mismo Mr. Depaul, podrá asegurar nada sobre el estado de salud de los vacuníferos, porque no los vieron en el momento en que se tomó de ellos la vacuna: tampoco podrán asegurar nada sobre los caracteres y estado de las pústulas vacunales, sobre la trasparencia y pureza del líquido de allí extraido, etc., porque nada de eso vieron: todo lo que pueden asegurar es, que por aquellas operaciones se ha inoculado la sífilis á muchos individuos; pero estas observaciones son incompletas, porque faltan en ellas elementos muy esenciales: han visto un efecto producido, pero ignoran el modo con que se verificó.

La respuesta dada por Mr. Ricord á Mr. Warlomont, parece confirmar plenamente esto.

He visto, le dice, tal caso, pero ignoro el *mecanismo* con que se ha producido.

Lo mismo podrian decir otras muchas personas respetables que hayan podido observar úlceras sifilíticas, á consecuencia de pretendidas vacunaciones.

Era, pues, preciso, que personas competentemente instruidas é inteligentes, hubieran dado fé del estado de salud de los niños y de la apariencia de los granos.

Esta circunstancia no existe, porque muchas han sido hechas por parteras, veterinarios, ó por oficiales de salud.

Algunas, en verdad, han sido publicadas por algunos médicos, pero estos médicos aparecen en relacion antigua é íntima con Mr. Viennois, quien no oculta el empeño que tiene, hace tiempo, en hacer aceptar en Francia la vacuna animal. ¿Qué confianza pueden inspirar tampoco sus relaciones?

Pero para que no pueda quedar duda de lo incompleto de estas observaciones, y de que no pueden encontrarse en ellas los fundamentos de las conclusiones que se han querido deducir de aquí, fijemos la atencion en una que se ha querido hacer importante, por haber sido discutida en la Academia de Medicina de Paris. (Se encuentra espuesta en la Gaceta Médica de México, tomo 3º, núm. 12, páginas 185 y 186.)

En Julio de 1866 la Academia de Medicina recibió de dos médicos dignos de fé, del departamento de Morbihan, una comunicacion importante, relativa á mas de cien niños que habian sido atacados de sífilis vacunal. Informado de esto el

Ministro de Agricultura, Comercio y Trabajos públicos, nombró una Comision compuesta de los Sres. Depaul y Roger (Henri), para que hicieran las averiguaciones necesarias sobre ese hecho y le informaran del resultado.

Despues de hechas esas averiguaciones y de haberse examinado todo lo relativo á este acontecimiento, Mr. Depaul estableció las siguientes proposiciones, que debian servir de respuesta al Ministro.

«1ª Que muchos de los niños que han sido sometidos á nuestro exámen, estaban realmente atacados de sífilis secundaria.

«2ª Que es imposible esplicar su contaminacion de otra manera que por la vacunacion, y que no hay duda que son casos de sífilis vacunal los que hemos tenido á la vista.

«3ª Que relativamente al orígen del virus sifilítico, *es muy probable* que haya estado en el líquido vacunal enviado por la prefectura de Vannes.

«La Academia discutió y aceptó estas conclusiones, que fueron elevadas al Ministro.»

Véamos ahora si esta observacion es completa.

Una vacunacion es practicada con vacuna, enviada en placas por la prefectura de Vannes: muchos de los inoculados resultan sifilíticos. ¿De qué niños se tomó esa vacuna? ¿Cuál era el estado de su salud? ¿Cuál el de las pústulas? ¿A qué época fué aquella recogida? Nada de esto se sabe. Tal vez se tomó de pústulas impetiginosas ó ecthymatosas de algun vacunado; no importa, como vinieron despues de la vacuna y tal vez fueron resultado de la aplicacion de una vacuna muy pura, han debido suponer que allí no habia mas que vacuna igualmente buena.

Esto es en cuanto á los elementos de la observacion.

Pasemos á las deducciones.

La mayoría de la Academia (se dice) al aceptar esta respuesta al Ministro, ha admitido la sífilis vacunal.

Lo que yo entiendo que ha admitido la mayoría de la Academia es, que á consecuencia de una operacion en que se pretendia vacunar á algunos individuos, se les ha inoculado la sífilis.

Pero ¿se puede admitir que haya pasado tan á la ligera y sin el minucioso y debido exámen, una cuestion tan complexa como esta, en una corporacion de sábios?

¿Se puede creer que por aquella observacion incompleta, la Academia haya aceptado las opiniones de los que la formularon, con todas sus consecuencias?

Es un hecho, que muchas veces se ha vacunado con vacuna tomada de niños sifilíticos, sin que se comunicara aquella enfermedad.

¿No era un estudio digno de esa Academia, averiguar por qué esas operaciones han quedado inocentes?

¿No debia ese mismo Cuerpo haber consultado á todos los vacunadores, para que su esperiencia fuera tenida en cuenta, á la hora de las discusiones?

No: en la Academia de Medicina no se ha tratado detenidamente esa cuestion, y no puede ser una prueba la parte que tomó en aquella comunicacion.

¿Ha tenido tambien parte la Academia en la estension que se les dió inmediatamente á aquellas opiniones, asegurando que el peligro es inevitable, supuesto que la vacuna tomada de un vacunífero que tiene la sífilis latente, aun cuando no tenga manifestacion alguna y aun cuando los granos marchen con regularidad, puede comunicar la sífilis?

Lo repito, creo que la Academia no puede haber dado mas que el sentido que he dicho á su respuesta: afirmar mas, seria salir de la justa reserva, que está impuesta á esta clase de corporaciones.

Mr. Depaul, sin embargo, ha avanzado ante la Academia las siguientes palabras.

«La naturaleza de los accidentes observados es tan característica, que se ve uno forzado á rendirse á la evidencia.»

Pero, Señores, ¿sobre qué recae esa evidencia? Sobre que á consecuencia de una pretendida vacunacion se han visto úlceras sifilíticas acompañadas, en seguida, de otros varios accidentes secundarios. No es eso lo que disputamos: disputamos el modo de su produccion.

Si Mr. Depaul nos dijera: he presenciado que tomando la vacuna pura y limpia de verdaderas pústulas vacunales, en niños perfectamente sanos, y en un término conveniente, he visto que esa vacuna ha ocasionado la infeccion sifilítica en todos ó casi todos los niños en quienes se ha puesto: esto lo he visto varias veces y me ha acontecido á mí mismo en mi propia práctica, entonces comprenderia yo esa evidencia que se pretende establecer.

Pero Mr. Depaul no ha presenciado esa circunstancia capital de los hechos que ha aceptado, y ninguno cita de su práctica propia que pudiera apoyarlos.

Así es que, para la absoluta confirmacion de eso que se dá por decidido, falta la prueba principal, la que acabo de señalar.

Para conocer completamente el fondo de verdad que se ha querido dar por establecida en esta cuestion tan importante, debemos tambien detenernos á considerar la alarmante gravedad con que se hacen aparecer los accidentes debidos á estas inoculaciones: gran número de inoculados (niños y adultos) han muerto en consecuencia.

Yo sé bien que muchos creen que, en tiempos remotos, la sífilis era bien mortífera; pero otros piensan de diverso modo: véase lo que se halla escrito en el Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, tomo 15, artículo sífilis, pág. 192.

«No es probable que la enfermedad (la sífilis) sea diferente de lo que fué en tiempo de los antiguos, y para los observadores atentos, la diminucion de los

estragos de la sífilis depende mucho menos de una pretendida mitigacion de la enfermedad, que de los progresos de la higiene tanto pública como privada, y de la terapéutica.»

Ademas, la sífilis que se adquiere por inoculacion de la materia de los accidentes secundarios, en opinion de muchas personas, es mucho mas beningna que la que puede contraerse directamente del chancro primitivo.

Cuando Mr. Velpeau sostenia en la Academia de Medicina, la inoculabilidad de los accidentes secundarios, se espresó de esta manera:

«De que los accidentes secundarios se trasmitan por contagio, no se infiere de ninguna manera, que deban ser necesariamente mas contagiosos que los accidentes primitivos; estas dos propiedades no son, en alguna manera, la consecuencia forzada una de otra; es todo lo contrario lo que indica luego el razonamiento. La sífilis secundaria, en efecto, por solo que es secundaria, debe ser *menos enérgica*, *menos virulenta*, que en el estado primitivo: atravesando la economía ha debido sufrir la accion de los elementos orgánicos, modificarse mas ó menos profundamente, perder, en fin, algunas de sus propiedades.» (De la sifilizacion y del contagio de los accidentes secundarios de la sífilis, pág 305.)

Aplicando estas ideas á los niños que nacen y viven algun tiempo sin maifestacion sifilítica alguna, hallamos aquellos conceptos enteramente justos, porque una sífiilis que no mató el gérmen, que permite que los niños puedan aparecer enteramente sanos y aun robustos, en efecto debe ser ya una enfermedad bien mitigada.

Y ¿no está admitido por muchos, que la sífilis heredada se limita, en gran número de casos, á producir en los hijos simplemente una constitucion escrofulosa?

Los niños, pues, que por haberla heredado de sus padres, llevan consigo una sífilis latente que les permite aparecer perfectamente sanos y robustos, no tienen verdaderamente una enfermedad tan mortífera.

Es un hecho que todo el mundo habrá podido observar, que en muchos de estos niños, á cierto tiempo, la sífilis hace su evolucion, sin que ellos pierdan su robustez, y muchas veces los accidentes pasan y desaparecen, aun cuando no se les haya aplicado un tratamiento especial.

Por otra parte, la experiencia nos hace ver, todos los dias, enfermos que han contraido la sífilis directamente por la materia del chancro primitivo, sin que por eso se les ocasione la muerte, y aun cuando sus primeros accidentes hayan sido enteramente descuidados.

¿Cómo, pues, los que comparan estas inoculaciones con las producidas por los accidentes secundarios, nos podrian hacer creer que son realmente mas mortíferas, que las que son debidas á la materia del mismo chancro primitivo y á las trasmitidas por herencia?

Tal parece, que en las fuentes de esas observaciones, ha habido la intencion es-

presa de infundir cierto horror en el público, para alejarlo mas y mas de la vacuna humana.

En fin, Señores, la razon mas fundamental en que me apoyo para dudar de todo lo que se ha afirmado sobre esto últimamente, en Europa, es la razon mas fuerte que se conoce: es la esperiencia.

El año de 1804, que llegó aquí la vacuna de España, fué puesta en manos del Sr. mi padre, hasta el de 842 que quedé encargado de ella. Serví la vacuna oficial desde 1842 hasta el año de 1867. De entonces acá, he continuado vacunando (en el establecimiento particular que he formado en mi casa) un gran número de niños.

Ningun año hemos vacunado menos de cuatro mil niños; generalmente eran cinco ó seis mil. Año hubo que, amenazando una epidemia, de viruelas establecimos la vacuna diaria, y vacunamos hasta catorce mil personas.

El Sr. mi padre jamas vió la sífilis vacunal. Yo tampoco la he visto; y, permitidme añadir, si en las vacunaciones practicadas por nosotros en tantos millares de personas se hubieran producido esas sifilizaciones, aquí, en la Capital, ¿cómo hubieran podido ocultarse á tantos profesores instruidos, y ni aun á la misma autoridad?

Cuando me consta por el exámen escrupuloso que hoy hago de los niños, que á muchos que parecen sanos y robustos se les encuentran con frecuencia síntomas sifilíticos, me hallo inclinado á creer, que en millares de ocasiones se ha tomado la vacuna de niños semejantes para pasarla á otros, en quienes nada se ha observado, sin embargo, que autorizara á decir que se les habia inoculado la sífilis; solo que, la vacuna ha sido debidamente reconocida antes de tomarla, y ha sido empleada por personas acostumbradas á esta práctica. Esta es, pues, una nueva prueba, y muy fuerte, contra los hechos que se pretende que aceptemos.

Puede, pues, deducirse, que si estos se han producido realmente, se ha obrado por lo menos con ligereza en acusar inmediatamente de ello á la vacuna. Era necesario que se hubiera hecho un exámen riguroso de las circunstancias que pudieron darles orígen: que este exámen hubiera sido hecho á tiempo y por personas instruidas en el ramo: que al mismo tiempo se hubiera consultado la práctica de vacunadores experimentados y de buena fé, porque, persisto en creer, que si en manos de los vacunadores no se han verificado esas sifilizaciones, es de todo punto imposible aceptar, en su vista, las avanzadas deducciones que los llamados á juzgarlas se han tan gratuitamente permitido.

Es preciso dejar que el tiempo y la casualidad nos demuestren, prácticamente, la posibilidad de todos esos hechos, y permitan la apreciacion exacta de todas aquellas circunstancias á que pudieran deber su orígen. Entonces, y solo entonces, se podria afirmar algo de positivo, que debiera servir de guía en la prácti-

ca de las vacunaciones, ó que pudiera patentizar que ese peligro, ademas de ser comun, era tambien inevitable.

Entre tanto, las advertencias que nos han sido hechas deben ser aprovechadas para el interes público, y de hoy en adelante deberá ser considerado como imprudente todo aquel que, obligado á vacunar, no examine antes muy detenidamente al vacunífero.

Verdad es, que en muchas de las observaciones aceptadas por Mr. Depaul se ha afirmado que los vacuníferos se encontraban en estas condiciones; mas tal afirmacion no es admisible, porque si eso fuera posible, ya aquí hubiéramos podido ver y muy en grande todas esas desgracias. ¿Cómo es que no las hemos observado?

Lo mas creible es, que eso se ha afirmado para encubrir lo que puede llamarse una imprudencia, ó una fatalidad.

Así, pues, como creo que eso no está probado, y como mi práctica me ha hecho ver siempre otra cosa, juzgo que no he podido faltar á un deber continuando las vacunaciones por el mismo sistema, adoptando solo para su perfeccion todas las precauciones que tengo hoy establecidas; éstas no dejarian de hacerme ver algun dia, cómo y hasta qué punto se puede correr algun peligro.

Hagamos mérito, desde ahora, de las vacunaciones diarias que tenemos establecidas hace ya dos años: en este tiempo hemos vacunado tres mil ciento un niños, y podido seguir con bastante exactitud el resultado: este nos ha confirmado en la opinion que teniamos, de que con un vacunífero que no tiene manifestacion sifilítica alguna, y cuyos granos nada tienen de sospechoso, no se comunica nunca la sífilis.

Sé de algunos casos, en que habiéndose mostrado erupciones sifilíticas despues de la vacuna, las familias la han atribuido á ésta: aun pudiera citar algunos de ellos, pero en todos los que he podido averiguar con exactitud, la vacuna ha seguido su marcha con regularidad, las costras han caido sin dejar ulceracion alguna, y por otra parte, los padres habian padecido en épocas anteriores esta misma enfermedad.

Yo mismo he tenido ocasion de asistir algunos casos semejantes.

Como ya me he ocupado con alguna estension de estos casos, y aun de otros que pudieran dar lugar á mayores equívocos, no me detendré mas sobre ellos.

Haré solo notar, por la última vez, que esos accidentes sifilíticos están ya muchas veces bien desarrollados en los niños cuando vienen á vacunarse, cosa que podemos hacer ver al que pusiera en ello duda; nada hay de estraño por lo mismo, que en otros aparezcan mas ó menos tiempo despues.

La vacuna animal, estoy seguro, no podrá tampoco evitar esas evoluciones de una enfermedad, cuyo gérmen llevan en sí muchos niños que recibieron aquella fatal herencia de sus padres: el tiempo y la esperiencia pondrán todo esto bien en claro.

Para que admitiéramos todo lo que sobre esto se nos ha asegurado, era preciso

que fuésemos convencidos por los hechos; que esos hechos pasaran á nuestra vista, y del mismo modo que se dice han pasado los aceptados por Mr. Depaul.

La vacuna tomada de un niño que bien examinado parece perfectamente sano, ha producido una úlcera sifilítica en el lugar de las pústulas; á cierto tiempo ha venido á manifestarse la infeccion general; estos efectos se han observado en todos ó casi todos los vacunados con aquel. He ahí una descripcion clara y natural; pero la duda está, en que todos esos hechos sean ciertos en todas y cada una de las circunstancias que á ellos se refieren; en una palabra, en que hayan pasado como se dice.

Porque, Señores, si la naturaleza es uniforme en sus producciones y consecuente consigo misma, ya nos hubiera mostrado aquí, en varias ocasiones, eso que se dice ha podido ser observado por otros que no practicaron sino rara vez esas operaciones: suspendamos al menos nuestro juicio, y procuremos ver aquello que aun no hemos visto, aunque nos hayamos espuesto á ello millares de veces.

Fundado en estas reflexiones, que me son naturalmente sugeridas por una práctica muy prolongada en este ramo, no puedo menos de considerar como precipitado un paso tan sério, como lo es nada menos que renunciar á una práctica tan simple y esperimentada, cual es la vacunacion de brazo á brazo, por una desconocida, que debe acompañarse naturalmente de peligros tanto mas temibles, cuanto que son por nosotros ignorados.

Yo concebiria bien, que se sujetara á esperiencias rigurosas la comprobacion de esos hechos que con tanta facilidad se han acogido: concebiria, que los que se ocupen de estas operaciones, multiplicaran sus precauciones en el reconocimiento del vacunífero y su atencion respecto de los resultados; pero no concibo la resolucion adoptada por algunas personas, de abandonar precipitadamente una práctica que en sus manos no ha producido aquellos sensibles resultados, y que es tan preferible á la otra por su simplicidad y fácil aplicacion.

Y lo que es mas de lamentar en este asunto es, que en otros puntos de medicina, las objeciones que se hacen á cualquiera práctica no tienen necesidad de ser reveladas al público; pero aquí ha sido preciso, para hacer aceptar de preferencia la vacuna animal, decirle al público: la vacuna humanizada ha degenerado por la continua transmision de ella á traves de multiplicadas generaciones: la vacuna humanizada espone gravemente á contraer la sífilis, aun cuando sea tomada de un niño sano en apariencia.

¿Se quiere un golpe mas rudo, para acabar con la poca confianza que en la vacuna tenian ya muchas gentes?

Con la fé que inspira la conviccion mas profunda, hemos creido llenar un deber haciendo frente á esta situacion peligrosa, para contrariar los malos efectos que ella debia necesariamente producir, y procurando que se acepte únicamente, como prueba de todo lo que quiera sostenerse, la esperimentacion.

A ella invitamos, muy particularmente, á las personas que no piensen como nosotros.

Nuestras personas, nuestro establecimiento, están á su disposicion para realizar todas las esperiencias que juzguen necesarias; cualquiera que sea el resultado, todos habremos contribuido al esclarecimiento de la verdad.

Mas entre tanto, séame permitido conservar las opiniones que he espresado, fundadas en lo que he visto tanto tiempo.

Son, Señores, tan profundas mis convicciones sobre todo lo que llevo afirmado, que no vacilo en asegurar, con aquel valor que lo puede hacer todo aquel que no teme decir la verdad, que si los que se han propuesto acreditar la vacuna animal logran al fin su propósito, habrán así establecido alguna cosa mas lucrativa para los vacunadores, mas no habrán por ello realizado una mejora que fuera exigida por una imperiosa necesidad.

APÉNDICE.

En varias comunicaciones que he tenido el honor de dirigiros, os he anunciado que podia señalar alguna cosa nueva en la práctica de la vacuna, que pueda ser llamada á asegurar los mas felices resultados para los vacunados y el crédito de la vacuna misma.

Los hechos que á esto se refieren, y de los que os he comunicado ya un cierto número, siguen reproduciéndose con aquella regularidad y constancia que acompañan únicamente á la verdad.

Acostumbrado á ver que en algunos vacunados no aparecia mas que un grano, y que este solia permanecer pequeño, aun en un período avanzado; que quedaba casi desprovisto de areola y de tumor vacunal, bien que fuera por otra parte caracterizado en el resto; que diversas vacunaciones hechas despues, pero á períodos lejanos, pasaban sin que pudiera ya en lo de adelante obtenerse resultado alguno, quise aprovechar la oportunidad de tener la vacuna diaria, para ver si una nueva vacunacion, hecha al octavo dia, imprimia algun efecto en el desarrollo del grano existente.

Desde que emprendí estas esperiencias, casi no recuerdo un caso en que á los tres dias de la nueva operacion no hayamos sido agradablemente sorprendidos, por el tamaño que la pústula logra así adquirir, como por el aspecto y estension de la areola y tumor vacunales.

Diversos casos que por circunstancias accidentales se han escapado de poder

aplicar en ellos este nuevo recurso, han podido servirnos de un medio de comparacion, pues niños vacunados el mismo dia, en quienes la vacuna produjo iguales resultados, revacunados los unos, sin revacunacion los otros, observados en los dias que siguieron hasta la desecacion de los granos, constituian casos tan diferentes, que no podia quedar ninguna duda sobre la accion de la causa que en los revacunados habia convertido granos insignificantes en hermosos tipos de pústulas vacunales.

Otro hecho no menos importante que debemos al establecimiento de las vacunaciones diarias, porque permite observarlo con precision y con frecuencia, es, que vacunado un niño una primera vez sin resultado, hemos querido averiguar si esa primera vacunacion tuvo, sin embargo, algun efecto en el organismo, que se nos revelara por algunas circunstancias particulares que pudieran presentarse á la vacunacion siguiente.

El resultado ha correspondido á nuestras esperanzas, porque habiendo establecido volver á vacunar á los niños en quienes nada prendió la vez primera, á los ocho dias de aquella operacion, hemos podido observar, como resultado, que prenden todos ó casi todos los piquetes hechos, y que una vez aparecidas las pústulas, marchan con mas vigor que en las circunstancias comunes; que los tumores vacunales y las areolas son manifiestamente desarrollados, siendo de notar dos cosas: 1ª Que de estos niños así revacunados, es de los únicos que hemos podido tomar la vacuna para usarla el sétimo dia, siendo así, que como la marcha de la vacuna ha seguido un poco retardada, no hemos podido usarla generalmente sino al octavo ó noveno. 2ª Que no siguiendo esta práctica, sino la comun que acostumbrabamos antes de reservar la segunda operacion para dos ó tres meses despues, si algo obteniamos, eran resultados comunes; pero hemos tenido frecuentes ocasiones de observar que en algunos de estos últimos nada se consigue, aun cuando se hayan vuelto á vacunar cinco, seis ó siete veces diversas.

Esta práctica tiene, pues, la ventaja de asegurar un resultado, en nuestro concepto y mas completo, para mayor número de vacunados.

Las prácticas que acabamos de señalar, ademas de que están confirmadas por los hechos, están fundadas igualmente en otros datos, establecidos ya en la ciencia por experimentaciones diversas.

Todo el mundo sabe, que cuando hace algunos años fué propuesta la sifilizacion como medio profiláctico y curativo de la sífilis, la Academia de Medicina de Paris se ocupó sériamente de este asunto; que en el curso de la discusion se pusieron en claro, hechos que probaban los funestos resultados que podián producir las reiteradas inoculaciones del virus sifilítico, aun en las mas robustas constituciones, por las nuevas infecciones constitucionales que pueden producir, y cómo fué justamente condenado aquel método que se proponia como remedio.

Si cito esto, es porque importa á mi intento hacer ver que se puede aumentar la accion del virus en la economía, mientras dura su accion sobre ella.

No pretendo decir que el virus vacuno y el sifilítico sean iguales, pues sé bien que todos los virus son diferentes entre sí; pero sin confundirlos indebidamente, bien puedo compararlos bajo el punto de vista que he fijado.

Es un hecho, pues, que se puede añadir algo á la accion de un virus, mientras está obrando sobre la economía.

Como la duracion de la accion del virus sifilítico es tan prolongada, por meses y por años, las épocas en que pueda añadirse nueva fuerza á su accion son tambien bien prolongadas, y en muchas personas puede estenderse á la duracion toda de su vida.

Pues bien, Señores, las prácticas de que os acabo de hablar se fundan en este principio: añadir algo, imprimir una nueva fuerza al virus que actualmente se halla obrando sobre el organismo: de ahí, precisamente, la recomendacion de que se aplique nuevo virus vacuno á cortos períodos, porque como sabeis, las viruelas y la vacuna misma (aunque benigna) constituyen unas enfermedades agudas, de marcha rápida, y que obran en el cuerpo humano en determinado tiempo; circunstancia que las distingue esencialmente de la sífilis, cuya marcha es crónica é indeterminada.

Así podemos esplicarnos cómo nuevas inoculaciones del virus vacuno, en presencia de un grano pequeñísimo, han cambiado su aspecto tan favorablemente, y cómo vacunaciones que no han producido ningun resultado local al principio, han dado, por el mismo medio, resultados plausibles.

Yo me esplico el poco ó ningun resultado aparente, en los casos que he citado, por la poca aptitud actual de estos individuos á contraer las afecciones variolosas, pues que se ve que esa misma vacuna que se puso á estos, aplicada el mismo dia y por la misma mano á varios otros, produjo en estos últimos un efecto completo: debemos, creer, pues, que las vacunaciones que han seguido han creado la aptitud necesaria al efecto.

Bien entendido que yo no admito, por lo que acabo de espresar, que esta aptitud pueda volverse á crear, como lo pretenden los partidarios de las revacunaciones, á otras épocas diferentes, pues mi conviccion es, que las viruelas verdaderas y la vacuna legítima no se producen en el hombre en las circunstancias comunes y regulares, mas que una sola vez en la vida.

México, Julio 21 de 1869.

Luis Muñoz.



OBSERVACIONES

SOBRE LAS

CUESTIONES MAS IMPORTANTES

QUE SE REFIEREN A

LA VACUNA,

PRESENTADAS Á LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO
EL 19 DE JULIO DE 1869,

por Luis Muñoz,

PROFESOR DE LA ESCUELA DE MEDICINA Y ANTIGUO DIRECTOR DE LA VACUNA MUNICIPAL.



MEXICO.—Imprenta de Lara.—1869




BOUND BY
HNM

